









AÑO III

MÚM. XXXI

LA  
ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

---

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO.

---

JULIO—1891

---

MADRID  
IMPRESA DE EVARISTO SÁNCHEZ MARTÍNEZ  
*Calle de Atocha, 114,*

~~~~~  
1891.



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



## Sección Española.

### BUEN TIEMPO FIJO

CUENTO

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

LOS DE LAMPAYA

Voy á proporcionarte una grata sorpresa, Anita.

—¿Qué milagro es ese, señor don Manolo?

—Oye, mujercita mía; mujer aburridísima oye.

Aquí tienes un telegrama de tu tío el general Avila, en el que nos participa que le han dado el mando de las Islas Filipinas, y que, antes de ponerse en camino, vendrá á pasar ocho días con nosotros.

Vamos á tener pues, ocho días de fiesta, por lo menos. Con tan agradable motivo voy á realizar el pensamiento, que hace tiempo acaricio, de que venga á estar también un par de días en nuestra casa el ingeniero de quien te he hablado con elogio varias veces: el simpático Marcelo Uria, hijo de este concejo, que yo no sé por qué, no quiere volver á él; y que es, en la junta de Agricultura mi mano derecha, mi ayudante y mi salvador. No te imagines que mi propósito es desinteresado al traerle aquí: nada de eso; porque, sabrás que he pensado muy detenidamente que ese es el hombre que conviene á nuestra pupila Rosa. Ella es rica, he dicho, y el es sabio, ¿qué les



faltarán para que puedan ser felices? Quererse. Pues ya se querrán. No veo, sin embargo, más que un inconveniente.....

—¿Cuál?

—Uno muy grave, esposa mía; yo he hablado largamente en nuestros paseos por Oviedo con Marcelo, y claro es que hemos tratado de muchas y muy diferentes cosas. Pues bien, ese joven es uno de tantos descreídos naturalistas ó positivistas, ó como se llamen, que asegura muy formal, por ejemplo, que el alma es así como una música producida por el organillo del cerebro vivo; que la mujer es un complemento material nuestro, incapaz de discurrir, y que el amor no resulta ser otra cosa, que así como una palabreja sinónima de otras, que no he de decir. Parece que no le gustan las faldas ni pintadas; pero ¡qué diablo! torres mas altas han caído. Nuestra Rosa no es una Venus, ni cosa semejante, es una boliviana un tanto subida de color, pero con un talento y un atractivo finos y sútiles como los de una verdadera chuquisaqueña. ¿Qué te parece de ese plan, Anita?

—Que eso no es un plan, sino un verdadero escopetazo. Dicen las gentes, aquí en el concejo de Rodeces, que Marcelo no ha querido regresar á su pueblo porque se ha vuelto muy orgulloso, como lo fué su padre el minero de Grandota, que aquí murió tronado. Tú, no sólo te propones traerlo, sino que quieres casarlo; y no sólo te propones esto, sino que dispones á tu antojo de la voluntad y del corazón de Rosa.

—Cosas más difíciles se han realizado, mujer.

—Es cierto.

—Y por intentarlo ¿qué perdemos? ¿No podrían contribuir esas tentativas á distraer tu perpetuo aburrimiento y á remédial tu spleen? Marcelo es todo un tipo curioso.



Seguramente que ya no le conoces, porque dista mucho de ser aquel chico descolorido y romántico que iba con vosotras á la escuela, según me has contado algunas veces.

—¿Y dices que no se acuerda de su pueblo, ni de sus antiguos amigos?

—Habla de ello con absoluta indiferencia. Jamás le he oído recordar que fuerais condiscípulos en vuestra niñez. Yo creo no haberle escuchado tu nombre nunca. Pero vamos, todos estos detalles nada significan; el es un joven que vale mucho y que me ayuda maravillosamente en los graves trabajos agrícolas de la junta, y yo le estoy muy agradecido y deseo demostrárselo. Ya sabes, pues, mi plan y conoces también la gratísima nueva de la venida de tu tío. Ahora te dejo, porque voy hasta la villa, dando un paseo, á contestar á su telegrama y á ver qué se miente por allá.

Los que así hablaron eran y son los señores de Lampaya, con cuyo nombre se les conoce en el concejo asturiano de Rodeces, vecino á la costa de Gijón. La posesión de Lampaya es una hermosa casa de campo, restaurada á la moderna, con todos los refinamientos del buen gusto, sobre el antiguo caserón ó palacio solariego de aquel nombre. Hace cosa de unos diez años el caserón se hundía, por sobra de años y por falta de reparos, y con él iban camino de la ruina, su dueña la señora viuda de Lampaya y su hija Anita. Contribuyeron á reducir á poco más que á la nada el antiguo poderío de la familia, las deudas del señor, muerto de pesadumbre; las calaveradas y despilfarros de sus dos hijos varones, consumidos y enterrados en la corte por los vicios; y en fin, las malas cosechas y la impiedad de los usureros. Anita se educó en Vergara y en Burdeos, en los últimos años del



esplendor de su casa, y al volver á ella sólo encontró la desolación y el ahogo, en vez de la distinción y comodidades que había soñado. Su madre viuda, presentó ante su consideración el triste cuadro de la realidad que les rodeaba, y le hizo comprender que ya no debía contar con otros recursos que con su educación esmerada, con su vivo ingenio, con sus pocos años y con su belleza, que era á la verdad, de primer orden; . . . lo demás, «era preciso confiarlo todo á la suerte.»

Murmurábase mucho en todos aquellos concejos sobre el triste estado de la casa de Lampaya, y ya se les hacía agua la boca á los picapleitos, tinterillos, rascafirmas, agentes de ventas y demás alimañas de la justicia, pensando en la repartición, á menos precio, de aquella que fué envidiada posesión, de aquel palacio, huertas, campos y montes, todo hipotecado y corroído por los gusanos de la usura. Así vivieron madre é hija tres años, pensando en que si hoy ó mañana franquearían las puertas de su casa á los logreros y alguaciles, y disponiéndose á salir de ella antes, para nunca más volver. Y, en esto, cuando se les había concedido un nuevo plazo para que acabaran de hundirse, llegó á aquel concejo un hijo del mismo, que venía de América, y al cual hacía treinta años que todos daban por muerto.

Era Manolo Perlora, antiguo aprendiz de sastre en Rodeces, que cansado de echar remiendos á su necesidad con pedazos de borona y con grandes raciones de esperanza, se fué al otro mundo, formando parte de un montón de asturianos, que la miseria hacinó á bordo de un barco viejo. Anduvo el muchacho en América rodando por pueblos, ríos, pampas y cordilleras, hasta que hizo asiento en Bolivia, estableciendo en Chitapata un tienducho, que pronto tuvo sucursales en Cochabamba, en Po-



tosí y en Porco. Luego que reunió algunos pesos se internó en las tierras de Santa Cruz, y allí vivió treinta años, comerciando con las gentes indígenas y enviando sus ahorros á la casa de un paisano suyo de Cobija, quien á su vez le surtía de géneros de Europa, con los que cada uno de ellos ganaba un mil y pico por ciento. Al llegar Perlora á la edad de cuarenta años sintió renacer en su pecho la nostalgia de la tierra asturiana, y acogiéndola con todo entusiasmo, liquidó y realizó en cuatro años sus negocios y sus fundos, y un día se plantó en Rodeces como caído del cielo, después de haber depositado en la Banca nacional de New-York algunos millones de pesetas.

Él, que había conocido á la señora de Lampaya, y á toda su familia, menos á Anita, en los tiempos de aparente prosperidad, se sorprendió de veras al saber que aquella casa se derrumbaba por momentos; pero, considerando el caso «cual una de tantas vueltas como da el mundo» se encogió de hombros, y no dió gran importancia á la noticia. Puso en práctica su plan de afincarse con esplendidez en el concejo, en el cual aunque no quedaban ya más que uno ó dos individuos de su familia, se vió muy pronto rodeado de parientes por todas partes. Alzó en el pueblo su magnífica posesión de indiano y compró la gran finca de El Caldón, que linda con el mar, y varios montes y tierras en sus alrededores.

Un domingo al salir de misa vió á la señora de Lampaya y á su hija Anita. Saludó á aquella con toda cortesía de antiguo conocido y de nuevo hombre fino, y prometió visitarla, como en breve lo hizo, oyendo entonces, de labios de la viuda la gráfica descripción de sus desventuras y apuros, á cuya conferencia asistió también la joven, más muerta que viva, abrasada por la vergüenza



y sin atreverse á levantar los ojos del suelo. Manolo la escuchó tranquilo, y se separó de ellas, sin soltar otra prenda que la de los ofrecimientos de puro cumplido. No pudo borrar de su pecho, sin embargo, la impresión que le causara Anita, y por más que se dió á olvidarla, entregándose de lleno á pensar en sus negocios y adquisiciones, y á requebrar á otras muchachas del concejo, siguió abrumándole, cada día con más fiebre, la idea de la posesión y cariño de aquella preciosa criatura.

Huyendo de Lampaya volvió allí de cabeza dos ó tres veces, y propuso á la señora el casamiento con su heredera, declarando no su amor, sino que poseía más de millón y medio de pesos. Cuando Anita supo por su madre tal propósito se creyó, ante aquel sarcasmo de la suerte, la más desgraciada de las mujeres. Negóse redondamente á «tan absurda idea,» y afirmó que estaba dispuesta á ser monja, en cuanto su madre faltara. Muchos y muy diversos y hondos razonamientos hizo para convencerla la altiva y ya humillada señora, á los cuales contestó su hija con el más absoluto silencio.

—Si te casas, evitarás el que nadie se goce en nuestra desgracia—añadió al fin aquella;—y no nos mirarán con desprecio, como nos miran, los Fayedos, Ules, Veguines, Pumarinos, Valdericas, Cotopiles, Logigos, Follerones y todos los demás nobles de pega y piojos resucitados, que ayer nos tuvieron tanta envidia y hoy nos tienen tanta lástima.

Anita enardecida por la variedad, contestó:

—No añada usted una palabra más. Acepto, madre. Lo primero es que nadie tenga compasión de nosotros.

Y un mes después se casaba con Perlora, verdadero restaurador de la dinastía de los Lampayas,

Durante dos años los esposos recorrieron toda la Eu-



ropa elegante, mientras que hábiles artistas franceses convertían el caserón viejo en un soberbio hotel, del cual no pudo disfrutar su antigua dueña, porque la satisfacción tomó en ella la forma de un derrame seroso, que la llevó á aquel otro mundo del cual no se vuelve.

Anita comprendió bien pronto, que su marido, casado por una fiebre repentina de hombre veterano, se enamoraba de ella más y más cada día; y Perlora notó en cambio que su mujer no simpatizaba con él. Ella no disimulaba su aburrimiento, y él, en tanto, no perdía ocasión de hacerse simpático y de complacerla. Él, contra su natural rudeza y sus costumbres de semi-indígena boliviano, procuraba observar, instruirse, recoger caudal de palabras distinguidas y de pensamientos ingeniosos, y perfeccionar y afinar su espíritu, empresa difícil por todo extremo, porque treinta años de existencia nómada le habían endurecido el cerebro y la lengua. Contra su físico aldeano, anguloso, fuerte y recio, nada valían los alimentos especiales, ni los vestidos finos, ni la vida de salón; ni contra el tono cobrizo de su tez, curtida por el sol del trópico y surcada y coloreada por las ramificaciones y manchas de su brava y encendida sangre, nada valían tampoco las habilidades, bien pagadas, del arte de la barbería, ni las virtudes de las «aguas de los Médicis,» de la «pâte des Prélats,» de la «crema Laferriere,» del «Fluide Iatif,» del «Opoponax,» del «eau del Lys de Lohse,» ni de todos los tesoros de la perfumería moderna.

«¡Nada!—como decía su mujer, cuando le contemplaba—aquel era un D. Favila, ingerto en Atahualpa, blindado y acorazado en la piel por los aires de la pampa.»

Y mientras ella, tan delicada, tan espiritual, tan viva y tan hermosa se consumía en su mal humor, por estar condenada «á gaucho perpetuo,» él, procuraba hacerse



hombre de viso en la provincia, y figurar en todas las juntas, y presidir el partido de hombres de orden del distrito, y afinarse y perfilarse con el continuo roce de las gentes distinguidas. Pero, pasaba el tiempo, y, con harto dolor de su corazón, continuaba escribiendo todas las noches en la casilla de observaciones de su libro de cuentas: «La atmósfera lo mismo; tan insoportable.» La atmósfera era Anita.

Cuando, terminada la conversación anterior, salió su marido á poner el telegrama al general, quedóse un rato pensativa Anita, y al cabo de él, dándose una palmada en la frente, se levantó de la butaca que ocupaba, oprió el botón de un timbre eléctrico y dijo á una criada, que al punto apareció en la puerta del gabinete:—Busca á Rosa y dí que la espero.

Algunos minutos después entraba en la habitación una joven alta, esbelta, muy morena, de oscurísimos ojos y cabellos, distinguida en su elegante y aristocrático conjunto, sonriendo como una niña y mostrando al sonreír doble fila de hermosos, nacarados dientes y dos lindos hoyuelos en las mejillas. Rosa Toriello era hija de un paisano y compañero de Perlora, que casó en Megillones con una rica criolla de aquella tierra. Educada en un colegio inglés de Valparaíso, perdió á sus padres cuando ya el indiano de Rodeces había vuelto á Asturias; quien un día recibió, con la copia del testamento de su amigo, la misión de hacerse cargo de aquella joven y de cuidarla como hija, y, acompañando al recado y á la pupila, la noticia de que ésta tenía en el Banco de Londres una dote de bastantes miles de duros, amén de otros pocos que Rosa trajo en su cartera de viaje, acompañados de ricas joyas de legítimo oro peruano. Recibióla Anita como un regalo providencial, ya que el matrimo-



nio no tenía sucesión, ni esperanzas siquiera; y, pues que sólo la llevaba ocho años de edad, fué á un tiempo para ella hermana, compañera y madre.

—¿Qué ocurre, Anita, que con tanta urgencia me llamas?—preguntó la joven al entrar.

—Dime, Rosa,—contestó la de Perlorá—tú, que á causa sin duda de tu sangre americana, de tu genio y de tus lecturas, sueñas siempre en horizontes esplendorosos, en el mundo distinguido y futuras grandezas, dime: ¿quisieras ser virreina de las Indias?

Detúvose la boliviana sorprendida ante pregunta semejante, y mirando con extrañeza á Anita, exclamó:

—¡Tú no estas buena! ¿A qué viene esa broma tan inesperada?

—¡Ah, amiga mía! no se trata de una broma. Te lo pregunto de veras. Siéntate y escucha.

—Pero Anita mía, ¿estás en tu juicio?

—Escúchame y lo verás. Dentro de dos ó tres días va á llegar á esta casa un caballero, á quien han nombrado una cosa así como virrey de las Islas Filipinas, ó Capitán general gobernador, que es lo mismo. Ese caballero es mi tío el general Avila, del cual hemos hablado muchas veces. Es viejo; asistió de capitán al convenio de Vergara y tiene hoy sesenta y pico de años, pero se conserva tan bueno como si lo hubieran embalsamado, estucado y pintado hace diez. En su carácter parece un niño; y, la verdad es, que no le falta mucho para entrar en la segunda niñez. Figúrate la crueldad que cometen con él, siendo un hombre solo y sin familia alguna, al enviarle á aquellas islas. ¡Qué va á hacer allí, huérfano de todo amparo, entre las fiebres perniciosas, los igorotes y los terremotos! Pues bien, Rosa, un hombre como él, rico, distinguido, inteligente y amabilísimo, á quien el gobier-



no concederá tal vez muy pronto, ¡nada, en cuanto lo pida! un título de Castilla, bien necesita un ángel tutelar que le ame y que le cuide. Ya sabes, Rosa, cómo está el mundo; ya sabes cuán difícil es hoy el encontrar una colocación aceptable, en proporción, por ejemplo, con *lo que* tú tienes y..... francamente, eso de poder ser virreina y condesa ó marquesa creo que no es cosa que debe desperdiciarse. ¿No te parece bien que debiéramos pensar en esto seriamente?

Rosa, que reía como una loca, mientras Anita hablaba con toda gravedad, contestó, al sentirse cansada de reír:

—Decididamente has perdido la cabeza. Supongamos que fuera hacadero por mi parte todo eso que dices, pero aun así y todo, ¿entiendes tú que el general querrá casarse?

—Estoy segurísima de ello.

—¿Por qué?

—Porque siendo él un viejo y teniendo tú veinte años, jamás, en caso semejante, hay hombre que no se enamore con más ardor y vehemencia que un muchacho.

—¿Y si él no tiene atractivo bastante para que yo le ame?

—Le sobran los atractivos incomparables de poderte ofrecer un gran puesto en el mundo y una corona.

—Esos matrimonios acaban mal.

—Es verdad, pero acaban pronto; y después, continuarás tú siendo la condesa de Arlabán ó de cualquiera otro vericuerdo. En cambio, ¿á quién puedes aspirar aquí, ó en Oviedo ó en la corte? á algún otro indiano como el mío, de los cuales caen pocos en libra; ó á algún registrador de tercera, ó á algún ingeniero loco, ó á algún comerciante usurero ó á algún funcionario con descuento;



en fin, á alguno que, á la postre, venga á vivir con lo que tú tienes. Piénsalo bien, Rosa, y encarámate de un salto en el trono de las Filipinas. Mira y recuerda que á la ocasión la pintan calva. Yo prepararé al general.

—Te prohibo que le hables de semejante cosa.

—¡Ah, señorita! yo soy, como quien dice, tu tutora y curadora, y es un deber sagrado para mí el ocuparme de tu porvenir.

—Tu tío no es un porvenir, sino un pasado, muy pasado, con excelencia y todo.

—Sin embargo, pasado y todo, creo que te agradará porque es un caballero como los de la Tabla Redonda ¡ya lo verás!

La conversación se prolongó, en broma ó en serio largo rato, hasta que un criado avisó que Perlora había vuelto y que la comida estaba servida.

## II

¡SOLITO!

Pocos días después llegó el general á Lampaya. Rosa lo contempló y analizó de una sola mirada. Era un hombre alto, derecho «como un huso,» acartonado, canoso, con largas, exageradas guías en el bigote, retorcidas y pulimentadas por el cosmético; de colorados y salientes pómulos, de nariz aguileña, de ojos pequeños, azules, velados por diminutas cejas, y de solemne calva, oculta á trechos, con cuidado, por algunos cenicientos y largos mechones, que subían desde detrás de sus amplias y encendidas orejas, á hacer como que disfrazaban la desnuda y reluciente área de la coronilla. Vestía con extrema pulcritud y elegancia y exhalaba de su persona aristocrático perfume.



Era el general oriundo de Asturias y primo segundo ó quinto de la madre de Anita; pariente casi olvidado antes, y tío reconocido en la casa desde que ascendió á brigadier, y mucho más desde que Anita fué millonaria. Su historia de hombre galante y calavera sobrepujaba con mucho, en interés, á la de su meritoria hoja de servicios, y no era posible averiguar quién había dejado más huellas y cicatrices en su físico, si el amor ó las armas de los moros, de los carlistas y de los cubanos. Nunca se cuidó de estudiar, ni de saber otra cosa que lo que el trato del mundo enseña; y por eso, cuando al ascender de coronel á brigadier se vió convertido en hombre importante, y arrastrado hacia la política, y cuando comprendió que tenía que hacer el papel de estadista, economista y sostenedor de determinadas ideas y principios, aprendió á ocultar el vacío que sentía dentro de su cerebro, con frases altisonantes y redichas, y con cortesana palabrería, en la que acertaba á disolver una docena de fórmulas de la sabiduría corriente. Era tan decididor, alegre y chascarrillero en la conversación íntima, como aparatoso, reservado y rebuscador de frases en sus discusiones de sociedad; y llegó á alcanzar, con su estudiada prosopopeya, especial fama de hombre de cuenta, entre los que sabían, poco más ó menos, tanto como él.

Al entrar en la posesión de Rodeces se asombró ante el cambio operado en la vieja vivienda de sus parientes, por la riqueza del indiano. Le parecieron transportados desde las cercanías de Niza ó de Viena, con sus lujosos encantos y atractivos el hotel, las dependencias, el jardín y la huerta. Encontró á Anita y á Manolo tan obsequiosos y tan entusiastas de su persona «como siempre,» y al parecer, tan contentos y dichosos. Rosa, á quien conoció entonces, le pareció una criatura angelical, por lo sumi-



sa, callada, ruborosa y sencilla; que así con tan estudiada gazmoñería se presentó ante el recién llegado, la diabólica chuquisaqueña. Enseñáronle con todo detenimiento las dos amigas el hotel, la gran sala de recepción, el saloncito árabe, el gabinete pompeyano, la capilla gótica, la biblioteca, el billar, los comedores de verano y de invierno, el gabinete de labor y de tertulia, el invernadero, la terraza y la estensa galería de cristales, cubierta y decorada por redes de jazmines triunfantes, de trepadores celastros y de madre selvas siempre floridas. Manolo, por su parte le hizo dar múltiples paseos por la huerta, para que contemplara, en las espalderas y armaduras de las paredes y linderos, los perales de invierno: bergamotas, donguindo, colmar y angevinos; los que dan deliciosa fruta en el otoño: angulema, pan y vino, reina Bustier, óura y duquesa; los manzanos Donclaer, Augers, ranetas doradas, Apis y candoles; los cerezos, mirabeles y brignotes; las mil variedades de caprichosos injertos, debidos á su maestría de arboricultor. Pero fué en los establos «donde estaba su fuerte,» en la crianza y cuidado de las hermosas razas de toros y vacas de Shundredsley, Hongthon y Zimerwald; y allí hizo Perlora especial alarde de sus vastos conocimientos y de sus notables trabajos de aclimatación, mejora y propaganda de la ganadería, para dar ejemplo á sus paisanos..... «como modesto é indigno individuo de la junta de Agricultura de la provincia.»

Al día siguiente de la llegada del general ordenó Anita que Manolo y Rosa fueran á Oviedo á hacer algunos encargos especiales de confitería, para que les surtiesen durante la temporada «y al mismo tiempo—añadió su marido—á ver si Uria aceptaba la idea de pasar en Lampaya algunas horas siquiera.»



Entretanto la dueña de la casa no perdió ocasión de continuar la tarea, que ya había comenzado, de pintar á su tío los grandes inconvenientes y peligros que iba á tener para él un viaje á países tan apartados, su estancia en ellos, lejos de todo amparo y cariño, y la grave responsabilidad que contraería, ante Dios y los hombres, si «lo que no tendría nada de particular» le sorprendía en Filipinas alguna grave dolencia ó accidente.»

—Piénselo usted bien, tiito,—le decía;—piénselo usted bien y créame que, ó debe renunciar á ese destino antes de encontrarse completamente solito en aquellas tierras, ó debe usted prepararse bien antes de aceptarlo. Si yo fuera soltera me impondría gustosa el sacrificio de acompañarle; y así tendría usted una hija que le cuidara, pero, con harto dolor para mí esto no es posible. Ha llegado usted á una época crítica de la vida sin haber conseguido encontrar el dulce apoyo de una compañera, y.... no es prudente, ni mucho menos, el aventurarse á andar por el mundo sin amparo. Con una hermana, con una hija, con una esposa sobre todo, el viaje es plausible; pero, solo, solito, sin más cuidados que los que le pres-ten á usted esa legión de egoistas compañeros y servidores, que llevará como secretarios, ayudantes, criados y asistentes, cada uno de los cuales tendrá, con razón, á quien atender antes que á usted, créame que sería una calaverada el realizarlo. La fortuna, tío, pone á usted en la mano el remedio.

—¿Cuál es? hija mía,—exclamó el veterano.

—¡Ah! sin duda alguna; y ello, si se realizara parecería cosa providencial. Aquí ha encontrado usted una joven incomparable, una mujer inteligente y rica, que es para nosotros como una hija; que será para usted tiernísima compañera y angel tutelar. Me refiero á Rosa.



El general se estremeció de pies á cabeza y preguntó admirado:

—¿Rosa?

—Sí, Rosa; á ninguna otra mujer del mundo podemos confiar su cuidado de usted, me lo dice el corazón.

—Pero tú ¿la has oído algo, así, de donde puedas deducir....?

—Yo, no; nada; esta es una inspiración mía, basada en el cariño que á usted le profesamos. No hemos hablado de esto, ni Rosa, ni Perlora; sólo sé que le es usted muy simpático á ella, y deduzco que ante la perspectiva de su alta posición de usted en el mundo, ambiciosilla como es Rosa, seguramente aceptará el ser mi tía, al ser la señora generala, casándose con usted. ¿Quién ha dicho que no pueden ustedes congeniar, entenderse y quererse al fin?

—De veras te digo, sobrina mía, que me preocupan y me ponen en cuidado tus advertencias y tus remedios. Francamente, yo jamás me había parado á considerar que, como tú dices, voy á encontrarme «solito» en Filipinas, y lo cierto es, que así sucederá si no llevo conmigo una amante compañera. El asunto merece pensarse en serio. Si, como yo supongo, Rosa no me quiere..... ¡qué me ha de querer! ni es posible ¡cómo ha de serlo! realizar tu plan, buscaré entre mis relaciones, entre mis muchas familias amigas, alguna mujer ya madura y más fácil de convencer que vuestra pupila, y me acompañará, hecha toda una capitana generala.

Anita se estremeció á su vez, ante la posibilidad de que el general se casará con otra que no fuera Rosa; y casi se arrepintió de haber planteado semejante cuestión, pero dominándose súbitamente, dijo á su tío, con aire de inocente complacencia:



—Es decir, que mis consideraciones no le parecen á usted del todo mal ¿eh?

—Ya lo ves—contestó el veterano—y en prueba de que es así, te aseguro que no he de entrar en Manila solito. No por cierto; decidido estoy á hacer la última calaverada, buscando una compañera que me cuide, y que me haga gustar las delicias del hogar, que hasta ahora no ha tenido para mí atractivo alguno.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

*(Se concluirá.)*



## HUMORADAS



¡Dichosa la mujer que no conoce  
Que, en los goces tranquilos, falta el goce!



*En el álbum de Delia Vergara.*

Pareces, Delia, de la aurora hermana,  
Y creo firmemente  
Que al nacer tú, dejó sobre tu frente  
Sus rayos más hermosos la mañana.



*En el álbum de Fanny Vergara.*

Fanny, guardando de tu edad primera  
Recuerdos halagüeños,  
te he de dejar por mi única heredera  
Cuando haga el testamento de mis sueños.

CAMPOAMOR.



# LOS ANTIGUOS MONUMENTOS AMERICANOS

Y LAS ARTES DEL EXTREMO ORIENTE

## I

Es evidente que la arqueología americana está en un período de formación. Buena prueba de ello son los *Congresos internacionales de americanistas*, que por iniciativa de la Sociedad Americana de Francia se vienen celebrando periódicamente desde 1874, para discutir cuanto se refiere á la historia de la América precolombina y al descubrimiento y conquista de aquel continente. Las deliberaciones de estos Congresos, que cada vez se reúnen en una ciudad distinta de Europa, los trabajos que en ellos presentan los americanistas ó publican separadamente, van poco á poco esclareciendo los problemas más trascendentales y difíciles del americanismo. Pero aunque el catálogo de los trabajos es ya extenso, y en el terreno de la investigación se ha adelantado mucho, aún no se ha llegado á constituir un cuerpo de doctrina, un verdadero organismo científico, como el que hoy rige á la Egiptología y á la Arqueología oriental.

Dos cuestiones hay en el americanismo que con sobrada razón se miran como capitales, pues son los ejes,



por decirlo así, de todo el sistema que se trata de establecer. Estos dos puntos, objetos ambos de difíciles y prolijos estudios, de graves y empeñadas controversias entre los sabios, son el origen de los pobladores de la América precolombina, y la interpretación de la escritura geroglífica de los códices y bajo-relieves monumentales. Cuestiones son estas que, aunque de índole diversa, una etnográfica y antropológica, otra paleográfica y arqueológica, guardan estrecha relación y tienden á resolver el gran problema que abraza y resume todas las cuestiones del americanismo, á saber: la relación del mundo antiguo con el impropiamente calificado de *Nuevo*. Casi resuelto puede decirse que está hoy este problema, en favor de las inmigraciones de gente asiática en América, y que sólo aguarda un trabajo definitivo de síntesis que asegure y confirme los hechos y deduzca de ellos las oportunas conclusiones. En provecho de este mismo fin entendemos que ha de redundar el conocimiento de los textos geroglíficos, aunque tal vez de ellos esperan los americanistas un resultado distinto del que apetecieran. Desearían los sabios encontrar en la escritura figurativa de los antiguos americanos revelaciones históricas, datos cronológicos del mismo género é importancia que las revelaciones y datos arrancados de los gleroglíficos egipcios y de la escritura cuneiforme de los monumentos ninivitas y babilonios. ¿Se hallará algo de esto en la escritura monumental americana? Por el pronto, los códices mayas no parecen ser otra cosa que textos litúrgicos (1). Pero

(1) El distinguido arqueólogo y numismata D. Carlos Castrobeza, cuya reciente pérdida ha venido á dejar un vacío en la ciencia y otro en los corazones de sus amigos que tanto admirábamos las bondades del suyo, encontró hace pocos años una clave ó sistema para interpretar los geroglíficos mayas, y por medio de ella hizo



tal vez la luz que arrojen, así que su interpretación sea de todos conocida, sirva para encontrar el origen de las tradiciones religiosas de los americanos.

Entretanto se resuelven de un modo definitivo las dos cuestiones indicadas, parecen estar como en suspenso otras que pudiéramos llamar secundarias, si algo hubiese de valor secundario en las ciencias históricas cuando se trata de penetrar en el misterio de lo pasado para apreciar de un modo positivo y real la procedencia, el grado de cultura, la condición social, las creencias, el sentimiento estético y el modo de ser y de vivir de los hombres de los tiempos antiguos. Todo eso, que constituye el fondo característico de cada pueblo, no cabe duda de que hoy nos es dable reconocerlo en la fisonomía harto expresiva de los monumentos artísticos. Y sin embargo, el arte es quizá de lo que menos se han ocupado hasta ahora los americanistas. No se dice esto en són de censura. Preocupada y empeñada la atención de los americanistas en aquellos graves problemas, no es de extrañar que se hayan ocupado poco del arte.

Por otra parte, los monumentos americanos apenas han sido objeto de un examen directo. El hermoso album de fotografías sacadas por M. Charnay y las litografías

y casi ha dejado concluído, un curioso estudio de lectura traducción del famoso código, compuesto de los dos conocidos con los nombres de *Cortesiano* y *Troano*, que se conservan en nuestro Museo Arqueológico Nacional, de cuyo Gabinete Numimático era digno jefe el Sr. Castrobeza. Este, al poco tiempo de comenzar su importantísimo trabajo, explicó una conferencia en dicho Museo, en la cual expuso su sistema, ajustado á la noticia de Diego de Landa sobre el alfabeto maya y demostró que, lejos de ser esos códigos textos históricos, como algunos han supuesto, son textos litúrgicos de suma importancia para esclarecer el conocimiento de la mitología maya. Esperamos que el trabajo del Sr. Castrobeza vea pronto la luz pública.



dibujadas por Waldeck de los monumentos de Palenque y del Yucatán, son casi las únicas fuentes á que pueden acudir los europeos para conocer el gran arte de la América precolombina (1). A esas dos fuentes hemos acudido nosotros y á ellas habremos de referirnos en el curso de este trabajo, que por consiguiente no puede tener la pretensión (que en caso más favorable tampoco podría tener, siendo nuestro) de conseguir un resultado definitivo. No se crea por esto que pecan de infieles ó de imperfectas las fotografías directas de Charnay y los dibujos de Waldeck; por el contrario, reúnen todas las ventajas que pueden apetecerse y exigirse en esa clase de trabajos. El estudio más serio que hasta ahora se ha hecho del arte americano, debido á Viollet-le-Duc ha tenido por base las fotografías de Charnay.

Basta hojear esas dos colecciones para que acudan á la mente múltiples recuerdos de no pocos monumentos de otras civilizaciones antiguas. Aquellas láminas inducen á pensar que probablemente los monumentos han debido ser la causa primera de que se sospechara en la existencia de una relación entre las gentes del antiguo mundo y del nuevo. Esta sospecha ha debido influir en los historiadores del arte para colocar los monumentos americanos en la parte de sus obras dedicada á tratar de los monumentos del Egipto y del Asia, de la India y de la China; pero ningún autor ha establecido todavía la filiación del arte americano ni le ha marcado su oportuno sitio en

(1) Después de escrito este artículo, hemos visto la reciente y lujosa obra titulada *Arte Mexicano Antiguo*, por D. Antonio Peñafiel, cuyas láminas, no sólo reproducen los monumentos ya dados á conocer por las obras citadas, sino otros muchos nuevos, productos cerámicos, motivos ornamentales, etc., que han venido á robustecer la tesis que exponemos.



el proceso histórico del arte; lo cual se explica, porque no habiéndose pronunciado la última palabra respecto de las relaciones del antiguo mundo con el nuevo en los tiempos precolombinos, todavía no han podido llevarse conclusiones fundadas á los conocimientos generales. M. Viollet-le-Duc, en el citado estudio que hizo de los monumentos americanos para que sirviese de prólogo á las fotografías y apuntes de viaje de Charnay (1), acaba diciendo: «Á nuestro modo de ver, la arquitectura antigua de Méjico se aproxima en muchos puntos á la de la India septentrional; pero ¿cómo se han establecido estas aproximaciones? ¿Ha sido por el noreste? ¿ha sido por el noroeste? Esta es una cuestión diferida hasta el momento en que el conocimiento de los monumentos ido-septentrionales esté completo.»

No vamos nosotros á intentar por medio de los monumentos el estudio etnográfico que los americanistas discuten y estudian con preferencia. Vamos no más á señalar algunas singulares analogías que hemos observado entre los monumentos americanos y los del Asia septentrional; vamos modestamente á allegar nuevos materiales en apoyo de aquella tesis.

Abundando en ella, D. Mariano Eduardo de Rivera y D. Juan Diego de Tschudi, dijeron en su obra *Antigüedades Peruanas* (2), apoyándose en Humboldt, que no admite duda que Quetzalcoalt, Bochica, Manco-Capac y demás reformadores de la América central, eran sacerdotes budistas, cuya presencia en aquel país se explica por la lucha prolongada mantenida en Asia entre la secta

(1) *Cités et Ruines Americaines*, París: 1863. Album y volumen de texto, p. 104 del último.

(2) Viena, 1851, p. 17.



de los bramanes y de los budistas, que acabó por la inmigración de los Chamanos al Tibet en la Mongolia, á la China y al Japón, y después probablemente á la América. Así se explican los antedichos autores los puntos de semejanza que encuentran al comparar la religión de Buda y la de Brama con la mejicana, y en igual sentido parece que quieren explicarse (aunque textualmente no lo declaran) las analogías que se advierten en otro orden de ideas y de hechos.

Con las anteriores observaciones creemos dejar suficientemente expuestos la tesis de que partimos y el fin á que nos encaminamos.

## II

Todo el mundo ha reconocido en las comarcas americanas las huellas de diferentes y sucesivos pobladores. Una simple ojeada retrospectiva basta, por otra parte, para comprender que los vestigios y monumentos americanos corresponden, no sólo á distintas épocas, sino á gentes distintas también. De primera impresión se establecen desde luego tres grandes períodos en la cultura de aquellos antiguos pobladores: el período prehistórico ó salvaje con iguales caracteres esenciales que le reconocemos en las formaciones geológicas y en el proceso sociológico de las razas que poblaron primitivamente los demás continentes; el período de barbarie en que el hombre de América levantó montículos y terraplenes para defenderse, para rendir culto á sus dioses y para dar sepultura á sus seres queridos, ó bien hizo construcciones



de carácter ciclópeo que le sirvieran de morada, y el período civilizado, con sus palacios y sus templos, con sus bajo-relieves decorativos y su escritura monumental y documental, como en los demás pueblos de la antigüedad histórica.

No han faltado, sin embargo, escritores americanistas que hagan al término *prehistórico* sinónimo de *precolombino*.

Pero si aquel no ha de ser un término vago y acomodaticio, sino que ha de significar la ausencia de los caracteres distintivos de toda civilización, comenzando por el más importante y expresivo, que es la manifestación del pensamiento humano por medio de signos, es decir, de la escritura, á nuestro modo de ver, los monumentos de piedra labrada del Yucatán de Palenque, de Méjico, del Perú, y las afines que subsistan en otras localidades americanas; esos monumentos en que el arte se manifiesta formado y viril, y no pocas veces sirviendo de fórmula al pensamiento por medio del geroglífico y el símbolo, no cabe dudar que corresponden á un período, cuya historia existe, aunque velada y obscura para nosotros. No hay que olvidar tampoco que cuanto hoy sabemos acerca de las costumbres é instituciones de las gentes que poblaban la América, lo debemos á los misioneros españoles (á quienes nunca agradeceremos bastante sus investigaciones y curiosos escritos), testigos del ocaso y ruina de aquellas antiguas civilizaciones.

Tomada la cuestión desde el punto de vista y en el sentido con que nosotros la planteamos, ocurre una objeción seria que oponer. Los pueblos bárbaros de América se reconocen y diferencian hoy por dos clases de monumentos, y los nombres dados á éstos por los anglo-americanos sirven también para designar á aquellos,



pues su filiación étnica se desconoce. *Mund-Builders* llaman los sabios anglo-americanos á los constructores de unos terraplenes y montículos artificiales de tierra, casi siempre contruídos con regularidad matemática, redondos, ovaes, triangulares, cuadrados ó poligonales, de una altura de pocos centímetros á treinta metros y un diámetro de uno á trescientos metros, en cuyo interior se han encontrado restos humanos y algunos utensilios; montículos que ocupan los valles del Misisipí, del Ohío y del Misurí. *Cliff Dwellers* ó habitantes de las rocas llaman, y hombres de los *pueblos* llamaron los colonizadores españoles á los que tenían por viviendas los senos de las rocas ó que hacían en ellas unas construcciones en piedra, viviendas que aparecen escalonadas ó superpuestas, y á veces están defendidas por un muro (sin más medio de comunicación ó ascensión, por lo visto, que escaleras de mano) que ocupan una extensión de doscientas mil millas cuadradas en los valles del San Juan, del río Grande del Norte, del Colorado Chiquito y sus tributarios. La cuestión que aún debaten los americanistas está en si los *Mund-Builders* son antecesores ó contemporáneos de los *Cliff Dwellers*. La opinión más general parece resolver el caso en favor de la mayor antigüedad de los primeros.

En cuanto al fin que nosotros perseguimos, conviene dejar sentado que, tanto los terraplenes y montículos como los *pueblos*, son unos monumentos tan originales y extraños, que no tienen nada de común con los de otras comarcas del globo. Los montículos, por alguien comparados con los *túmulos* del mundo antiguo, no responden á la misma idea, ni al mismo fin constante, ni en su forma hay otra semejanza que accidental y en muchos casos ninguna. Respecto de las viviendas en rocas y de los *pue-*



*blos*, que bueno será advertir están, generalmente, á alturas casi inaccesibles, debemos decir que el trogloditismo no puede darse por característica de raza, sino por resultado de la necesidad que la Naturaleza ha impuesto al hombre en algunas comarcas. Haríamos sobrado larga esta digresión si fuéramos á examinar las circunstancias geológicas por las cuales el hombre prehistórico de Europa fué troglodita antes de construir la cabaña ó el palafito y de levantar el dolmen y el *túmulus*. Por lo demás, aparte de los hipojeos egipcios y de los templos indios cavados en la roca, hay otros monumentos que, aunque de remota antigüedad, corresponden á una época perfectamente histórica, como son los hipojeos griegos de Felos, Antifelos, Jantos, Telmisos y Myra, en el Asia Menor, que en su disposición escalonada recuerdan los *pueblos* ó viviendas de las rocas americanas.

Hay todavía otra cuestión, que es la de las *pictografías* ó pinturas parlantes, signos ideográficos groseramente trazados en las rocas, que en algunas regiones, como en la llamada por esta misma circunstancia de las *piedras pintadas* en la América del Sur, abundan mucho. A estas figuras, que no siempre están pintadas, sino también grabadas ó esculpidas, se les asigna remota antigüedad.

El marqués de Nadaillac dice que ni los *pah-utes*, habitantes de las vertientes californianas, ni los *shawnees*, que campean cerca de Colombia, pretenden que tales figuras sean obra de sus antepasados, sino que las miran como anteriores á su arribo á aquellas comarcas. Pero la circunstancia de que algunos indios que aún habitan en otras comarcas americanas, todavía trazan de estas pinturas ó grabados, y otras de ellas se sabe que están trazadas en tiempos pasados, cercanos á nosotros, induce á



creer que no son exclusivamente una manifestación del arte primitivo de América, sino del arte rudimentario de las tribus que desde remota antigüedad han poblado algunas comarcas de aquel continente en todos los tiempos. En una palabra, nosotros nos inclinamos á creer que las *pictografías* han sido coetáneas de todos los grados y manifestaciones de la cultura que en aquel país se reconocen y diferencian: han sido siempre ó casi siempre las obras de los indígenas que vivían, como viven aún, apartados del gran proceso histórico. Y nos inclinamos á creerlo, no sólo por las razones apuntadas, sino más principalmente porque los caracteres artísticos de las *pictografías* no tienen nada de común con los que distinguen á los monumentos de que pronto vamos á ocuparnos: son las figuras que han trazado y trazan el niño y el hombre inculto, por una misma manera, en todos los pueblos y en todos los tiempos.

Por las razones expuestas, nosotros entendemos que los tiempos *prehistóricos* de América son los tiempos representados por los vestigios de la humana existencia hallados en yacimientos geológicos y por los *restos de población* (permítasenos traducir así la voz danesa *Kjökkenmödings*, traducida ya en el Plata por *paraderos* y en el Brasil por *sambaquis*), en que se han recogido característicos é interesantes restos de la primaria existencia: Los montículos y terraplenes, las cuevas y *pueblos*, corresponden respectivamente á dos manifestaciones distintas de una cultura de transición, por decirlo así, que se desarrolló en la América del Norte y en la Central; pero de ningún modo deben comprenderse en el prehistorismo, pues los hallazgos de puntas de flecha de pedernal y de obsidiana en tales monumentos no puede significar



nada en un país que más tarde se defendió de los conquistadores españoles con armas de la misma materia.

Creemos con Lubke (1) que las primeras manifestaciones del arte han sido las mismas en todas las localidades y en todos los tiempos, pues el arte no tuvo un lugar de nacimiento, ni hasta que se manifestó dueño de los procedimientos y con fisonomía propia y tendencia definida, merced á la inspiración que le prestaran las creencias, las instituciones, las aspiraciones de raza y las condiciones locales, pudo ejercer influencia en países vecinos y ser objeto de imitación y de estudio. Por consiguiente, fuera cual fuese la procedencia de las gentes que construyeron los montículos, la idea del montículo debió nacer en ellos espontánea y desenvolverse de un modo peculiar y característico. En cuanto á los *pueblos*, claramente se comprende después de lo ya dicho que pensamos lo mismo, pues responde á la idea natural de defensa y á un género de monumentos de que hay repetidos ejemplos en países que no han tenido relación alguna. Y sea ó no remota la antigüedad de tales monumentos, si, como fundadamente se cree, los monumentos del gran arte precolombino corresponden á nuestra Edad Media, lo mismo que los monumentos de la India, puede pensarse que el origen y desenvolvimiento primario de las artes en América corresponde á la Edad Antigua del viejo Mundo. Es decir, que probablemente mientras en este viejo Mundo se alcanzaba aquel grado de civilización de que hoy dan patentes testimonios los monumentos egipcios, los asirios, los persas, los griegos, los etruscos y los romanos, en el Nuevo Mundo alboreaba una nueva cultura; y durante

(1) *Essai d'Histoire de l'Art*, traducido por Koello, París. 1886, t. I, p. 1.

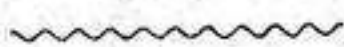


nuestros siglos medios, en aquel continente se desenvolvía una civilización análoga ó equivalente á la que ya se había extinguido en el mundo oriental de la antigüedad. En una palabra, la civilización ha caminado retrasada en el NuevoMundo con respecto del viejo.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.



# TRADICIÓN (1)



## I

Doña María, la Santa,  
nació con nublada estrella;  
repudiada vió á su madre,  
tan infeliz como buena.

Los hijos de su madrastra  
le arrebataron la herencia;  
nególe el amor su padre,  
Dios le negó la belleza.

¡Desdichada fué de niña,  
desdichada de doncella;  
para aumentar su infortunio,  
sin duda, la hicieron Reina!

El de Aragón se casó  
con la dote, y no con ella.  
¿Por qué le dió la corona  
Cuando el corazón le niega?

(1) Publicamos esta poesía, primera del Romancero de D. Jaime el Conquistador, como muestra de la inspiración de su autora la señorita doña Blanca de los Ríos, á quien conocen nuestros lectores por el hermoso artículo que acerca del Tenorio dimos á luz tiempo atrás.

Esperamos el estudio biográfico crítico de Tirso de Molina, premiado por la Real Academia Española, para dedicar á su autora el espacio que merecen su laboriosidad y su talento, que la haecnigna de figurar al lado de nuestras más ilustres escritoras de este siglo.



Don Pedro, *flor de los Reyes*  
y *espejo de gentileza*,  
*el católico y el noble*,  
*el valeroso*, el poeta,

por no ser de Reyes hija  
diz que á su esposa desdeña;  
pero los pueblos murmuran  
que por otro amor la deja.

¡Rey galante, mal escoges,  
por vidrio cambias las perlas,  
lo propio por lo robado,  
la virtud por la belleza!

¡Ay, desde aquella mañana  
de florida primavera,  
en que en la santa capilla  
del Temple, de luces llena,

la unió con Pedro segundo  
la bendición de la Iglesia,  
tres años hace que sufre  
la infortunada Princesa!

Tres años que no sonrío  
ni sus tristes ojos seca;  
llorando pasa los días,  
llorando las noches vela;

mientras que el infiel esposo,  
sin cuidarse de sus penas,  
de una principal señora  
ronda, galante, las rejas.



Haciendo suya la causa  
de la infortunada Reina,  
de Montpellier los varones  
en secreto se congregan,

quejosos del Rey don Pedro  
que á la de Guillén desprecia;  
que quien á su dueña ofende,  
también á la villa afrenta.

Quieren que Pedro á los brazos  
de su digna esposa vuelva,  
porque renueve sus bodas  
con Montpellier y con ella;

que arraigue en la Señoría  
de Aragón la estirpe regia,  
y el arbol de sus amores  
produzca flores eternas.

Los cónsules de la Villa,  
en secreta conferencia  
con su noble Soberana,  
algo muy grave conciertan.

Lo que de grado no pueden,  
por el engaño lo intentan.  
¡Ay, que para ser creída  
la verdad augusta mienta,

y que á veces, por sarcasmo,  
de la vida en la comedia,  
con el vestido del vicio  
se disfrace la inocencia!

\*  
\* \*



Cauteloso, un pajecillo  
del Rey á sus plantas llega;  
un pergamino doblado,  
que exhala oriental esencia,

pone en su mano, y, discreto,  
sale de la estancia regia:  
la faz de Pedro retrata  
de su emoción la violencia.

De su adorada señora  
es una cita secreta,  
y el Rey imprime al mensaje  
más besos que tiene letras.

La noche espera don Pedro,  
y con tanto afán la espera,  
que, ansioso, se bebería  
las horas de luz que quedan.

Tan de prisa van sus ansias,  
que hallan las horas eternas;  
acusa al sol de indiscreto,  
de torpes á las estrellas,

y en su demente delirio,  
teme que, por vez primera,  
falte la constante Noche  
á su cita con la Tierra.

Pero no faltó: el alcázar,  
del Rey por orden expresa,  
yace en sombras. ¡Las traiciones  
bien están en las tinieblas!



Súbito se alza el Monarca,  
la mano al pecho se lleva,  
leve murmullo se escucha,  
como de agua que se acerca;

y era, en verdad, una ola  
de encajes, de oro y de seda:  
entra velada una dama;  
loco el Rey, prorrumpe:

—¡Es ella!

Y asiéndola de una mano  
con ambas las suyas trémulas,  
la conduce ante una ojiva,  
que inunda la luna llena.

Bajo nubes del tocado  
soles de joyas flamean,  
álzase el velo la dama,  
y el Rey exclama:

—¡La Reina!

Y corrido, mudo, atónito,  
suspenso, inmóvil se queda;  
mientras que en el fondo obscuro  
de la ancha cámara regia,

como por arte de encanto  
el grueso tapiz se pliega,  
y en el hueco que descubre  
de Pedro al asombro muestra,

de nobles figuras hecho  
un grupo de tal grandeza,  
que es de un pueblo poderoso  
conjunto, cifra y emblema:



cónsules y ciudadanos,  
que á Montpellier representan;  
damas, caballeros, frailes,  
soldados, pajes, doncellas,

todos como al templo, vienen  
con blancas hachas de cera,  
todos ante el Rey se postran  
para alcanzar su clemencia:

perdón de su engaño piden  
y gracia para su Dueña.  
Ante su esposa que llora,  
y ante su pueblo que ruega,

conmovido Pedro el Noble:  
—¡Pues que lo quisísteis, sea!—  
dice, y se arroja á los brazos  
de la enamorada Reina.

BLANCA DE LOS RÍOS.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DE NEU-BARCELONA



## EL FAUSTO EN LA MÚSICA

---

*Faust*, ópera de Ch. Gounod.—*Mefistofele*, ópera de Arrigo Boito.—*La Damnation de Faust*, leyenda dramática de Hector Berlioz.—*Scenen aus Goethe's Faust*, de Robert Schumann.

EL arte, por excelencia, propio de la época moderna, es la música. Somos, por él, realmente soberanos, y ninguna obra maestra de lo pasado nos hace sombra, como acontece en las demás artes bellas, las cuales tampoco se redujeron siempre á dejarnos modelos insuperables, sino que, á las veces, agotaron de golpe la virtud creadora de su idea inspiratriz. Sirva de ejemplo la escultura, que, naciendo y desarrollándose espontáneamente en Grecia, produjo un ciclo artístico completo y sin segundo, y no consintió á los artistas venideros otro arbitrio sino ser fríos imitadores, ó hallar vida y novedad mediante la violación sistemática de los principios de su arte, destinado por íntima naturaleza á manifestar serenamente la belleza corporal humana.

Las formas del arte corresponden á las modificaciones y mudanzas emocionales é intelectuales que experimenta la sociedad. Entre la florescencia de la música y el estado del alma moderna existe esa correspondencia, cuya determinación no es para tratada incidentalmente. El hecho irreductible y primario es cierta afición música derivada de las necesidades estéticas, de que el hombre, ni aun entre los misérrimos salvajes, está privado completamente. Esas necesidades, de creciente imperio y



complejidad, buscan, necesariamente, la satisfacción de su apetito apropiándose el mayor número posible de elementos susceptibles de recibir forma artística. No maravilla que el hombre aprovechase los sonidos con ánimo de aumentar el acervo de sus goces estéticos, pero sí pasma y suspende que la impresión, por medio de ellos obtenida, fuese tan profunda, varia y rica, que el arte musical llegara á competir con las demás bellas artes, y aun en la expresión de determinados afectos á todas las venciese y dominase.

Pero este fenómeno, en apariencia extraño, lo explica la naturaleza de la música. Toma ésta su elemento propio directamente de las emociones humanas; entre éstas y la creación artístico-musical que las encarna y enfoca no se interpone, como en las demás artes, la idea que previamente ha de concebir el artista del objeto á que ha de dar forma. La arquitectura, la escultura, la pintura, la poesía, reproducen ideas, más ó menos adecuadas, de la realidad que las inspira; la música reproduce las pasiones y emociones que inmediatamente percibe el compositor, con separación absoluta del mundo fenomenal, del que es independiente aquélla. Por esta razón ha dicho profundísimamente Schopenhauer que las cuatro bellas artes mencionadas expresan la sombra, mientras que la música habla del ser mismo y ve los corazones, manifestando, en vez de tal ó cual aflicción, alegría, dolor, espanto ó calma del espíritu, la alegría misma, la aflicción misma, *in abstracto*, en su esencia, sin que se refracte ni quiebre al objetivarse en la idea.

Un ademán, una mirada, un grito, como inmediatas manifestaciones del afecto interior, dicen más que la palabra: la música tiene la elocuencia de la mirada, la significación del ademán, la pasión del grito. Sin llamar á



las puertas, á menudo cerradas, de la inteligencia, penetra directamente por la sensibilidad, hiriendo la entraña recóndita de la vida, que vibra y ondula con las misteriosas resonancias de la simpatía. Entonces prestamos nuestro verbo interior á la emoción inarticulada y anónima que percibíamos, y son ya nuestros ensueños y esperanzas, nuestro júbilo y entusiasmo, nuestra melancolía y tristeza, nuestras penas, nuestra angustia y nuestra desesperación personales, los afectos que, cantando ó gimiendo, evocados por el genio, aletean dentro de nosotros mismos.

De esta tendencia que nos incita á concretar y particularizar las emociones impersonales de la música nació su unión con la poesía, la cual vino á condensar y prender en un punto la pasión undívaga, revistiéndola de forma definida, de tal suerte, que en la nueva obra de arte y con relación á la naturaleza, el elemento musical representa la *especie*, y el elemento poético el *individuo*, ora considerado en sí mismo, ora en su comercio, con el mundo exterior.

La intensidad de emoción que la música y la poesía mutuamente se comunican puede figurársela cualquiera, si compara el efecto que le causó una pieza, primero ignorando y después sabiendo su nombre. Oye una persona cierta marcha fúnebre: el dolor expresado le subyuga; adivina que palpita un sentimiento sobrehumano portentoso; luego la vuelve á oír, pero con el conocimiento de que es la marcha fúnebre de Siegfredo en el *Gotterdammerung*, y este simple rótulo explica, á la vez que concentra, la grandiosidad prometeana de la elegía, poniéndonos delante de la imaginación las colosales figuras de la epopeya cosmogónica de Wagner. Las hermosas sinfonías de Mendelssohn *La Gruta de Fingal*, *El Regreso*



á la patria, *La Calma del mar*, toman de su título mismo buena parte de las emociones é imágenes que suscitan. Volviendo á mi símil anterior, diré que la unión de la poesía y la música es la elocuentísima palabra combinada con la mirada elocuentísima.

Deposita, por tanto, la música en las creaciones poéticas la mayor suma posible de *humanidad* que cabe dentro de una forma individuada, causando impresión que equivale á la suma de las fuerzas convergentes. Léase la admirable balada de Goethe *Erlkönig*, y oíga-se luego la no menos admirable melodía de Schubert de este título, y por último únense la poesía y la música; entonces se percibe más claramente el galope del caballo, palidecen más las nieblas, revolotean más tristemente las hojas secas, tíñense de más vivos colores las visiones seductoras que el rey evoca para llevarse el niño, y resuenan con mayor aspereza los acentos de su cólera, y el padre recela, tiembla y se acongoja y el niño moribundo se angustia más que no antes. Toda la emoción que puede producir un drama la agotan esas pocas estrofas y compases combinados, que á muchas óperas famosísimas superan.

Puesto que la música revela la esencia impersonal de las pasiones humanas, los músicos, instintivamente, eligen para asunto de sus composiciones los personajes que los poetas excelsos crearon, personajes que en la conciencia artística representan el papel de *tipos* ó *ejemplares* característicos y manifiestan la *especie* por medio del *individuo*. Desde este punto de vista, los personajes de Shakespeare aventajan, acaso, á todos los de los demás poetas, pues no conviene que sean abstracciones ni copias serviles de la realidad individuada. Un personaje puramente abstracto, ó, lo que es igual, un discurso elo-



cuenta y lógico acerca de cierta pasión, como son la mayor parte de los héroes y protagonistas del teatro clásico francés, y aun muchos del teatro castellano, es incapaz de suministrar al músico esa nota personal que busca cuando solicita el auxilio de la poesía, y un personaje estrictamente concreto tampoco puede elevarse á la categoría de lo general, única en que, por naturaleza, se desarrolla la concepción música. En ambos casos faltará la compenetración de los elementos estéticos elegidos, y aunque la música, por su inspiración, sea buena, tendremos derecho de censurar á su autor por no haberla escrito en forma exclusivamente sinfónica.

\*  
\* \* \*

El personaje músico perfecto ha de experimentar una pasión capital y ponerse en postura de manifestarla plenamente, mediante la oposición ó la connivencia de los sucesos. Su carácter ha de ser grandioso, imponente, de temple trágico, de gesto épico; ha de superar, en bondad ó maldad, al común de los humanos, participar de sucesos ó sufrir vicisitudes extraordinarias. Ha de herir, de consuno y violentamente, la imaginación y la sensibilidad. Nada tienen que ver aquí los ruines, los mezquinos, los que se arrastran sobre la prosa de la vida cotidiana. La música, de suyo, es perfecta aristócrata; llorará ante la fosa común, pero cuando entierren á un monarca en ella. Lo que acaece y sucede diariamente, las penas y alegrías de todo el mundo, poco la conmueven. Pasa de largo delante del trasero de la Mouquette, y se detiene delante de la cara de Quasimodo.

Los *pianos* y *fuertes*, las modulaciones, las variaciones del tema, las imitaciones de instrumento á instrumento, las alteraciones rítmicas, las combinaciones de



timbre por cuya gracia son colores los sonidos, los cambios de movimiento, en una palabra, los recursos técnicos que logran variar el significado de una frase, que ora se apaga como el ruido moribundo de la ola en la orilla, ora se prolonga con ondulante resonancia, y luego muge en los contrabajos y gime en las violas, y dibuja gallardos arabescos en los violines, y corre por ellos desbocada y se esparce en las tenues notas de un *pizzicato* como un vuelo de chispas en noche oscura, y es canto rústico en el fagot y de guerra en los clarines, y amorosa caricia en el oboe, y serena estrofa en el clarinete, y misteriosa llamada en la trompa, y rodar de avalancha en la orquesta entera: estos recursos, digo, piden que la acción del poema esté llena de contrastes, de luz y sombra, de palpitaciones del corazón y de ensueños de la fantasía, ya que la música es la sublime evocadora y pintora de lo invisible que vive en los mundos de la humanidad, de la imaginación y de la naturaleza.

\*  
\* \*

Todos los pormenores y circunstancias capaces de cautivar la inspiración de un músico se encuentran reunidos en esa portentosa síntesis poética que se llama el *Fausto* de Goethe. «Encerrad en este angosto edificio de madera el círculo de la creación, y con vuelo rápido, bajad, desde el cielo, pasando por el mundo, al infierno (1).» ¿Cómo hemos de maravillarnos de que la música haya acudido á apoderarse de la obra, esforzándose por levantar un reino propio dentro de las fronteras de tan vasto imperio? Porque en cuanto á conquistar la obra entera, ningún compositor lo ha intentado. Es sobradamente frondosa, como decía Magín del *Ahasverus* de

(1) *Faust*, prólogo en el Teatro.



Quinet, y su complejidad y magnitud imposibilitan materialmente la adaptación musical directa y completa, aparte de que muchos trozos de ella, puramente intelectuales, sin átomo de pasión, á la fuerza lo vedan. Pero ni aun descartando episodios y eliminando escenas, de suerte que se conservaran únicamente las capitales de la existencia del doctor alemán, se atrevieron los compositores á mostrarla en toda su riqueza y variedad, tomando el poema desde que se anuda con la apuesta entre el Señor y Mefistófeles hasta que se suelta con la atracción irresistible de lo eterno femenino, desarrollándolo en el gabinete gótico, en el jardín de Marta, en las calles de Francfort, en la Catedral, en las cumbres del Brocken, en la cárcel de Margarita, en los pensiles de Ariel, en la corte del emperador teutónico, en los campos de Farsalia, en el palacio de Menelao, en el castillo á orillas del mar, elemento cuya conquista fué la empresa suprema de la incalmable actividad de Fausto. La labor de los músicos ha sido más modesta; se ciñeron, en puridad, á escribir *ilustraciones* del poema, á la medida de su genio y gusto personales, tratando al texto con la mayor llaneza y libertad.

Examinemos las principales.

## I

### «FAUST», ÓPERA DE CH. GOUNOD

Comenzaré por la ópera de Gounod, que es la más popular y exquisita, á la vez que superficial, de las interpretaciones musicales del *Fausto*.

Toda ella está reducida á una aventura amorosa, con intervención del diablo por añadidura. Gounod ha conservado las escenas principales de la primera parte del



poema, modificando algunas, disfrazando los episodios y hasta los personajes, como sucede con el enamorado de Margarita, Siebel, cuya impertinente inutilidad no se compensa con unos cuantos compases deliciosos del acto cuarto; Siebel, que en el poema es uno de los alegres y groseros compadres que se emborrachan en la taberna de Auerbach (1).

Dije «superficial» porque el Fausto de Gounod es un mozo enamorado, de gentil talante, buenos puños y nerviosa pantorrilla, que únicamente piensa en seducir á Margarita. Recordemos, ahora, el retrato que de él traza Mefistófeles en el poema: «El muy mentecato no gusta de alimentos terrestres; la angustia que le atormenta lo lanza por los espacios y está semisabedor de su demencia: desea del cielo las más fúlgidas estrellas, y de la tierra toda sublime voluptuosidad, sin que nada consiga aplacar la insaciable aspiración de su pecho (2)». ¿Qué ha quedado de este tipo, en cierta manera sobrehumano? Levísima cosa: un Tenorio de menor cuantía, que se acompaña del diablo por puro amor á los malos compañeros.

El primer acto, que pudiera ser sublime, es insignificante; no hay ni trasunto siquiera de aquel inmortal monólogo que arranca las tormentas del alma de Fausto, su desengaño de la ciencia humana, su hastío de la vida de sabio, su confianza momentánea en la magia, el espanto que le produce la aparición del *Espíritu de la Tierra* provocada por sus conjuros, su desesperación desbor-

(1) Gounod no es el autor del *libretto*, pero bien se le pueden achacar todas las responsabilidades que de él se deriven, ya que el imperio de los compositores sobre los poetas suele ser, en estos casos, absoluto.

(2) *Prólogo en el cielo.*



dada y el designio de suicidarse, último anillo de esta cadena de dolores. No obstante de que son asuntos principales de la escena de la ópera el conato de suicidio y parte de la tremenda letanía de maldiciones que Fausto lanza en otro pasaje del poema, la música carece de pasión. En lugar de las voces del cielo, ángeles, santas mujeres y discípulos del Salvador, que, acompañados por el toque de las campanas, cantan la resurrección de Cristo, deteniendo la copa envenenada en los labios del Doctor, suben las voces de la tierra en forma de lindo corito que convida á una muchacha á madrugar y gozar de las bellezas del paisaje. El corito causa el efecto apetecido en Fausto, puesto al nivel de una *griseta* que oye cantar á los estudiantes del Barrio Latino, y se decide á correr la *juerga* con ellos. Luego se aparece el diablo con el empaque que suele tener en las comedias de magia, escamotea la vejez del protagonista, y se van juntos en busca de Margarita y Margaritas, exclamando concertadamente: «*En route, en route.*»

El acto segundo compendia varias escenas del original, más ó menos desfiguradas algunas. La fiesta del domingo de Pascuas convirtiéndose, no sé por qué, en *kermesse* flamenca: estudiantes, soldados, burgueses, doncellas y matronas juegan, ríen, pasean, beben y bailan. Valentín habla de la medalla de su hermana, detalle sensible que se guardó Goethe, y el tontuelo de Siebel anda por allí mezclado con los soldados y echando roncas para lo por venir. Mefistófeles y su protegido acuden á divertirse, y Fausto conoce á Margarita. Hay en este acto varias páginas de mérito y justamente celebradas: el coro de viejos, las alegres frases de las muchachas, la animada canción del Becerro de Oro (que sustituye á la de la pulga del poema, más propia de Mefistófeles, demo-



nio cínico y guasón, de pocos cumplidos y menos aparato), el grave y religioso coral de las espadas (sugerido por un esbozo de los Paralipómenos), y, sobre todo, la joya del acto, el breve diálogo de Fausto y Margarita *Ne permettez-vous pas*, tratado con toda la sencillez y delicadeza del original.

El tercer acto, consagrado casi exclusivamente á los amores de Fausto y Margarita, es el mejor de la partitura, y acaso la obra maestra de Gounod en música profana; para que fuese una maravilla completa, bastaría suprimir los *couplets* de Siebel y el aria de las joyas, bonita, pero nada más, con la que se lucen las tiples, negocio ajeno á la finalidad de las óperas escritas como Dios manda, que son muy pocas. Y aunque también he de atenuar luego mis alabanzas con algunas restricciones, éstas no recaerán sobre la música misma, sino en cuanto quiere cubrir plaza de los amores de Fausto y Margarita descritos por Goethe.

La cavatina de Fausto *Salut, demeure chaste et pure*, expresa fidelísimamente la emoción y el embeleso que se apoderan de su alma al penetrar en el cuarto de Margarita. En el poema viene pronto á mezclarse la hiel del análisis psicológico con la miel del primitivo arrobamiento (1). El efecto de la cavatina es más intenso, gracias á la simplificación de los afectos, que si hubiera intentado descubrir los repliegues del carácter del protagonista, rompiendo en súbito contraste dramático que no se compone con el genio de Gounod. La melodía purísima, al desvanecerse lentamente en las notas de un *adagio*, parece como que deja cierta estela de luz azulada, la luz

(1) «¿Y á tí, quién te trae? ¡Cuán profunda emoción reina en mi ser! ¿Qué buscas en este sitio? ¿Por qué pesa tanto tu corazón? Desdichado Fausto, no te conozco,» etc. (Primera parte.)



de los cantos celestiales. La balada del *Rey de Thulé*, superior á la de Schubert, interrumpida por las reflexiones que el recuerdo de Fausto le sugiere, además de ternura, tiene sencillez de relato infantil, realmente encantadora. El *cuartetto* del jardín es obra acabada de arte; el carácter de los personajes y la contraposición de las situaciones, viven en las notas; la orquesta comenta y subraya con travesura y emoción, según los casos, el diálogo musical, donde se combinan, en armoniosos contrastes, los afanes casamenteros de Marta, las insinuaciones burlonas de Mefistófeles, la pasión emprendedora de Fausto, la ternura pasiva y las penas domésticas de Margarita. ¡Cuánta zumba en la exclamación «*La voisine est un peu mûre!*» ¡Cuánta vis cómica en las preguntas y respuestas «*Ainsi, vous voyagez toujours!*» ¡Cuánta dulce tristeza en la relación «*Mon frère est soldat, j'ai perdu ma mère!*» ¡Cuánto fuego en las palabras «*Si le ciel avec un sourire!*» ¡Cuánta languidez de resistencia vencida en la frase «*Je ne vous crois pas!*» El texto de Goethe se ha encarnado en la música de Gounod, y pocas veces habrá conseguido un artista ser tan fiel y tan original al mismo tiempo. Termina el acto con un dúo de amor, inspirado, parcialmente, en el episodio de las margaritas de la escena del jardín, amplificado á gusto de los libretistas. Frases melódicas de incomparable dulzura se suceden, á cada momento más apasionadas; acarician, embelesan, embriagan, enervan las energías resistentes de la voluntad y levantan los sentidos á una especie de erotismo místico. La orquesta realza la expresión del canto, sosteniendo con aterciopelados acordes la extasiada melodía de Fausto «*Laisse-moi contempler ton visage,*» meciendo con rítmico movimiento de ola la arrebatadora exclamación «*¡Aimer! Porter en nous une ar-*



*deur toujours nouvelle!*, prolongando con cristalinas vibraciones la íntima sensación de ventura «*Onuit d'amour, ciel radieux!*», diluyendo, con tremolante palpitación, todas las seducciones de la naturaleza cómplice en el alma abierta de Margarita que, como el perfume de una flor, se esparce, repitiendo «*Il m'aime*».

Con otros protagonistas, este dúo sería irreprochable, y si nos olvidamos de que los amantes se llaman Fausto y Margarita, por la belleza de las melodías y la pericia de la instrumentación, merecerá el calificativo de obra maestra. Pero adolece de grave defecto: la expresión del amor de Fausto y Margarita está escrito, como quien dice, el *unísono* y no resulta el *dúo* del poema que, entre la pasión del sutil y sabio doctor y la de la ingenua é ignorante hija del pueblo, puso muchas diferencias, que tocan y miran á la calidad de ella. Fausto aspira á lo eterno, aun sumergido en los placeres más perecederos y fugaces (1); se exalta disertando acerca de las prendas de su amada (2), y analiza elocuentemente su menguado concepto escéptico de Dios (3). Mientras Margarita procura llamar sobre sí la atención inquieta del doctor (4); le pregunta si tiene creencias religiosas, y sobre todo si las practica (5); enumera los quehaceres de casa en que se ocupa, sin omitir los más prosaicos, como son los del ba-

(1) ¡Oh! ¡No tiembles; que esta mirada y este abrazo te digan lo que, de suyo, es indecible; entregarse sin condición, embriagarse con voluptuosidad que ha de ser eterna! (*Faust*, primera parte.)

(2) Acaso conviene que la sencillez y la inocencia jamás se conozcan á sí mismas, etc. (*Faust*, primera parte.)

(3) ¿Quién se atreverá á nombrarlo? y decir: «¿Creo en él?», etc. (*Idem*, *íd.*)

(4) Pensad en mí un poquito, etc. (*Idem*, *íd.*)

(5) Pues bien: dime cómo te portas con la religión, etc. (*Idem*, *dem.*)



rrido y lavadero (6), y siempre se declara subyugada por la voluntad de su amante (7). En suma, el amor de Fausto es un sentimiento complejo, el de Margarita simple, elemental. La música del dúo se porta con ellos como si fuesen homogéneos. Por eso he dicho que está escrita al unísono, refiriéndome, claro es, á la expresión, y de ninguna manera á las voces. La pasión de Margarita sale de su humilde clase, se aristocratiza y entona, poniéndose al mismo nivel de la de Fausto, y revistiéndose de una solemnidad que de ninguna suerte le conviene.

Los actos cuarto y quinto desenvuelven la acción dramática del poema. Margarita, sola en su cuarto, presa de mortal melancolía, piensa en las consecuencias de su falta; la orquesta preludia tristemente, imitando el monótono ruido del torno; una frase dulce y quejumbrosa se levanta, con desmayado vuelo, sobre el trémolo del acompañamiento; por la abierta ventana penetran las carcajadas de las mozas que se burlan de la seducida; acude Siebel á consolarla, y cruzan unas cuantas frases, modelo de declamación musical. Cambia la decoración; aparecen los soldados, y Valentín con ellos, y entonan un coro vigorosamente ritmado, cuya melodía, algo vulgar, realza *crescendos* y *diminuendos* de mucho efecto. Siebel insinúa á Valentín la deshonor de su hermana. Cae la noche: Fausto y Mefistófeles se aproximan á la vivienda de Margarita; el diablo pulsa su mandolina, y canta la famosa serenata, poco irónica y menos diabólica, con sus carcajadas simétricas y á compás, pero de agradable melodía. Interviene Valentín, reta al seductor,

(6) Reducida es nuestra familia, pero es preciso atender á sus menesteres; además, no tenemos criada, etc. (Idem, íd.)

(7) Cuando te veo, no sé qué me obliga á querer lo que tú quieres, etc. (Idem, íd.)



y en el desafío cae herido mortalmente. El *tercetto* del duelo está escrito demasiado aparatosamente, según los cánones de esta clase de acontecimientos en las óperas, y además con poco cuidado de la expresión dramática. En las frases á tres voces lleva el canto el tenor (Fausto), cuya melodía armonizan el barítono (Valentín) y el bajo (Mefistófeles). Á la vez que Fausto exclama: «*Terrible et fremissant—Il glace mon courage.—Dois-je verser le sang—Du frère que j'outrage?*», Valentín y Mefistófeles) dicen respectivamente: «*Redouble, ó dieu puissant—Ma force et mon-courage;—Permits que dans son sang—Je lave mon outrage.—De son air menaçant,—De son aveugle rage.—Moi je ris,—Mon bras puissant—Va détourner l'orage.*» Por tanto, tres afectos completamente distintos vienen á estar representados por la misma idea melódica, la cual, con su resuelta y altiva traza, únicamente conviene á la furia de Valentín, y de ningún modo á las zozobras de Fausto y á las burlas de Mefistófeles. El episodio allegadizo de la medalla está desenvuelto en una inspirada frase. La escena de la muerte de Valentín es hermosa; los compases en que el pueblo va rodeando al moribundo son muy patéticos, y las exhortaciones con que procura aplacar la saña del soldado, grandiosas; el final es admirable, tanto los cuatro compases del coro, henchidos de fervor religioso, como los nueve de la orquesta, solemnemente tristes, que parece como que recogen el ruido opaco de las pisadas de los que se llevan el cuerpo muerto tendido sobre unas parihuelas. La parte menos laudable es la de Valentín; se expresa con solemne melopea, digna de un buen padre de familia que al morir recomienda á sus hijos la práctica de la virtud. En vez de esta emoliente dilución, debió de entonar áspera y desabrida melodía,



como le cuadra á quien en el poema arroja sobre la atribulada Margarita denuestos é invectivas vehementes, sacados en parte del repertorio de que se valió el ventero contra Maritornes, y esboza, con pintoresco pincel, el cuadro supremo de la prostitución callejera. La escena de la Catedral (á pesar de algunas frases ó rasgos inspirados de Margarita), con su demonio que canta como un salmista, el órgano que acompasadamente le responde, y el coro, que entona un cachazudo y descolorido *Dies iræ*, carece por completo de la potencia trágica del original (1).

El acto quinto nos lleva al aquelarre. La noche de Walpürgis se está celebrando en las montañas del Harz: pasemos por alto sus tres cuadros, exornados con lindos bailables; la lira de Gounod carece de cuerda fantástica. Lleguemos, cuanto antes, á la gran escena de la cárcel, solemnemente anunciada por tres redobles de tambor y otros tantos acordes del metal. Preludia la orquesta; su melodía, gemido en los tres primeros compases, progresivamente se anima y eleva á la altura de la pasión, para bajar, después de lanzar su grito, con elegante cadencia, seguida de un *fortissimo*, cuya llamada, cuatro veces repetida con vigor decreciente, se disipa en las notas bajas de la orquesta. Cambian el ritmo y tiempo y la medida; volvemos á oír la frase que señaló la llegada de Fausto y Mefistófeles al aquelarre. Aparecen éstos; hablan algunas palabras, y Fausto inicia su recitado con la admirable frase: *Mon cœur est pénétré d'épouvante*, que termina con una declamación fría, pu-

(1) He seguido el orden de escenas del poema; la partitura francesa las coloca como siguen: Margarita al torno; escena de la Catedral; coro de soldados; serenata; trío del desafío; muerte de Valentín.



ramente teatral. Despierta Margarita, y los amantes revelan su transportamiento con una misma frase sucesivamente dicha, llena de vida. Aquí incide un episodio muy patético; la orquesta repite *pianissimo* la frase más suave del wals de la kermesse, y Margarita, loca, recuerda las primeras palabras que le dirigió Fausto y las que ella pronunció durante el dúo del jardín confesando su amor, por medio de una reminiscencia musical tan delicadísimamente alterada que la tierna melodía rebosa inefable dulzura. Fausto pugna por llevarse á Margarita, que no entiende ni atiende sus razones; Mefistófeles penetra dando prisa; ella se aterra y prorrumpe en la soberbia deprecación *Chasse-le du saint lieu!* La frase de Mefistófeles *Quittons ce lieu sombre, le jour est levé;—de leur pied sonore,—j'entends nos chevaux! frapper le pavé,* resuena como una animosa invitación á veloces cabalgadas; Margarita se hinca de rodillas, y de sus labios sale la plegaria magnífica: *Anges pures, anges radieux—Portez mon âme au sein des cieux,* desarrollándose como una espiral, modulando en tonos cada vez más sonoros y brillantes, dominando las congojas terrenales de Fausto y las sugerencias demoníacas de Mefistófeles, tratada sinfónicamente con mucha habilidad, pero con agravio manifiesto de la acción dramática, rápida de suyo. ¡Lástima grande que no sea esta la última impresión, y que los arpegios insignificantes de un corito de ángeles, la reminiscencia inoportuna de la escena de la ventana y las pálidas armonías del coro final que cantan, tardíamente y con aire de entierro, *Christ est ressuscité,* atenúen, desvirtúen y aun borren las bellezas precedentes!

ARTURO CAMPIÓN.



ENVIÉ A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

# LA GRAN NOTICIA

## CUENTO

A un viejo que pasaba por la calle,  
Una niña bonita  
Y de arrogante talle,  
Detuvo del faldón de la levita  
Diciéndole: «Señor, por vida suya,  
Quiero que usted me instruya  
En las nuevas que aquí me participa  
Una tía que tengo en Arequipa;»  
Y sin más requilorio  
Alargaba una carta al vejestorio.  
Cabalgó el buen señor sobre los ojos  
Un grave par de anteojos;  
El sobre contempló, rompió la oblea,  
La arenilla quitó de los borrones,  
Examinó la firma, linda ó fea,  
Y se extasió media hora en los renglones.  
Ya de aguardar cansada,  
—«¿Qué me dicen, señor?»—dijo la bella;  
Y el viejo echó á llorar diciendo:—«Nada:  
Has nacido, mi bien, con mala estrella.»—  
Asustada la joven del exceso  
Del llanto del anciano,  
Le preguntó:—«¿Quizás murió mi hermano?»  
Y el viejo respondióle:—«¡Ay! es peor que eso.»  
—¿Está enferma mi madre?—Todavía  
Es peor cosa, hija mía,  
¡No puedes resistir á esta desgracia.....!  
¡Yo viejo y todo me volviera loco!  
—«¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?»  
Que tú no sabes leer..... ni yo tampoco.

RICARDO PALMA.



# CRÓNICA INTERNACIONAL

Complicaciones intercontinentales.—Estado de Portugal.—Conflictos inevitables por sus posesiones africanas con Inglaterra.—Necesidad en que Portugal se halla de seguir una política determinada y concreta.—El conde de Casal Ribeiro y el obispo de Bethsaida.—El principio monárquico en Europa y la República en Francia.—Necesidad que esta nación tiene de una política conservadora.—Proyectos socialistas del gobierno.—Daños interiores que traen y sofismas económicos que contienen.—Sombras en la política exterior.—Ingreso patente de Inglaterra en el pacto de las potencias centrales.—Prórroga de este pacto.—Sendas oposiciones de los jóvenes tchecos y de los radicales italianos.—Viaje del emperador alemán á Inglaterra.—Visita de la escuadra francesa en el Báltico á las costas rusas.—Conclusión.

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

**I**NÚTIL querer explicarse las fases por que pasan los hechos cuando desatendéis ó descuidáis las fases por que pasan los espíritus. A toda línea de sucesos varios en una edad, línea material, corresponde otra línea de pensamientos varios en la misma edad, línea espiritual, como esas rayas de fuego que se dilatan á las horas de los crepúsculos sobre las oscuridades terrestres. Así, muchos extrañan los hechos usuales y corrientes, porque no han visto y estudiado sus lógicas correspondencias con el curso y dirección de las ideas. Un rompimiento entre Inglaterra y Portugal parece incomprensible al que no viera sus prodromos en ciertos conceptos de colonización, seguidos



de sus tentativas correspondientes á realizarlos como se sigue de la premisa lógica su consecuencia indeclinable y de la simiente arrojada en el surco su tallo respectivo. La serie de los hechos acaecidos ahora está preparada por otra serie de anteriores hechos. Una expedición, como aquella de Abisinia, en que llegó el rey Teodoros á suicidarse por los triunfos británicos; una guerra como la famosa y última en Egipto, comenzada por el bombardeo de Alejandría y concluída por la expusión de los que pretendieran fundar á orillas del Nilo un imperio indígena, convertido en protectorado inglés; las luchas con los boers en el Transvaal y las dificultades con los franceses en la célebre isla de Madagascar; aquellos recelos de Australia por la inmixción de los alemanes en el frágil vizirato de Zanzibar; la presencia del presidente de la Colonia del Cabo en Londres, el cual presidente suele habérselas con el gobierno como un rey aliado, por motivo y razón de las muchas complicaciones sometidas en sus manos; el convenio de Lourenzo Marques, á cuyos renglones clamaban heridos los portugueses, cual si les arrancaran del cuerpo con tenazas incandescentes las colonias vivas; el paseo épico de Stanley coincidiendo con los esfuerzos de un Ives y de un Pinto, así como con las correrías del aturdido Emin Bajá y del audaz doctor Peters; el establecimiento de una colonia regia belga en el Congo á guisa de predio del monarca; todo este cúmulo de complicaciones extendidas por el continente africano, parecido ahora, en las gentes que lo asaltan y cruzan, á lo que fuera en la décimasexta centuria para los europeos el continente americano, traen por necesidad consigo separación entre los intereses británicos y los intereses lusitanos en tal territorio, separación ya definitiva y suprema. El astuto y voraz leopardo háse co-



locado arriba, muy arriba, en la corriente de los ríos portugueses, con la resolución premeditada de acusar al borrego, aunque bebe abajo, de enturbiarle su agua. Esos territorios, á que llaman, en la reciente gerga colonial dictada por los ingleses, al convenir el tratado último de Berlín, Interlands, acusa el propósito firme de descolgarse desde las altas corrientes del Zambeze á su desembocadura en los océanos australes. So pretexto de no estar bien cuidada y atendida la colonia de Mozambique, volverán á pedirla para su Compañía real inglesa en la primer coyuntura propicia, como piden y necesitan el punto de Lourenzo Marques para verter en él otra parte de su población africana. La inquietud que sienten las razas indias bajo su nativa indiferencia; las reincorporaciones de Persia, tendida, inerte antes sobre las ruinas del Eufrates y los encendidos desiertos caldeos; la constante aproximación de los rusos por Oriente al Indo y por Occidente al Bósforo; los recelos de perder Australia y el Canadá y la India, teniendo que sustituir todo ello con el Africa inmensa, no obstante los desdenes de las escuelas economistas á las extensiones territoriales; esa insurrección periódica del Yemen que retumba en las tierras de toda el Asia menor; esos conflictos entre los griegos representados por la santa Rusia y los latinos representados por la católica Francia en las escaleras del Templo de Belén, manchado con sangre vertida por viejas rivalidades; la triste agonía del califato bizantino y la neurosis del Japón, casado en agraz con la cultura europea; tantos proyectos de líneas férreas colosales, por Francia soñados á través del Africa y parecidos á empresas, en lo difíciles, como su proyecto de Panamá; el amor de las razas anglo-sajonas, hijas del mar, á los espacios inmensos; tantas y tantas múltiples concausas hacen que Inglate-



rra, la titánica metrópoli de mil colonias, apriete los anillos con que al planeta está enroscada por el suelo de Africa y estruje hasta descoyuntarlo á Portugal. Así podría notar el menor competente observador cómo, desembarazada nuestra nación vecina del afanoso cuidado que la disidencia con Inglaterra le daba, no ha readquirido la calma, sólo asequible por una solución definitiva y completa. En las últimas sesiones de sus Cámaras han resonado ya dos voces elocuentes requiriendo cada cual otra política, tanto interior como exterior, la voz del conde de Casal Ribeiro y la voz del obispo de Bethsaida. El primero, á quien todos amamos en España, no solamente por su luminosa inteligencia y elocuentísima palabra, por su amor á los dos pueblos hermanos, ha pretendido una orientación hacia fraternal amistad estrechísima de los portugueses con nosotros; y el segundo, menos conocido en verdad, ha clamado por una orientación de la política interior hacia la democracia y la libertad, con perdón y olvido de los errores y de los atentados, semejantes al de Oporto, cuya perpetración proviniera, no del propio albedrío en aquellos que los cometieron, del impulso dado por la justa y fundada inquietud nacional. Cuando un diplomático de suma experiencia impele hoy la política internacional de su patria en semejante dirección, y un prelado la política nacional en otra dirección al par grave y nueva, no hay que ocultarse cuanto eso ahora significa: un estado político de tal novedad que acabe á de suyo por también renovar aquella sociedad. Los pueblos atribuyen muchas veces las faltas cometidas por ellos á quienes les dirigen y gobiernan, según lo cual, no debe maravillarnos la especie de irremediable desavenencia sobrevenida entre la corona y la opinión en Portugal, por la secular amistad con Inglaterra y por



la irremediable disminución en Africa. Los gobiernos, en sentir mío, no deben hacer lo hecho por el ministerio portugués en sus respuestas al obispo lusitano, sulfurarse y ponerlo como no digan dueñas; deben, por lo contrario, comprender la fuerza de tal corriente, de la corriente democrática, y encauzándola con arte ó dirigiéndola con prudencia conseguir que riegue, y no inunde, pues al penetrar la democracia moderna con sus derechos naturales y su libertad absoluta en el seno de la iglesia, cuyas puertas tuvo tanto tiempo cerradas, haría decir cómo no hay en el mundo moderno fuerzas que puedan en lo sucesivo, no ya vencerla, ni aun contrastarla.

## II

Así comprendo yo que la desesperación de los reaccionarios llegue hasta el suicidio moral célebre de su alianza con Boulanger para derrocar la República francesa. En vano la muerte de Jerónimo unió los Bonapartes, y en vano la muerte de Chambord unió los Borbones: sus respectivos partidarios desfilan hacia la República. El intento de ciertos monárquicos moderados, á la continua conspuídos por los impacientes é irreconciliables, de acercarse á la República, prevalece, mientras marran todas cuantas combinaciones se manipulan por la derecha para sustituir la República con sus varias restauraciones monárquicas. Achacábase á indolencias del jefe orleanista, de M. Bocher, la dispersión universal; y ahora que tienen á su frente los partidarios del rey Orleans un jefe tan atildado y académico y conspicuo como el buen Haussonville, no hace cosas, con ser mi hombre vizconde y noble, como cualquier Chateaubrian



este ó Arlincourt de pega. La poesía del principio monárquico pasó de moda, y sus representantes bajan una grada por día en el favor y en el concepto públicos. Al rey D. Carlos de Portugal, más infeliz que culpado, le atribuyen los portugueses todas las desgracias seculares que ha recibido en herencia con el vínculo de su corona. La juventud francesa no ve más reyes que los aparecidos en sus calles, cual esos nubios ó esos pieles rojas contratados en el jardín de aclimatación para entretenimiento y recreo del numeroso público. En Inglaterra se han levantado los púlpitos, como en tiempo de María Estuardo, á cátedras de maldiciones y anatemas sobre los reyes por sus desórdenes. Leyendo las oraciones dichas por los pastores anglicanos, en días de oficios divinos, contra el príncipe de Gales, creeríais leer las estancias puritanas puestas por Milton en labios de los oradores subvertidos contra Carlos I de Inglaterra á la víspera de su inmolación y su destronamiento. La repulsión del Brasil al conde Eu explica el destronamiento de don Pedro, solidario del fatal destino de los Orleanes. No digamos nada del espectáculo general ofrecido por las dinastías en Europa. Al ver entre nosotros un pobre niño y una pobre niña en Holanda; la Bélgica, muy separada de su dinastía por la incapacidad nativa y los dispendios coloniales del rey; entregada por violenta muerte del archiduque Maximiliano ó del archiduque Rodolfo Austria hoy á la fracción más reaccionaria de aquella imperial familia; el emperador de Alemania desacatando al canciller general en las postrimerías de este gran hombre y desconociendo cuánta formalidad y reserva pide su espinoso cargo de César; escandalizadores del orbe la reina de Servia y su marido Milano y su hijo Alejandro; á merced y arbitrio de sus súbditos los reyes de



Grecia; encerrados en su retiro de Gatchina como águilas en jaulas los emperadores de Rusia; temeroso de que lo despierte para supremo final juicio la trompeta del ángel exterminador el califa y sultán de Constantinopla; muy decaídos los antes populares y amados reyes de Italia, porque sostienen sus alianzas personales y dinásticas contra la voluntad manifiesta del pueblo, diríais que un anatema divino pesa hoy sobre la frente de los reyes, marcados todos con el Inri de un universal desprecio, y todos próximos á su irreparable ruina. Por eso no podemos sino desear á Francia un gran tacto en el gobierno de sí, al objeto y fin de mostrar cómo logran los pueblos prescindir de los antiguos tutores sin detrimento de la propia grandeza. Y la República no tiene para qué demostrar que es un progreso; por lo contrario, la República tiene que demostrar que es un gobierno. Mucho hemos adelantado en este camino durante los últimos tiempos. Mas no basta. La inteligencia entre los oportunistas y los radicales enflaquece la República. Los discursos de Pelletan y de Clemenceau, que nadie oiría dichos desde una oposición abierta, influyen por modo muy deletéreo, dada la inteligencia con el ministerio de aquellos que los pronuncian desde la tribuna en el Congreso. Este gobierno de ahora es gubernamental; pero no es conservador. Para llegar á este último carácter necesitaría menos violencia y más liberalismo.

### III

Todos los hechos, que acaecen á cada paso en Francia, demuestran con cual dificultad nuestros pueblos latinos dejan los fantaseos antiguos y su constitutivo tempera-



mento revolucionario. Se inventa, por ejemplo, un cualquier artefacto industrial, aplicable á la guerra; y no quieren que á parte alguna trascienda, ni que lo trasluzca ningún otro pueblo. Mientras tienen el invento en casa, lo desdeñan; así que ha traspuesto la frontera por una irradiación de la ciencia, llaman traiciones al fruto de los descuidos. Recuérdanme con sus materias explosibles aquel empeño de los pueblos atrasados en poseer objetos singulares para ellos solos. Un día que yo miraba cierta hermosa capilla en la catedral de Muresa, se me acercó un campesino á contarme cómo le habían arrancado los ojos al arquitecto de tal milagro para que no hiciese otro. En las vías de recelotomadas hoy por los franceses, tendrán que cortar las manos á todos cuantos manipulen cualquier producto químico aprovechable para fusiles y cañones. Daba compasión un buen ingeniero, como Freycinet, obligado á explicar ante las inquietudes públicas manifestadas en la tribuna, por qué no se han quedado las materias explosibles inventadas por los franceses en Francia. La razón es idéntica de suyo á la que hubiera en otra edad para que la pólvora no se quedara en manos de Roger Bacon, el aguardiente en manos de Arnaldo de Villa nueva, la imprenta en manos de Guttemberg, el telescopio en manos de Galileo. El proceso abierto contra los inventores de materias explosibles, en que andan metidos los generales franceses, apenas porque dice con cuál dificultad se vencen los pueblos á sí mismos, y á sí mismo se gobiernan. Algo de lo sucedido en este asunto sucedió en la triste catástrofe de Fourmies. Poco menos que perdón pedían los ministros desde su banco á los radicales, porque las tropas, insultadas, apedreadas, heridas, restablecieron el orden social con los medios únicos que tienen las tropas á su alcance, con la fuerza



puesta en sus manos para defensa y salvaguardia de las leyes.

Pero lo peor del caso está en que, por obra de tales emociones, suelen determinarse, no ya parciales actos, sistemas enteros de política y economía social. ¿Qué decir de las leyes presentadas últimamente á favor de los jornaleros? Parecen imposibles, y á no verlas inscritas en los periódicos oficiales, creeríamoslas inventadas por los enemigos del gobierno republicano. Nada tan contradictorio con el Estado.—Razón que producen las democracias en todas partes, como el Estado-Providencia producido por el socialismo á la moda. Y á pesar de tal contradicción, un estadista como Constans, presenta incomprensible proyecto de ley trocando en verdaderos inválidos de la burocracia y del gobierno á los trabajadores franceses de cierta edad. Una ley así rige hoy en Alemania, y su procedencia imperial no ha valido para demostrar á los franceses que por semejante camino se corre á las instituciones cesaristas y los tristes resultados de ella tampoco han valido para una enseñanza experimental ó práctica. Todo lo contrario; las disposiciones germánicas son tortas y pan pintado en comparación de las propuestas por el ministerio francés. Economista como Beaulieu ha colocado una frente á otra en diario como *Los Debates*. Mientras en sus leyes de retiros á los jornaleros el imperio alemán les promete apenas una pensión, que oscila entre noventa y doscientos diez francos, la República francesa ofrece á los suyos una pensión que oscila entre la suma considerable de trescientos á seiscientos francos; y mientras el gobierno alemán señala para opción á estos premios la edad avanzadísima de sesenta y nueve años, el gobierno francés la edad juvenil de cincuenta y cinco. Leo estas cosas y apenas me atrevo á creerlas. Hoy, en



que todo el pueblo clama bajo la pesadumbre de tributos onerosísimos, el ministro de Hacienda consiente que un compañero suyo grave las columnas del presupuesto con una obligación permanente de cien millones anuales. Hoy, en que sus medidas acerca de inválidos del trabajo traen tan apurado al imperio alemán, que se tira de una oreja y no se alcanza de modo alguno á la otra, un gobierno, menos poderoso por su misma compleción intrínseca, se derrumba por las pendientes socialistas á enfrascamientos económicos y políticos de salida por todo extremo dificultosa. Mas, ni en propia cabeza el gobierno republicano aprende la ciencia social práctica. Hubo en Francia ya su caja de retiros á la vejez, institución socialista, y por institución socialista, obra natural del imperio. Y aunque sólo había de atender á ochocientos mil jornaleros numerados en sus libros de los diez millones que Francia cuenta, hubo necesidad imprescindible de liquidarla, y ocurrir á la triste ruina de la caja con treinta y dos millones de francos. Digámoslo sin rebozo; aquellos que toda la vida hemos tenido absoluta confianza en el principio de libertad; las ideas liberales hoy sufren un gravísimo descenso, especialmente por las zonas y esferas económicas. Pero este pasajero eclipse no podrá nunca obstar á que continuemos profesándolas y queriéndolas todos cuantos, merced á su virtud, hemos asociado nuestros nombres á obras tan colosales como aquella increíble abolición de toda esclavitud intelectual y material que trajo nuestra gloriosa revolución de Septiembre, generada por el Verbo divino de la democracia moderna. En el desmayo, que ahora sufre la libertad, se reconoce, mucho más que en el zénit antiguo, su incomparable virtud, pues bajo el proteccionismo y el socialismo imperantes hoy, las relaciones mercantiles y los progresos políticos



se perturban todos á una tan en detrimento del trabajo y en daño de los trabajadores, que aguardamos los individualistas, con una incontrastable confianza en el derecho, la reproclamación por los pueblos cultos de los antiguos sencillos y naturales principios. Un hecho, á primera vista de la superficie y externo, hubiérame bastado á mí para ponerme contra semejante proyecto en guardia, si alguna vez me aquejaran, que no me aquejarán de seguro, las propensiones comunistas. Leía Constans el proyecto, y propuso Deroulede, boulangista impenitente, su inmediata urgencia y su definitiva votación por posta, de golpe y porrazo, atropellando todas las ritualidades y todas las largas parlamentarias, con el fin de poner al Senado francés en calzas prietas y obligarlo con impulso maquiavélico, bien á desechar el proyecto y captarse así la malevolencia de los jornaleros, bien á votar el proyecto y perder su carácter ya histórico de compensación á las reformas excesivas, freno á los descarrilamientos terribles, lastre á los gobiernos impacientísimos, supremo tribunal donde se casan los contradictorios acuerdos parlamentarios y se sienta la jurisprudencia de la estabilidad indispensable á una duradera República.

Y se necesita la estabilidad interior tanto más cuanto que los vislumbres entrevistos de política extranjera no pueden calmar mucho los espíritus un tanto perturbados. Si hemos de creer cien varios prodornos y síntomas, á cual más grave, acaba Inglaterra de ingresar en la triple alianza, que bien podría llamarse cuádruple; después de tal ingreso. Ya sabemos todos la imposibilidad manifiesta de una declaración oficial á este respecto allí donde jamás el Parlamento consentirá en perder ninguno de sus fueros. Mas las propensiones conocidas bastan á las naturales alarmas. Desde que Francia se desunió en



Egipto de Inglaterra, un impulso de fuerza mayor la echaba sobre Rusia; y desde que Rusia y Francia se acercaban, tenía que acercarse Inglaterra por su parte á la triple alianza. Gambetta, sobrado radical en política interior, y por lo mismo un tanto peligroso con sus escrutinios de listas, sus impuestos sobre la renta, sus reformas constitucionales, su persecución á la Iglesia, no marraba en política exterior cuando proponía una inteligencia con el pueblo inglés en las orillas del Nilo para luego extenderla por las cinco partes del globo. Con esto hubiera tenido Italia en sus combinaciones; y teniendo Italia en sus combinaciones, tenido también el costado izquierdo de sus enemigos flanqueadísimo siempre, y la Rusia retenida por la imposibilidad absoluta de que tal potencia se acerque más á Germania, ni mucho menos al Austria. Tal como vamos poniendo los asuntos internacionales, me decía en una ocasión Gambetta, los franceses correrán al socorro de Rusia en cuanto Rusia tope con cualquier dificultad con Alemania ó Inglaterra, mientras Rusia no acogerá jamás á Francia en sus dificultades probables con estas dos potencias poderosas. El elefante, Rusia, y la ballena, Britania, á pesar del contrario elemento en que vive cada cual, como están esquinadas una con otra, en todas partes tropiezan y por todos sus costados chocan. Asia Menor, Bósforo de Traisa, llanuras de Mongolia, valle paradisiaco de Cabul, desembocadura del Tigris y del Ganges y del Nilo mismo, ¡cuántas causas de sendos conflictos entre ambas potencias! Así, no hay que maravillarse del empeño puesto por el gobierno inglés para que Italia le sirva en los desiertos líbicos de la caldeada é inexpugnable Abisinia contra Rusia y en los codiciados azules mares mediterráneos contra Francia. Este secreto á voces háse divulgado por muy extraña



manera. El príncipe Jerónimo Napoleón refería lo suyo y lo ajeno á todo el mundo. Muy orador, ignoraba lo primero que debe saber un orador, y es lo que necesita callar. Así refirió á uno de sus confidentes cómo el rey Humberto le había dicho en una expansión íntima de familia la promesa oficial dada por Inglaterra de cubrir en caso necesario con sus armadas las costas de Italia contra un ataque de Francia. Muerto Bonaparte, no se creyó su amigo en el caso de guardar tal secreto, y lo divulgó en la prensa. Divulgado en la prensa, lo recogió la opinión europea. Recogido por la opinión europea, el radical inglés Labouchere lo llevó á la Cámara de los Comunes donde infligió á la noticia el gobierno un mentís que fué bastante á confirmarla. Y en estas expiraba nada menos que el plazo convenido para sostener la triple alianza y había por ende necesidad completa de reurdira con urgencia. Es cosa tan opuesta de suyo á la esencia misma de política internacional una inteligencia entre Rusia y Francia, que nadie quiere creerla. Susúrrase, por ejemplo, un día que si Portugal se declara en República, é Inglaterra, impelida por Alemania, obedece á la sugestión de intervenir allí, Francia tomará esta intervención por un *casus belli* manifiesto; y nadie imagina probable la suma del ejército ruso con el ejército francés para sustentar la causa de los gobiernos republicanos en Occidente. Celebrase una Exposición francesa en Moscou; y como tarde en visitarla el czar, todos atribuyen la tardanza inexplicable á desabrimientos con Francia. Celébrase la visita; y como se prohibiera tocar la Marsellesa en tal acto, aunque la orden se fundara en el carácter cosmopolita del himno revolucionario, la opinión atribuye la defensa del czar al carácter francés de lo prohibido. Se van á las manos los guardianes griegos del templo de



Belén y los guardianes latinos, como si dijéramos Francia con Rusia, y los rusos le recuerdan al embajador francés en Constantinopla, conde de Montebello, que lleva la cuestión de los Santos Lugares, como la llevara en vísperas de Crimea el representante de Napoleón III, frente al férreo y terrible Nicolás. No debe, pues, maravillarnos mucho que un mutuo convenio, un concierto como el supuesto entre Francia y Rusia, tenga mallas por las cuales entren á su sabor las potencias con ánimo de romperlas ó desanudarlas.

Pero la inteligencia de Austria é Italia con Alemania también tiene muchos enemigos en aquellos dos Estados. Los jóvenes tcheques en Austria y los radicales extremos en Italia no dan para la consecución de tal fin paz á sus manos en la prensa, y á sus lenguas en el Parlamento. Unidos los primeros con el partido antisemita de Austria, combaten por todos los medios imaginables la inteligencia imperial con Alemania. Vasaty, uno de los jóvenes bohemios más exaltados, acaba de pronunciar terrible discurso, conmemorando fechas célebres de la historia patria en alegato parlamentario á favor de un estatuto autonómico para Bohemia, y con tal motivo ha roto en cólera contra los alemanes y Alemania, encareciendo un principio bien opuesto de política, el principio de una inteligencia entre Austria y Prusia, cuyos principales resultados habrían de ser por fuerza el predominio del elemento eslavo en la Europa oriental. Pues no menor empeño ponen contra Germania los republicanos itálicos identificándose con el Papa en este punto de política internacional. Cavallotti pone vehemencias de tribuno y aires de revolucionario en tal empeño. Así ha propuesto una especie de plebiscito universal contra la triple alianza, que recogieran los comités radicales en



todo el territorio itálico un día dado; ha hecho levantar una sesión de la Cámara de diputados con sus ataques violentísimos á la monarquía y al gobierno; ha concluído por pegarse de bofetadas en pleno hemiciclo del templo de las leyes con sus enemigos; trayendo así una grande agitación en el seno de las muchedumbres, que presagia muchos y muy trascendentales sucesos. Mientras tanto Rudini encarece con las palabras más copiosas de su diccionario el acuerdo entre las potencias centrales é Italia y recibe una condecoración germánica de primer orden, como en prueba de haberse ya firmado por manera solemne y oficial este acuerdo. Y el emperador alemán recorre la gran Bretaña en requerimiento de la escuadra británica, mientras arriba la escuadra francesa también á las costas de Rusia para que la visite á su vez el czar de Rusia, festejando la vuelta del gran duque heredero y la fiesta del natalicio de la emperatriz Alexandrowna. Fiestas en la gran Bretaña y en la gran Moscovia; iluminaciones del Volga y del Támesis; salvas por los estrechos del Báltico y salvas por los estrechos del Canal de la Mancha; cenas en Petheroff y cenas en Guidhall; músicas y aromas en el aire; luces en competencia con las del cielo; danzas maravillosas en jardines dignos de Semiramis; discursos y solemnidades interminables; todo para decirnos que vamos á la guerra. ¡Siempre la misma esta misérrima humanidad en su planeta!

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 7 de Julio de 1891.



## REVISTA ECONÓMICA

---

**C**UANDO este número de LA ESPAÑA MODERNA llegue á manos de nuestros lectores, estará ya en vigor la nueva ley por que ha de regirse el Banco de España.

Mientras tuvimos alguna esperanza de que nuestras observaciones, juntamente con las manifestadas por la mayoría de la prensa, las Cámaras de Comercio y las minorías parlamentarias, pudieran ser parte á conseguir alguna mejora en el proyecto, no hemos dado paz á la pluma para conseguirlo.

Hoy la situación ha cambiado. Hemos salido del periodo que pudiéramos llamar constituyente y entramos en él constituído. Mala ó buena, la obra se ha consumado; y si el amor patrio nos impuso deberes de oposición y de crítica algún tanto viva, hoy nos impone también la obligación de ayudar al Banco con todas nuestras fuerzas y con sinceridad absoluta, porque todas las dificultades que pudiera encontrar en su marcha, habrían de traducirse en pérdidas y crisis para la nación, de la cual es este establecimiento la principal institución económica.

Era ya el Banco de España, antes de ser aprobada la nueva ley, la organización financiera más poderosa de nuestra patria. Con el desarrollo que ha dado á sus su-



cursoales, con el uso de las transferencias y sobre todo con el privilegio de la emisión, había logrado concentrar en sus manos el comercio de banca del país. Todos los años son baja en la contribución industrial buen número de banqueros particulares, y únicamente se defienden antiguas y prestigiosas casas que viven más de su pasado que de su presente.

Lo propio que con la banca de la nación ocurre con la banca del Tesoro. Por muchos años el Tesoro ha sido el cliente más útil y más solicitado de nuestros banqueros. Rara vez faltaban giros, pignoraciones y anticipos que hacer; pero el Banco de España ha tendido su red también por este lado, principalmente por este lado, y de este modo ha concentrado en sus cajas todos los ahorros de la nación y en su cartera todos los valores de crédito del Tesoro y del comercio.

La nueva ley pone á su disposición más poderosos recursos aún: treinta años de existencia, mil quinientos millones de billetes y la estimación del amortizable que tiene en cartera como valor á noventa días, medios y concesiones con que llenar la medida y calmar la centralización del crédito y de los negocios en proporciones jamás vistas ni oídas en ninguna parte del mundo.

Este aumento de derechos y prerrogativas naturalmente trae aparejadas grandes obligaciones, y no son pequeñas, en efecto, las que el Banco ha contraído ante la nación y ante el Estado.

Estuviese nuestra Hacienda desahogada, la nación próspera y el crédito público firme y bien estimado, la obra del Banco sería fácil, y pocos los peligros con que tuviera que luchar. En períodos normales el crédito responde á leyes invariables que la ciencia y el arte de la banca han logrado descubrir. La emisión de bille-



tes, principal operación de estos establecimientos, la determina y regula la demanda. Si son escasos los billetes, el pedido de ellos sirve de aviso. Si son excesivos, al Banco vuelven los sobrantes. No hay regulador más seguro que este simplicísimo fenómeno.

Pero aquí, en adelante, sobre todo, ha de ser dificultosa tarea la de distinguir lo que puede haber de natural y de artificioso en este juego de la demanda y la oferta. Falta la única moneda que reúne todas las cualidades exigidas en los cambios, el oro; y entre la plata y el billete de Banco, mientras el crédito de este establecimiento no se quebrante, todo el mundo había de preferir el segundo, y adquirirá la circulación fiduciaria sumas jamás soñadas y que en un momento de pánico pudieran acarrear males gravísimos.

De la prudencia del Consejo de Administración nos prometemos nosotros que habrá de vigilar con mucho cuidado esta operación principalísima y que no echará tan poco en el olvido las advertencias que se le han hecho relativas á la movilización, siquiera sea parcial, de su carteraje, porque de este modo da mayores facilidades al cambio de los billetes, ya también porque podrá atender con más extensión las necesidades de la industria y del comercio.

\*  
\* \*

Continúa mejorando nuestro comercio exterior.

El valor de las importaciones en los cinco primeros meses del año importa pesetas 308.564.931; [siete millones de aumento sobre igual período del año anterior. Afecta el alza al grupo de tierras, piedras, minerales, etc., etc. (cerca de seis millones); al algodón y sus manufacturas, primeras materias sobre todo; á las lanas, pieles y sus



manufacturas, también en primeras materias, y los animales y sus despojos (de cerda, grasas y guano). Figuran en baja los metales y sus manufacturas, el papel y sus aplicaciones, las maderas, la maquinaria y especialmente las substancias alimenticias, que tienen, en globo, un descenso de diez y medio millones de pesetas.

La importación de trigo ha disminuído en el mes de Mayo. De todas procedencias entraron en España en dicho mes del año 1890, 17.236.356 kilos, y en Mayo 1891, 12.861.529; pero tomando los cinco meses, el resultado es inverso: se importaron de Enero á Mayo, en 1890, 54.570.357 kilos, y de Enero á Mayo 1891, 72.777.954; diferencia en más, 18.207.597 kilogramos. Su valor en pesetas y distribución por países de procedencia es el siguiente:

|                          | <b>1889</b>      | <b>1890</b>      | <b>1891</b>       |
|--------------------------|------------------|------------------|-------------------|
|                          | —                | —                | —                 |
|                          | Pesetas.         | Pesetas.         | Pesetas.          |
| Estados Unidos.. . . . . | 84.766           | 3.692            | 3.672             |
| Francia.. . . . .        | 436.291          | 1.914.504        | 1.374.252         |
| Rusia.. . . . .          | 6.523.492        | 6.160.126        | 8.638.737         |
| Turquía.. . . . .        | 1.068.579        | 1.349.485        | 1.851.691         |
| Otros países. . . . .    | 1.322.133        | 404.854          | 941.630           |
| TOTAL. . . . .           | <u>9.435.261</u> | <u>9.832.661</u> | <u>12.809.982</u> |

que representa un aumento en pesetas para los cinco meses de tres millones. Las procedencias de Rusia son las únicas que se mantienen y aun aumentan en Mayo último.

La importación de harinas decrece rápida y constantemente. (¿Serán ciertas las denuncias sobre el contrabando?) Véanse los valores y procedencias de este artículo:



|                       | <b>1889</b>      | <b>1890</b>      | <b>1891</b>      |
|-----------------------|------------------|------------------|------------------|
|                       | —                | —                | —                |
|                       | Pesetas          | Pesetas.         | Pesetas.         |
| Alemania. . . . .     | 26.112           | 7.126            | »                |
| Austria. . . . .      | 48.548           | 23.226           | 11.365           |
| Bélgica. . . . .      | 170.025          | 45.836           | 8.019            |
| Francia. . . . .      | 2.927.228        | 3.620.416        | 984.418          |
| Otros países. . . . . | 615.289          | 74.526           | 78.266           |
| TOTAL. . . . .        | <u>3.787.202</u> | <u>3.771.130</u> | <u>1.082.068</u> |

Baja, 2,6 millones de pesetas, que es el valor de nueve millones de kilogramos en especie.

El gran descenso del grupo «substancias alimenticias» está en los azúcares (producción de las colonias), en los cacao, en los vinos y en los aguardientes.

Mayores aumentos que las importaciones presentan las exportaciones. Ascende el valor de estas á 340.207.337 para los cinco meses de Enero á Mayo: alza, 20,3 millones de pesetas.

Ganan las drogas y productos químicos, el papel y sus aplicaciones, las maderas, y sobre todo las substancias alimenticias (32 millones). De este grupo, el trigo no presenta suma de importancia; pero sus harinas en cambio figuran con buena alza; exportamos de Enero á Mayo 1890, 11.240.813 kilos, que valieron tres y medio millones de pesetas, y en igual período del año corriente 19.887.639 kilos, que valen seis y un cuarto millones. El aceite de olivas cada vez peor; baja de dos millones de pesetas. Los vinos comunes con una mejora de treinta millones de pesetas; los vinos de Jerez con otra de uno y medio millones; los vinos generosos con baja de un millón.

Pierden mucho los minerales: el de hierro, ocho millones de pesetas; los carbones, la galena argentífera y la



calamina, cantidades pequeñas. Pierden también los metales y sus manufacturas, principalmente los de plata, hierro colado, y en proporción menor pierden también las manufacturas de algodón y lanas.

\*  
\* \*

La Intervención general del Estado ha dado á conocer la recaudación de las principales rentas é impuestos durante los once primeros meses del ejercicio corriente.

Comparada la recaudación de los dos últimos ejercicios, aparece un aumento en favor del corriente de pesetas 2.315.474; pero como esta suma, y aun quizá otra más crecida, ha de figurar de menos en la renta de tabacos, que está eliminada del adjunto estado, resulta en definitiva que los ingresos de los años 1889-90 y 1890-91 serán poco más ó menos los mismos.

A esto han venido á reducirse las alabanzas que á manos llenas prodigaba la prensa conservadora al celo de la actual administración y las censuras que dirigió á la pasada.

En los resultados definitivos ya vamos viendo que tanto monta la una como la otra.

En baja continúan—y muy acentuada—la contribución territorial y la industrial, el impuesto de consumos y el especial de aguardientes y alcoholes; la única renta de importancia que figura en alza es la de aduanas y la de derechos reales, y ambas por cierto han decrecido también en el último mes.

Dos revistas financieras muy importantes, *The Statist*, de Londres, y *L'Economiste Français*, se ocupan en sus últimos números de la Hacienda española.

El mismo juicio severísimo les merece á ambas, y, por



desdicha nuestra, no están lejos sus opiniones de conformar en todas sus partes con la realidad de las cosas.

Qué aquí gastamos sin medida ni cuenta; que consumimos como ricos y producimos como pobres; que en cada año el déficit de los presupuestos oscila entre 80 y 100 millones; que nuestra moneda es mala y carecemos de oro para los pagos internacionales, y que, en suma, los déficits y la carencia de metal amarillo nos pueden llevar al curso forzoso en breve plazo, son otros tantos asertos que dichas revistas estampan, y que á nosotros es difícilísimo refutar ni negar siquiera, por mucho que el amor patrio sufra y padezca.

En 60 millones venía calculándose el déficit probable del presupuesto vigente. Comenzamos á creer, en vista del descenso de las rentas en los últimos meses, que pasará de esta cifra.

\*  
\* \*

Los ferrocarriles del Norte, del Mediodía y Andaluces han publicado ya sus Memorias correspondientes al último ejercicio.

Los primeros han salido, con corta diferencia, igual que en el ejercicio anterior, si bien los productos líquidos han tenido una baja de 450.792 pesetas, producida por la mala cosecha de vinos, y el aumento del precio del combustible.

Los ingresos del Mediodía han ascendido á 54.561.910 pesetas; y aun cuando los gastos de explotación propiamente dicha sólo son 21.393.627,77, los intereses y amortización de las obligaciones absorben tan fuerte parte de las ganancias, que sólo hay de producto líquido para los accionistas la suma relativamente insignificante de pesetas 5.225.514,77, la cual sólo permite dar un dividendo á



cada acción de 12 pesetas por el ejercicio de 1890; esto es, sólo 2 y medio por 100 ó poco más, mientras que los obligacionistas reciben, cuando menos, 5 y 6 por 100 sobre el precio de emisión.

Los Andaluces han salido mucho mejor librados; se construyeron con más economía; el servicio de obligaciones es bastante más reducido, y de este modo los accionistas han podido sacar á su capital un interés de 5 por 100, tipo poco común en España en estos negocios de ferrocarriles.

\*  
\* \*

El mercado bursátil muy poco movido, como acontece todos los años en esta temporada. Sus principales especuladores preparan sus maletas para las puertos cantábricos, y algunos han emprendido ya las excursiones.

Hay quien aguarda, sin embargo, que en este mismo verano nuestros valores alcancen buenos ascensos. Nosotros no lo esperamos, á pesar de que es preciso convenir en que nuestro crédito es susceptible de grandes mejoras.

De las naciones principales de Europa, no es España la que, proporcionalmente á sus gastos generales de presupuestos, invierte más con el pago de sus deudas.

Próximamente el 32 por 100 de la cifra que representan las obligaciones del Estado nos cuestan aquí los intereses y amortización del pasivo; el 30 por 100 gasta también Inglaterra por igual concepto; el 31 por 100 Bélgica; Rusia igual tipo que Bélgica; Italia el 34 por 100; Francia el 35; Austria-Hungría el 38. Estados hay como el de Grecia, el de Rumanía y el de Portugal, que consumen en esta obligación hasta el 50 y 55 por 100.

En el último quinquenio los valores de los Estados de



más movimiento en los mercados han alcanzado las siguientes ventajas, justipreciados al 4 por 100:

|                           | Precio en<br>Enero 1885.       | Precio en<br>Mayo 1891. | Alza ó baja.                     |
|---------------------------|--------------------------------|-------------------------|----------------------------------|
| Austria. . . . .          | 86                             | 94                      | — 8                              |
| Egipto. . . . .           | 63 <sup>1</sup> / <sub>2</sub> | 94                      | — 30 <sup>1</sup> / <sub>2</sub> |
| España. . . . .           | 60                             | 70                      | — 10                             |
| Francia. . . . .          | 104                            | 122                     | — 16                             |
| Grecia. . . . .           | 56                             | 61                      | — 5                              |
| Hungría. . . . .          | 79 <sup>1</sup> / <sub>2</sub> | 89                      | + 9 <sup>1</sup> / <sub>2</sub>  |
| Italia. . . . .           | 90                             | 85                      | — 5                              |
| Portugal. . . . .         | 64                             | 57                      | — 7                              |
| Rusia. . . . .            | 76                             | 96                      | + 20                             |
| Suecia y Noruega. . . . . | 101                            | 104                     | + 3                              |
| Turquía. . . . .          | 64 <sup>1</sup> / <sub>2</sub> | 89                      | + 24 <sup>1</sup> / <sub>2</sub> |

De aquí resulta que, colocadas estas naciones según el orden del crédito que disfrutaban, se forman las siguientes listas para 1885 y 1891:

| 1885                  | 1891                  |
|-----------------------|-----------------------|
| 1.º Francia.          | 1.º Francia.          |
| 2.º Suecia y Noruega. | 2.º Suecia y Noruega. |
| 3.º Italia.           | 3.º Rusia.            |
| 4.º Austria.          | 4.º Egipto.           |
| 5.º Hungría.          | 5.º Austria.          |
| 6.º Rusia.            | 6.º Turquía.          |
| 7.º Turquía.          | 7.º Hungría.          |
| 8.º Portugal.         | 8.º Italia.           |
| 9.º Egipto.           | 9.º España.           |
| 10.º España.          | 10.º Grecia.          |
| 11.º Grecia.          | 11.º Portugal.        |

Rusia ha ganado tres puestos, Egipto cinco, y Turquía y España uno solo. Italia ha descendido cinco y tres Portugal.

En 1885 estaba colocada España la penúltima, por bajo de Egipto, y sólo por encima de la pequeña Grecia. En 1891 hemos ganado un lugar, pero todavía tenemos por compañera á la misma Grecia y á Portugal, que en esta fecha estaba atravesando por una crisis política y



financiera que ha puesto en peligro hasta su existencia misma como nación independiente.

De todo esto deducimos en buena lógica que si nuestros ministros de Hacienda se preocuparan algo más de ponerlo en orden y acomodar el gasto al ingreso, es posible que nuestros *cuatros* lograran buenas ventajas en tiempo brevísimo. Como la condición falta y cada día aumenta más y más el desequilibrio y la falta de salvadores planes, no esperamos por ahora las mejoras que algunos predicán.

Por lo demás, los mercados españoles quedan firmes y en buena tendencia, siendo los siguientes los últimos tipos:

4 por 100 interior, 76,25.

4 por 100 exterior, 77,45.

4 por 100 amortizable, 89,25.

Billetes de Cuba 1886, 104,20.

Acciones Banco de España, 418.

Acciones de la Compañía de Tabacos, 89,

Los cambios sobre el extranjero muy altos: París, ocho días vista, 5,60; Londres, 26,50.

UN EXMINISTRO.



## Sección Extranjera.

### LA SOPA DE QUESO

Es un cuartito del piso quinto, una de esas buhardillas sobre cuyas vidrieras cae á plomo la lluvia, y que, al llegar la noche como ahora, parecen desvanecerse con los tejados en las tinieblas y entre las rachas del vendabal. La habitación es buena y cómoda, sin embargo, y al entrar allí se experimenta no sé qué sensación de bienestar, á cuyo aumento contribuyen el ruido del viento y los torrentes que vomitan las canales. Se creería estar dentro de un nido bien abrigado en lo alto de un árbol corpulento. Por ahora el nido está vacío. No se encuentra allí el amo de la casa, pero se adivina que va á entrar al instante, y todo parece esperarlo. Sobre un buen fuego cubierto descansa tranquilamente una olla, murmurando de satisfacción. Para una olla es mucho trasnochar; y así, aunque ésta parece hecha al oficio, á juzgar por lo tostado de su vientre lamido de la llama, de vez en cuando se impacienta, y la tapadera se levanta agitada por el vapor.

¡Oh! ¡qué buen olorillo á sopa de queso!...

También el fuego tapado se desahoga un poco á veces. Parte de las cenizas se desmoronan, hundiéndose por entre los leños, y corre por el suelo una llamilla alumbrando por lo bajo la pieza como para hacer su inspec-



ción y cerciorarse de que todo está en orden. ¡Sí, á fe mía! Todo está en orden completo; el amo puede venir cuando quiera. Corridas están las cortinas de argelina de las ventanas, y muellemente circundado el lecho por las suyas. Ved allá el gran sillón, repantigado junto á la chimenea; en un rincón, la mesa puesta ya, con la lámpara aviada, con un solo cubierto, y al lado del cubierto el libro, compañero de la comida solitaria... Y así como la olla aparece deslustrada por el fuego, el agua ha puesto pálidas las flores de la vajilla, y el libro tiene desgastados los cantos. Todo aquello respira el aire suave, algo fatigado, de una costumbre. Se ve que el amo de la casa debe volver muy tarde todas las noches, y que, al entrar, le gusta encontrarse esa cenita que se hace á fuego lento y conserva la habitación caliente y perfumada hasta su vuelta.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

Al ver la pulcritud de ese cuarto de célibe, me figuro un empleado, uno de esos seres minuciosos, que transportan á toda su existencia la puntualidad de las horas de oficina y el orden de los legajos marcados con etiquetas. Para volver tan tarde, debe tener una ocupación nocturna en correos ó telégrafos. Lo veo desde aquí detrás de una rejilla, con manguitos de lustrina y gorro de terciopelo, haciendo apartados, sellando cartas, desarrollando la cinta azul de los despachos, preparando á París, mientras duerme ó se divierte, sus negocios de mañana... Pues bien: no; no hay tal cosa. Repárese que la llamilla del hogar, husmeando por el cuarto, acierta á iluminar unos retratos grandes colgados en la pared. Al punto se ve salir de la sombra, dentro de marcos dorados y envueltos en majestuosos pliegues, al emperador Augusto, á Mahoma, á Félix, caballero romano, gobernador de Armenia;



se ven coronas, cascos, tiaras, turbantes, pero cubriendo siempre esos diversos adminículos la misma cabeza rígida y solemne, la cabeza del amo de la casa, del afortunado señor para quien cuece con sosiego y reposa blandamente sobre la cálida ceniza esa sopa embalsamada...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

¡No en verdad! No es aquél un empleado de correos. Es un emperador, un señor del mundo, uno de esos seres providenciales que todas las noches de su repertorio hacen temblar las bóvedas del Odeón, y no tienen más que decir: «¡Guardias, prendedlo!» para que los guardias obedezcan. En este instante está allá, en su palacio, á la otra parte del río. Con sus altos coturnos y su clámide sobre los hombros, yerra bajo los pórticos, declama, frunce el ceño, masculla aburrido sus parlamentos trágicos. ¡Es tan triste, á la verdad, representar para los asientos! ¡Y es tan grande la sala del Odeón, y está tan fría las noches de tragedia!... De pronto el emperador, semihelado dentro de su púrpura, siente una corriente de calor por todo el cuerpo. Se le encandilan los ojos, se le dilatan las narices... Piensa que, al volver, va á encontrar aún calentito su cuarto, puesta la mesa, lista la lámpara y arreglado todo su modesto ajuar con ese esmero burgués de los cómicos que se vengán en la vida privada del porte algo desordenado de la escena... Ya se ve destapando la olla, llenando su plato floreado...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

A partir de ese instante no es ya el mismo hombre. Ni en los pliegues rectos de su clámide, ni en las escaleras de marmol, ni en la rigidez de los pórticos, hay ya nada que lo turbe y ate. Se anima, lleva de prisa su papel, precipita la acción. ¡Haceos cargo! Si llegara á apagarse la lumbre... A medida que avanza la noche su visión se



acerca y le hace entrar en calor. ¡Milagro! En el Odeón se rompe el hielo. Los antiguos abonados de la orquesta, desesperados de su letargo, convienen en que ese Marancourt está verdaderamente magnífico, sobre todo en las últimas escenas. El hecho es que, al desenlace, á la hora decisiva en que se da de puñaladas á los traidores y en que se casa á las princesas, el emperador os pone una cara de una beatitud y de una serenidad singulares. Avivado el apetito por tantas emociones y tanta retahila, le parece que está en su casa, sentado á su mesita, y su mirada va de Cinna á Máximo con sonrisas de ternura, como si viese ya los hermosos hilos blancos que cuelgan del pico de la cuchara, cuando la sopa de queso está en su punto, cocidita á lumbre lenta y servida bien caliente...

ALFONSO DAUDET.



## DUELO DE MONSTRUOS

---

**D**URANTE el viaje que Balzac hizo á Grecia y Asia Mayor en 1836, en compañía de Laurent-Jan y del barón Taylor, el gran novelista se detuvo algunos días en la isla de Scarpanto, una de las Espóradas, que es la antigua Cárpatos, situada entre Rodas y Creta. Paraba allí con sus amigos, á orillas del mar, en casa de un viejo pescador llamado Xabras. Una mañana, mientras sus dos compañeros andaban muy afanados en investigaciones arqueológicas, Balzac, que se había quedado solo en la casa, estaba echado en su cobertor, y aparentaba dormir. Lo que hacía realmente era engolfarse en sus reflexiones, pensando en la increíble cantidad de dioses que había tropezado durante su viaje. Así, al trepar por los caminos pedregosos del Parnaso, ¿no había visto distintamente á Diana y á sus ninfas pasar corriendo bajo los pinos marítimos que sombrean el monte Iemeno? Pero lo más asombroso era que Laurent-Jan y el barón Taylor, que habían debido divisarlas lo mismo que él, no habían pestañeado ni dicho una sola palabra de tal acontecimiento.

Cuando estaba dando vueltas á estos pensamientos el futuro autor de *La Comedia Humana*, entró en la casa Xabras, empapado de agua del mar; y creyendo á Balzac dormido, se puso á hablar muy animadamente con su



hija Criseis. El viejo pescador estaba como loco, porque, según refirió atropelladamente, acababa de ver una serie de prodigios, que hubiesen bastado para trastornar una razón más firme que la suya. Al tiempo de montar en su lancha para hacerse al mar y echar las redes, vió primero, á algunas brazas de él, una lamprea medio fuera del agua é iluminada de lleno por el sol; luego, sin que se hubiese rebullido la lamprea ni movido la ola, divisó Xabras, en vez de la lamprea, una raya gigantesca de vientre blanco, después una zorra marina de viso azulado, luego una dorada con el cuerpo plateado y azul, en seguida un escombros de dorso azul y vientre acorazado de plata, el cual, á su vez, se transformó en un enorme sollo que agitaba con su potente cola las olas azuladas orladas de espuma. El viejo pescador, visiblemente trastornado, no salía de su asombro al ver que los peces se habían vuelto tan versátiles; pero Criseis, soltando la risa, se limitó á decir á su padre que había bebido un poquito más de lo justo de lo añejo, y, sin volver á acordarse de ese incidente, se puso á la mira del cuarto de cabrito que tenía asándose en el hogar, porque, en efecto, los peces maravillosos no eran para ella ni más ni menos que una visión de borracho.

Pero Balzac, que no había perdido una sola de las palabras de Xabras, no era del mismo parecer; se acordaba bastante del cuarto libro de las *Geórgicas* para saber lo que pasa en el mar de Cárpatos, y no dudó un instante que el pez de múltiples apariencias debía ser el dios Proteo en persona. En su consecuencia, recapitulando los preceptos de la diosa Cirene, como si se los hubiesen dictado á él mismo, no bien terminó el almuerzo (en cuyo punto el sol se hallaba en la mitad de su carrera y achicharraba la escasa hierba que había), se plantó una bue-



na blusa de marinero, y armándose de un rollo de cuerdas fuertes, y procurando alejarse de sus amigos, se dirigió al sitio indicado por Xabras. No vió nada en el mar; pero reparando en una caverna próxima, donde el agua se abismaba gimiendo, allá se fué, y entonces sí que no quedaron defraudadas sus esperanzas.

El dios estaba en pie, bajo su forma propia de dios, contando los horribles monstruos de su rebaño. Balzac, lanzando un grito tremendo, se avalanzó á él, lo derribó, y lo ató con más fuerza que atan sus succulentos embutidos los choriceros de Tours. El viejo del mar recurrió á sus mañas ordinarias, y, como un histrión divino, imitó sucesivamente el jabalí, el tigre, el dragón cubierto de escamas, la leona de pálida melena, la llama roja, bermeja y sonrosada y color de carbunclo, y el arroyuelo que se desliza con paso retozón; pero le valió lo mismo que si hubiese imitado las vocalizaciones de Giulia Grisi; cuanto más concienzudamente representaba el dios su papel de varios tipos, más apretaba la cuerda el buen turenés, hijo de Rabelais; tanto, que los músculos de sus brazos desnudos se habían puesto como cables de rígidos, y las mejillas las tenía tan hinchadas y coloradas como las de una Fama tocando la trompeta; pero, por más que le chorrease el sudor del pelo espeso y corto, cayéndole por la frente, él aprieta que aprieta, hasta que Proteo se convenció de que lo más breve era ceder, si no quería resignarse á tener el vientre lleno de cicatrices como los surcos de las ruedas de un carro. Recobró, pues, su forma natural, como un actor que se desnuda acabada la tragedia.

—¿Qué quieres?—preguntó tristemente á Honorato de Balzac.

—Vaya, bien lo sabes tú que lees en las almas—dijo



vivamente el novelista.—No perdamos tiempo en bromas y dejémonos de comedias.

—Bueno — dijo el espantoso pastor, enseñando los dientes y clavando los glaucos ojos en el que bien pronto había de pintar á madame d'Espard y á madame de Maufrigneuse.—¿Tú quieres, como decís en vuestra lengua, saber la solución del enigma y conocer á las mujeres? Pues sabe por el pronto que no hay más que una mujer. Vuestro pretendido enigma no existe, y el sér que crees tú misterioso no es más difícil de comprender que la tórtola de la enramada ó la corza de los bosques. No hay más que una mujer, y ora sea reina sentada en trono de marfil, ora una pescadora de mariscos cuyos robustos brazos curte el mar y cuya suelta cabellera seca el viento, siempre quiere lo mismo, es decir: ¡todo! Quiere que su marido la ame de veras, con la ferocidad del fauno que se apodera de una ninfa en las selvas, sin perjuicio de dirigirle á la vez la más pura y delicada lisonja, porque no hay para ella incienso bastante refinado. La hija de los reyes, que parece beber la brisa y saciarse con el perfume de las rosas, exige en amor, lo mismo que en todo, una alimentación tan sólida como la campesina que va á vender hierbas al mercado; y es gran error creer que agradecerás á la mendiga que anda con los pies descalzos sobre las piedras, si no sabes decirle en un lenguaje á sus alcances que es más vistosa que las flores y más hermosa que los astros. Quiere saciarse como el abismo que se bebe las aguas del cielo; quiere ser cantada al són de la lira como las Energías divinas; quiere, sobre todo, verse adornada de cosas brillantes, sean collares de flores de oro y crisolitas ó plumas de ave y ruines conchas recogidas en el camino, con tal que esos objetos exciten la envidia de sus compañeras y pasen á sus ojos por adornos.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DE ENCICLOPEDIA



—Comprendo—interrumpió Balzac.—En cuanto al dinero.....

—Nada más sencillo—dijo el dios.—Cuando has dado á la mujer todas las joyas y vestidos que podrían bastarle para mil años, y cofres pintados de varios colores para guardarlos, y bastante plata y oro acuñados para comprar cuatro veces otras tantas joyas y vestidos como tú le diste, la mujer de carnes tersas como el mármol, hermosa de pies á cabeza, y que nada tiene que ocultar, necesita todavía algún objeto de adorno que ha de adquirir sin que lo sepas tú; por consiguiente, has de hacer de modo que posea, sin astucias ni engaños, otro dinero que tú no conozcas.....

—¡Diablo!—murmuró Balzac, pareciéndole arduo el problema.

—Y no esperes defraudar—prosiguió el dios—uno solo de los apetitos ó instintos de la mujer, porque es tan obstinada como el mar tumultuoso que roe y devora las rocas, y no razona más que la flecha cuando, disparada por el arco, va en derechura á su objeto y se hunde estremecida en sus entrañas.

—Pero ¿hay mujeres fieles?—preguntó el poeta.

Á esa pregunta Proteo soltó una carcajada franca y sonora que hizo huir á las águilas y conmovió toda la caverna.

—¡Insensato!—gritó á Balzac.—No hay mujeres infieles. Son fieles todas.

—¡Ah!—exclamó el turenés, que no se asombraba fácilmente.—¡Todas! Pero—continuó después de reflexionar un instante—fieles..... ¿á quién?

—¡Vamos, hombre!—respondió el dios.—La mujer es fiel á su apetito y á su deseo, como la loba, como la osa, como la tórtola, como la mariposa, como todas las cria-



turas. Sé guapo, sé bastante fuerte para desgajar una peña, sé sabio en los consejos, sé un guerrero valiente y cruel y un hábil domador de caballos, sé algo inteligente en la flauta y la lira, sé deseado por todas las mujeres y no mires más que á la tuya, dale lo que justamente desee, es decir, ¡todo! y, si te ama, te será fiel, á menos que su instinto barrunte en tí los signos de la raza que no está hecha para ser amada de las mujeres.....

—Enhorabuena—dijo Balzac.—Pero en cuanto á las astucias de las mujeres.....

—Calla la boca, y no hables como un niño—interrumpió Proteo.—No hay tales astucias de mujeres, no existe mujer astuta. Las palabras de las mujeres no engañarían á un guijarro ó á un leño. Si engañan siempre al hombre, es porque el hombre es sensible á la pureza de las líneas y al brillo de los colores; lo que triunfa de él son los brazos torneados y los labios sonrosados de la mujer, no, ni mucho menos, lo que dice. La mujer, al contrario, no es sensible más que á la valentía, y el hombre no la deslumbra sino en el campo de batalla en el momento de tajar en dos mitades á un héroe con su armadura y su caballo.

—¡Vaya!—exclamó Balzac.—Scribe tenía razón: ¡los húsares! Ahora sé todo lo que deseaba.

Y, desatando al pastor de Poseidón, se alejó con paso rápido, viendo alinearse ya las pilas de escudos de Eugenio Renduel, y sintiendo brotar de su frente los capítulos de novelas como las hojas de los bosques. Una risa zumbona le obligó á volver la cabeza.

—¡Pobre loco!—le gritó Proteo, que se alejaba por el mar, sentado sobre una foca vieja.—¡Te creerás que ahora estás tan adelantado! Pues sabe, para tu gobierno, que la novela es un género absolutamente quimérico, porque tú no tienes el derecho de escribir un poema tan



largo como la *Iliada* sobre algún vago Durand cuyos pies jamás han pisado la tierra negra, y en cuya existencia no creerán nunca los mortales, puesto que ponen en duda hasta la de Zeus tonante y de la venerable Argiva, que anda con sandalias doradas!

TEODORO DE BANVILLE.



## RECUERDOS DE MI INFANCIA

### TRÉGUIER

**T**RÉGUIER, mi pueblo natal, es un antiguo monasterio, fundado en los últimos años del siglo V por San Tudwal ó Tual, uno de los jefes religiosos de aquellas grandes emigraciones que llevaron á la península armoricana el nombre, la raza y las instituciones religiosas de la isla de Bretaña. Era carácter dominante de ese cristianismo británico un subido color monacal. No había obispos, al menos entre los emigrados. Su primera preocupación, una vez en el suelo de la hospitalaria península, cuya costa septentrional debía estar entonces muy poco poblada, fué establecer grandes conventos cuyos abades ejercían la cura pastoral sobre los pueblos de los alrededores. Rodeaba al monasterio un círculo sagrado de una ó dos leguas, que se llamaba el *minihi*, y gozaba de las más preciosas inmunidades.

Los monasterios se llamaban en lengua bretona *pabu*, á causa del nombre de los monjes (*papæ*). Así, el monasterio de Tréguier se distinguía con la denominación de *Pabu-Tual*. Fué el centro religioso de toda la parte de la península que avanza hacia el Norte. Los monasterios análogos de Saint-Pol-de-Léon, de Saint-Brieuc, de Saint-Malo y de Saint-Samson, cerca de Dol, desempeñaban un papel de la misma índole en toda la costa. Tenían, si cabe decirlo así, su diócesis; en aquellas comarcas, separa-



das del resto de la cristiandad, se ignoraba completamente el poder de Roma y las instituciones religiosas que reinaban en el mundo latino, especialmente en las ciudades galo-romanas de Rennes y de Nantes, situadas muy cerca de allí.

Cuando, en el siglo IX, Noménoé organizó por primera vez algo regularmente aquella sociedad de emigrados semisalvajes, y creó el ducado de Bretaña, uniendo al país que hablaba bretón la *marca de Bretaña* establecida por los Carlovingios para contener á los saqueadores del Oeste, sintió la necesidad de extender á su ducado la organización religiosa del resto del mundo. Quiso que la costa del Norte tuviese obispos, como los países de Rennes, de Nantes y de Vannes. Al efecto erigió en obispados los grandes monasterios de Saint-Pol-de-Léon, de Tréguier, de Saint-Brieuc, de Saint-Malo y de Dol. Bien hubiese querido también tener un arzobispo, y formar así una provincia eclesiástica aparte. Se echó mano de toda clase de fraudes piadosos para probar que Saint-Samson había sido metropolitano; pero estaban ya demasiado cerrados los cuadros de la Iglesia universal para que fuese posible tal intrusión; y así, los obispados nuevos tuvieron que agregarse á la provincia galo-romana más próxima: la de Tours.

Con el tiempo borráronse de la memoria estos oscuros orígenes. Del nombre *pabu Tual, Papa Tual*, descubierto, según se dice, en antiguas vidrieras, se infirió que San Tudwal había sido papa. Pareció la cosa más sencilla. San Tudwal fué á Roma, y era un eclesiástico tan ejemplar, que, naturalmente, en cuanto lo conocieron los cardenales, lo eligieron para la Sede vacante. ¡Son cosas que pasan todos los días..... Las piadosas gentes de Tréguier estaban muy orgullosas con el pontificado de su



santo patrón. Los eclesiásticos discretos confesaban, no obstante, que era difícil descubrir en las listas papales el pontífice que llevó el nombre de Tudwal antes de su elección.

En torno del obispado formóse naturalmente una pequeña ciudad; pero, como la ciudad laica no tenía otra razón de ser que la iglesia, apenas se desenvolvió. El puerto siguió siendo insignificante, y no llegó á constituirse una clase media acomodada. Hacia fines del siglo XIII se elevó una catedral admirable; á partir del XVII pulularon los conventos: había calles enteras formadas por altos y prolongados muros de esas mansiones claustrales. El palacio episcopal, hermosa construcción del siglo XVII, y algunas casas de canónigos, eran los únicos edificios civilmente habitables. En la parte baja de la ciudad, á la entrada de la calle Mayor, flanqueada de construcciones en forma de torrecillas, se agrupaban algunas posadas destinadas á la gente de mar.

Hasta poco antes de la Revolución no hubo una pequeña nobleza al lado del obispado; procedía en gran parte de los campos vecinos. La Bretaña ha tenido dos noblezas muy distintas: una debió sus títulos al rey de Francia, y demostró en el más alto grado los defectos y los méritos comunes de la nobleza francesa; la otra era de origen céltico y verdaderamente bretona. Esta última comprendía, desde la época de la invasión, los jefes de parroquia, los primeros del pueblo, poseedores del derecho hereditario de figurar á su cabeza y llevar su representación. Nada más respetable que ese noble rural cuando seguía siendo campesino y permanecía extraño á las intrigas y al afán de enriquecerse; pero cuando se iba á la ciudad, perdía casi todas sus buenas prendas, y no contribuía ya grandemente á la educación intelectual y moral del país.



La Revolución fué, al parecer, una sentencia de muerte para ese nido de sacerdotes y de monjas. El último obispo de Tréguier salió una noche por una puerta falsa del bosque contiguo al palacio episcopal, y se refugió en Inglaterra. El Concordato suprimió el obispado. La pobre ciudad decapitada no tuvo siquiera un subprefecto; se dió la preferencia á Lannión y Guingamp, que eran más profanas y burguesas; pero las grandes construcciones, habitadas de modo que no puedan servir más que para un solo objeto, reconstituyen casi siempre el objeto para que fueron hechas. En lo moral cabe decir lo que no es exacto en lo físico: cuando las concavidades de una concha son muy profundas, esas concavidades tienen el poder de reformar el animal amoldado á ellas. Los inmensos edificios monásticos de Tréguier se repoblaron; el seminario antiguo sirvió para establecer un colegio eclesiástico muy estimado en toda la provincia. Tréguier volvió á ser lo que mil trescientos años antes bajo San Tudwal: una población completamente eclesiástica, extraña al comercio y á la industria, un vasto monasterio á donde no llegaba ningún ruido de fuera, donde se llamaba vanidad á todo lo que persiguen los demás hombres, y donde pasaba por realidad única lo que llaman quimera los seglares.

En ese medio se deslizó mi infancia, y allí contraí un modo de ser indestructible. Empezó por falsearse aquella catedral, obra maestra de esbeltez, loco intento de realizar en granito un ideal imposible. Las largas horas que pasé allí han sido causa de mi completa incapacidad práctica. Tal paradoja arquitectónica hizo de mí un hombre quimérico, discípulo de San Tudwal, de San Iltud y de San Cadoc, en un siglo en que la enseñanza de aquellos santos no tiene ya aplicación ninguna. Cuando iba á



Guingamp, población más laica, donde tenía parientes de la clase media, me encontraba atado y aburrido. No me distraía más que leyendo cuentos á una pobre criada. Suspiraba por volver á mi ciudad vetusta y sombría, aplastada por su catedral, pero donde alentaba una briosa protesta contra todo lo vulgar y trillado. Volvía á sentirme el mismo, cuando tornaba á ver mi alta torre, la aguda nave, el claustro y las tumbas del siglo XV que cobija, yo no me hallaba más que en compañía de los muertos, junto á aquellos caballeros y aquellas nobles damas, que dormían en paz, con su galga á los pies y un hachón de piedra en la mano.

Los alrededores de la población ofrecían el mismo carácter religioso é ideal. Aquello era nadar en pleno sueño, en una atmósfera tan mitológica, por lo menos, como la de Benarés ó de Jagatnata. La iglesia de San Miguel, desde cuyos umbrales se divisaba el mar libre, había sido destruída por el rayo, y todavía pasaban en ella cosas maravillosas. El jueves santo llevaban allí á los niños para que viesen ir á Roma las campanas. Nos vendaban los ojos, y era una gran cosa ver entonces á todas las campanas, engalanadas con el hermoso atavío de encaje bordado del día de su bautismo, atravesando los aires por orden de tamaño, desde la mayor hasta la más pequeña, para ir á buscar la bendición del Papa, tañendo gravemente. Frente por frente, á la otra parte del río, estaba el valle encantador de Tromeur, regado por una antigua *divonne* ó fuente sagrada, que santificó el cristianismo, asociando á ella el culto de la Virgen. La capilla se quemó en 1828, pero no tardó en reedificarse, y la antigua estatua fué sustituída por otra mucho mejor. Entonces pudo apreciarse bien esa fidelidad que constituye el fondo del carácter bretón. La estatua nueva, blanca y dora-



da, dominando desde el altar con sus hermosas y flamantes vestiduras, apenas recibía oraciones; fué menester conservar en un rincón el tronco negro y calcinado: á él se dirigían todos los homenajes. Volverse hacia la Virgen nueva hubiese parecido cometer una infidelidad con la antigua.

San Ibo era objeto de un culto más popular aún. El digno patrón de los abogados nació en el *minihi* de Tréguier, y su iglesita disfruta de gran veneración. Ese defensor de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, ha llegado á ser en el país el gran justiciero, el desfacedor de entuertos. Conjurándolo con ciertas fórmulas en su misteriosa capilla de *San Ibo de la Verdad*, contra cualquier enemigo de que sea una víctima, diciéndole: «Tú eras justo en vida; demuestra que lo eres aún,» hay la certidumbre de que el enemigo se morirá dentro del año. Todos los desamparados se ponen bajo su tutela. A la muerte de mi padre, mi madre me llevó á su capilla, y lo constituyó en tutor mío. No puedo decir que el buen santo haya gestionado maravillosamente nuestros negocios, ni sobre todo que me haya dotado de un conocimiento notable de mis intereses; pero le debo algo más que eso: me ha dado la satisfacción, que es superior á la riqueza, y un buen humor natural que me ha permitido vivir contento hasta este día.

El mes de Mayo, dentro del cual caía la fiesta de ese santo excelente, era una serie continua de procesiones al *Minihi*; las parroquias, precedidas de sus cruces, se encontraban en los caminos, y era costumbre entonces besar las cruces en señal de alianza. La víspera de la festividad por la noche se reunía el pueblo en la iglesia, y á las doce extendía el Santo los brazos para bendecir á la concurrencia prosternada.



Pero, como hubiese entre la muchedumbre un solo incrédulo que alzase los ojos para ver si era real el milagro, el Santo, justamente herido por aquella sospecha, no se movía, y, por culpa del impío, se quedaba sin bendición todo el mundo.

Un clero serio, desinteresado, honrado, velaba por la conservación de esas creencias con la bastante habilidad para no debilitarlas, sin comprometerse él mucho. Aquellos dignos sacerdotes fueron mis primeros preceptores espirituales, y les debo lo bueno que pueda haber en mí. Todas sus palabras me parecían oráculos; les profesaba tanto respecto que jamás puse en duda lo que me decían hasta la edad de diez y seis años en que vine á París. He tenido después maestros más brillantes y sagaces, pero no más venerables; y he aquí lo que me ocasiona frecuentes disidencias con algunos de mis amigos. Yo he tenido la suerte de conocer la virtud absoluta; sé lo que es la fe, y, aunque más tarde he reconocido que el Seductor Supremo ha ocultado una buena parte de ironía en nuestras más santas ilusiones, he conservado de aquellos buenos tiempos preciosas experiencias. No se me oculta que, en el fondo, mi vida sigue siendo dirigida por una fe que ya no profeso; porque la fe tiene de particular que, después de extinguida, sigue obrando. La gracia sobrevive por la costumbre al sentimiento real con que nos animó. Continuamos haciendo maquinalmente lo que hacíamos al comienzo en espíritu y verdad. Luego que Orfeo, perdido su ideal, fué despedazado por las ménades, su lira no sabía decir nunca más que: «¡Eurídice! ¡Eurídice!»



## LA NIÑA NOEMI

Aunque la educación religiosa y prematuramente sacerdotal que recibía me alejaba del trato con las jóvenes, tenía amiguitas de la niñez, y una sobre todo que me ha dejado un profundo recuerdo. Desde muy temprano sentí viva simpatía hacia las niñas; las prefería con mucho á los chicos. Estos últimos no me querían; les desagradaba mi exterior delicado. No podíamos entendernos en el juego; me llamaban *señorita*, y no perdonaban modo de hacerme rabiar. En cambio, me encontraba á las mil maravillas con las niñas de mi tiempo, que me estimaban muy pacífico y tratable. Yo tenía doce ó trece años, y no me daba cuenta ninguna del atractivo que hacia ellas me inclinaba. Creo que lo que me movía principalmente era la vaga idea de que hay cosas permitidas á los hombres que no son permitidas á las mujeres; de modo que estas últimas aparecían á mis ojos como débiles y bellas criaturas que debían ajustar el gobierno de sus personitas á ciertas reglas sumisamente acatadas. Todas las que conocía se distinguían por una modestia encantadora. Había en ese mi primer despertar cierto sentimiento de compasión, junto con la idea de que era preciso amparar una resignación tan bella, de que era menester amar y fomentar aquel recato. Veía de sobra mi superioridad intelectual, pero sin dejar de adivinar desde entonces que una mujer muy hermosa ó muy buena resuelve completamente, por su parte, el problema que nosotros, con toda nuestra cabeza, no hacemos más que farfullar. Nosotros, á su lado, somos niños ó pedantes. No comprendía yo más que vagamente, pero ya entreveía, sin embargo, que la belleza es un dón tan supe-



rior que, junto á ella, no son nada el talento, el genio, ni aun la misma virtud; de suerte que la mujer verdaderamente hermosa tiene el derecho de desdeñarlo todo, puesto que reúne, no en una obra sacada de sí, sino en su persona misma, como en un vaso murrino, cuanto el genio bosqueja á duras penas con pálidos rasgos mediante una laboriosa reflexión.

Entre esas amiguitas, he dicho que había una que ejercía sobre mí una seducción especial. Se llamaba Noemi. Era un modelito de despejo y de gracia. Tenía ojos de una languidez deliciosa, impregnados de tanta bondad como penetración, y cabellos de un rubio adorable. Me llevaría unos dos años, y su manera de hablarme era un término medio entre el tono de una hermana mayor y las confidencias de dos niños. Nos entendíamos á maravilla. Cuando reñían las amiguitas, nosotros participábamos siempre de la misma opinión. Yo me esforzaba en poner paz entre las disidentes; ella era escéptica en punto al éxito de mis tentativas. «Ernesto—me decía—no adelantará usted nada; usted se empeña en poner de acuerdo á todo el mundo.»

Esa pacífica colaboración infantil, que nos daba una imperceptible superioridad sobre los otros, establecía entre ambos un vínculo muy dulce. Aun ahora no puedo oír cantar: *Nous n'irons plus au bois, ó le pleut, il pleut, bergère*, sin sentir un ligero estremecimiento en el corazón... No cabe duda de que, á no ser por la cadena fatal que me oprimía, yo hubiese amado á Noemi dos ó tres años después; pero me había consagrado al razonamiento, y ya era dueña de mí completamente la dialéctica religiosa. El oleaje de abstracciones que me subía á la cabeza me aturdí hasta el punto de quedar absorto y distraído para todo lo demás.



Cruzóse en el camino de ese afecto, y acabó por desviarlo, un singular defecto que debía perjudicarme más de una vez en la vida. Mi indecisión me coloca fácilmente en situaciones equívocas, cuyo nudo no acierto á desatar. Esta particularidad de mi carácter se complicó en aquella ocasión con una virtud que me ha hecho cometer tantas inconsecuencias como el peor de los defectos. Entre aquellas niñas había una mucho menos guapa que Noemi, y menos buscada y agasajada, aunque buena y amable. Andaba trás de mí quizá algo más todavía que Noemi, y no disimulaba su puntita de celos. Para mí ha sido siempre un imposible hacer sufrir á nadie. Me figuraba vagamente que la mujer que no es muy hermosa es desgraciada, y debe consumirse en su interior, como si se hubiese malogrado su destino. Iba, pues, con la menos amada más que con Noemi, porque la veía triste. Así dejé bifurcarse mi primer amor de la manera más torpe, como más tarde dejé bifurcarse mi política. Una ó dos veces ví á Noemi reirse so capa de mi candidez. Siempre era amable conmigo, pero á ratos notaba yo un tinte de ironía que ella no trataba de disimular, y que sólo servía para que me pareciese aún más encantadora.

Con la lucha que llenó mi adolescencia la casi olvidé. Más tarde su imagen ha revivido en mí frecuentemente. Un día pregunté á mi madre qué había sido de ella.

«Ha muerto—me dijo;—ha muerto de tristeza. No tenía fortuna. Cuando murieron sus padres, la recogió su tía, una mujer dignísima, dueña de la posada de..... Hizo en la casa cuanto pudo. Tú no la has conocido más que de niña, aunque ya preciosa; pero á los veintidós años era un porterto. El pelo, que en vano sujetaba con la cofia, se desbordaba fuera, dejando ver trenzas retorcidas como espigas de trigo maduro. Hacía lo que podía por



---

ocultar su belleza. Disimulaba su admirable talle con una *pelevina*, y siempre llevaba calzadas de mitones aquellas manos largas tan blancas.

En la iglesia se formaban grupos de jóvenes para verla rezar. Era demasiado hermosa para nuestro país, y tan juiciosa como guapa.»

Todo esto me afectó vivamente. Después he pensado mucho más en ella, y, cuando Dios me ha dado una hija, la he llamado Noemi.

ERNESTO RENÁN.



## EL REY DE BAVIERA

---

**E**N el verano de 1880 disponíanse los bávaros á celebrar una gran fiesta nacional. Recordaban que en 1180 fué proclamado duque de Baviera un descendiente del margrave Arnulfo II, el conde palatino Oton de Wittelsbach; que, andando el tiempo, los Wittelsbach llegaron á ser, primero, electores, luego reyes; y que habían transcurrido siete siglos cabales desde su advenimiento al poder. Del uno al otro confín del reino, en la Alta y en la Baja Baviera, en los dos Palatinados, en las tres Franconias y en Suabia, nobles, burgueses y aldeanos preparábanse á demostrar con la brillantez de sus regocijos la inalterable adhesión que los unía á la familia de sus príncipes. Querían rodear de pompa ese júbilo, sin reparar en los gastos, á pesar de que los tiempos eran calamitosos. En el mes de Septiembre de 1873 el ministro de Hacienda, Ridel, había anunciado á las Cámaras que el presupuesto saldaba con un déficit de más de 13 millones de marcos, y que, para cubrirlo, era menester aumentar en dos marcos por hectolitro el impuesto sobre la malta; de donde se infería que el litro de cerveza costaría en adelante un poco más caro, y ya se sabe que la menor subida en el precio de la cerveza es para los bávaros una verdadera calamidad pública.

Á la sazón el rey Luis II no tenía más que treinta y



cinco años, y hacía ya diez y seis que ocupaba el trono. La prematura muerte de su padre Maximiliano II le obligó á interrumpir sus estudios universitarios para desempeñar desde 1864 su oficio de rey. Echando de menos á sus maestros, reemplazó sus lecciones con serias y múltiples lecturas. Sus súbditos lo festejaron y adoraron desde los primeros días de su reinado. Gozaba fama de afable y generoso, y pasaba por hombre de los mejores deseos, de nobles aficiones, de elevado espíritu, apasionado de las artes y de la poesía, de los grandes sentimientos y de las cosas grandes. Cuantos se le acercaban, se hacían lenguas del atractivo de sus maneras y de su conversación; seducía, fascinaba. Como el rey Jorge V de Hannover, era el hombre más distinguido y de mejor presencia del reino; todo el que acertaba á cruzarse con él podía decir: «He visto pasar la majestad real.» Pero ese Wittelsbach juntaba, á la nobleza de su porte, á su soberbio continente, un tinte romántico desconocido de los Güelfos. Había cierto misterio en su sonrisa, cierta inquietud en su mirada, y sus ojos parecían buscar á veces en torno suyo algo que no descubrían. Decíase que, cuando niño, padeciendo de insomnios, y no queriendo estar solo de noche, llamaba á su aya para que se estuviese hasta el amanecer contándole largos cuentos en que intervenían hadas, ondinas y genios. Conservó esa afición á las cosas de hadas y de genios, y la grave y sesuda Baviera podía alabarse de tener por soberano un verdadero rey de novela.

Pero ese rey de novela era á veces un rey juicioso; por lo menos, tenía á ratos un sano sentido de que dió á su pueblo una muestra palmaria en 1880. con ocasión del jubileo de los Wittelsbach. No queriendo que se hiciesen locuras en su honor, escribió á los dos consejos adminis-



trativos de la capital, representándoles lo difícil de los tiempos, instándoles á no consumir todo su dinero en luces de bengala y fuegos artificiales, y declarándoles que apreciaba en más los buenos sentimientos que el brillo de las demostraciones. Pedía, en consecuencia, que parte de las sumas votadas para los festejos se destinase á alguna obra de beneficencia; fué escuchado, fué obedecido, y los 530.000 marcos que produjeron las suscripciones se consagraron á una fundación destinada á socorrer á la clase obrera de las ciudades y de los campos. Al propio tiempo, Luis II destinaba 650.000 marcos de la herencia de su padre para estimular trabajos científicos y artísticos.

¿Podía hacer un uso más juicioso de su dinero y dar á sus súbditos más cuerdas instrucciones en punto á la mejor manera de celebrar fiestas nacionales? El 22 de Agosto les dirigía una proclama, en que nada hubiese habido que tachar, á ser el estilo más sencillo, menos afectado: «Vuestra leal fidelidad—le decía—es el cimiento de mi trono; vuestra adhesión á mi dinastía y á mí, el más bello joyel de mi corona. Os doy gracias desde el fondo del alma, y me complazco en aseguraros que vuestra ventura es la condición de mi propia felicidad. Con estos sentimientos entro en el octavo siglo de reinado de los Wittelsbach.» Tres días después se procedía á la celebración del jubileo, y la solicitud que atestiguaron, así las clases altas como las inferiores, dió la medida de la popularidad de que gozaba aún el biznieto del elector Maximiliano José IV, rey de Baviera por la paz de Presburgo y por la gracia de Napoleón I.

Dolorosa sorpresa hubiesen experimentado los bávaros, si en medio de sus regocijos hubiera aparecido un profeta anunciándoles que seis años después su joven mo-



narca sería loco rematado, que habría precisión de recluirlo, y que debía ofrecer á Europa el espectáculo de un rey incapaz de sobrevivir á su anulación, y que prefiriese matarse á no ser rey. Con todo, por popular que fuese todavía, y aunque nadie le hiciese la injuria de dudar de su razón, no dejaban de advertirse hacía tiempo en su conducta y en sus hábitos, en su carácter y en su lenguaje, algunas rarezas que chocaban y preocupaban á su pueblo.

Lo primero que se deploraba era su terquedad en no casarse. Hubo un momento en que el país se lisonjeó de verle dar el paso: en 1869 parecía concebir un afecto muy vivo por la princesa Sofía de Baviera, hoy duquesa de Alencon. Al salir de un baile, donde hizo su declaración, montó á caballo y anduvo hasta rayar el alba galopando por los bosques y contando su aventura á las estrellas. Pero fué una aventura sin consecuencias; aquella gran pasión se calmó bien pronto, aquel enamorado se enfrió y retiró de repente. Sumalhadada prueba lo disgustó para siempre del amor; las mujeres le inspiraron en lo sucesivo una repulsión invencible; fuera de su madre, la princesa Gisela y la emperatriz de Austria, afectaba despreciarlas á todas. ¿Era que ninguna se parecía á sus hadas, ó que ese fiero Hipólito, enamorado de su libertad, había jurado no dejarse esclavizar el corazón? La cantante que una noche se permitió darle un beso en la frente estuvo á punto de pagar su audacia con la vida. No quería entregarse, y menos aún que se posesionaran de él. Tampoco quería mucho á las mujeres el gran Federico; buscaba sus placeres en otra parte; pero dejó que lo casaran. Los Hohenzollern nunca pretenden sustraerse á las obligaciones de su estado, á las exigencias de la vida común, á los deberes desagradables. Luis II, conde palatino del Rhin,



duque de Baviera, de Franconia y de Suabia, no era hombre para sacrificar sus caprichos ó sus aversiones á las conveniencias de sus súbditos, y sus súbditos, respetándola mucho, lo deploraban.

Lamentábase que ese príncipe, tan celoso de su libertad y tan resuelto á protegerla contra las mujeres, la defendiese tan mal de ciertas influencias ocultas y perniciosas, de indiscretos favoritos que se captaban su aprecio con lisonjas ó se imponían á su confianza por la osadía de su presunción. El abuelo del rey había prodigado sus favores á los pintores; el padre había protegido á los sabios; Luis II amaba apasionadamente la música, y no desconfiaba bastante de los músicos. En 1866, cuando Bismarck hacía tragar á Alemania «esas famosas píldoras de hierro y de sangre,» que debían restablecer su quebrantada salud, y cuando se jugaba en los campos de batalla la suerte de más de una corona, el rey de Baviera se retiró á su castillo de Berg y á la isla de las Rosas. Sordo á la voz del cañón, prisionero de un mago y víctima de sus hechizos, soñaba en regenerar su reino á los acordes de la música del porvenir.

El abuelo había perdido el trono por amar demasiado á Lola Montes; el nieto comprometía el suyo enagenando su voluntad al más arrogante de los grandes artistas. Se le acusaba de haber contraído «una especie de unión morganática» con un compositor de genio muy célebre y muy indiscreto. Ricardo Wagner no tenía bastante con sacar dinero á manos llenas del cofrecillo real; se mezclaba en política, intrigaba y maquinaba, aspiraba á ser uno de esos favoritos omnipotentes que hacen y deshacen ministerios. Irritadísimo contra el barón de Pfordten que había tenido la impertinencia de desterrarlo de la corte, juró derribarlo y logró que entrara en el gabinete el se -



ñor Pfistermeyer, de quien se servía para preparar su venganza teniendo á raya al presidente del Consejo. Afortunadamente el maestro era uno de esos hombres que constituyen una cruz para el que los favorece; llegó á cansar á su amo, se hizo insufrible por las intemperancias de su orgullo y por sus desmedidas pretensiones, fué despedido, y Baviera respiró.

Pero desde ese día Luis II se entregó más y más cada año que pasaba á sus tendencias soñadoras y á su amor á la soledad. Se encerraba, se escondía, pasaba meses enteros en sus queridas montañas de Hohenschwangau, como si hubiese querido contemplar desde lo alto su reino y su pueblo. Tenía como ningún monarca el sentimiento de su grandeza, el respeto de su nacimiento, la religión supersticiosa del poder real y del derecho divino. Se consideraba un ser aparte, y le parecía que una majestad desmerece cuando es demasiado accesible y entra en comunicación con los humanos. Siempre había rendido culto á la memoria de Luis XIV, y se preciaba de parecerse á él. Afanoso por conocer las menores circunstancias de la vida de su héroe, pedía á París todas las publicaciones nuevas referentes á la corte de Versalles. Habiendo sabido que uno de nuestros más eminentes diplomáticos poseía en su galería un cuadro de Troy que representaba al gran rey recibiendo á los embajadores de Siam, quiso comprarlo; y como le respondieran que el cuadro no se vendía, pidió y obtuvo permiso para mandar sacar una copia: tan vivo era su deseo de multiplicar alrededor de sí las imágenes del rey-sol.

Pero Luis XIV es más fácil de admirar que de imitar. Aunque estuviese muy poseído de su grandeza, y aunque más de una vez le perjudicaron sus altanerías intempestivas y sus vanas ostentaciones, sobrábale penetración



para comprender que nobleza obliga, y que los grandes honores llevan anejas las grandes cargas. Era un hombre laborioso, metódico y exacto cumplidor de sus compromisos. "Lo primero (ha escrito) es el interés del Estado. Debemos violentar nuestras inclinaciones, y no dar lugar á tener que arrepentirnos por no haber hecho mejor alguna cosa importante. Mirando al Estado, trabaja uno para sí; su bien es nuestra gloria..... Los príncipes deben poner en todo particular cuidado y atención. Han de vivir prevenidos contra sí mismos, han de vigilar sus inclinaciones, han de estar siempre en guardia contra su temperamento..... El oficio de rey es grande, noble y lisonjero, cuando se siente uno capaz de dar cima á todas las cosas que demanda.", Luis II, que creía parecerse al rey-sol, era desaplicado y caprichoso; amaba su gloria; descuidaba sus funciones; evitaba la esclavitud de los compromisos; temía el contacto de los hombres y el trá-fago de los negocios; jamás ha estado en guardia contra sí mismo y contra sus inclinaciones. Creía que con mirarse mucho en sus actitudes estaba hecho todo, y que su único deber era enseñar respeto al pueblo presentándole á distancia la efigie de un rey.

Sus súbditos, que seguían amándolo con todas sus flaquezas é infidelidades, no renunciaban á la esperanza de verle corregirse y tomar con empeño sus deberes, á favor de la experiencia y de la madurez de la edad.

Después de las amargas humillaciones sufridas en 1866, cuando hubo de recibir la ley de un vencedor irritado y soberbio, pareció transformarse. Despidió á su privado; salió de su retiro, y se mostró dispuesto á deferir á los deseos de los bávaros, renunciando á su vida de célibe. Pero nollevó adelante sus proyectos de reforma; es natural. Se sobrepuso á las reflexiones de un día. In-



capaz de supeditarse á ninguna regla, no era un soberano, era el eterno ausente, que no intervenía en los negocios públicos, sino allá, por algún raro capricho, para dar fe de su autoridad, para probar que alentaba y proporcionar algún ejercicio de tarde en tarde á su mano de rey. Tal conducta causaba sentimiento en Munich; en cambio en Berlín estaban muy satisfechos, y habrá de convenirse en que ese rey de Baviera era el monarca que Prusia podía desear. El canciller, después de tratarlo arrogantemente, le puso buenos ojos, y se esforzó en volver á ganar su confianza. Es el procedimiento de ese gran hombre de Estado: tan pronto alarma y amenaza como tranquiliza; después de herir, se ablanda de repente; mezcla, en suma, la solicitud con los rigores, sabiendo que las caricias de un hombre rudo poseen un encanto singular á que sucumben los soberanos débiles como las mujeres.

Desde entonces el rey Luis II se creyó en el caso de hacerse agradable á la corte de Prusia y granjearse la benevolencia del canciller de la Confederación del Norte con sus abdicaciones ó complacencias. Tal fué, á decir verdad, su única regla de conducta; pero hay que añadir, para hacerle justicia, que jamás la infringió, probando de esa suerte que era capaz de constancia en sus resoluciones. Amante de su gloria, pero más amante aún de su sosiego, cerró los oídos á las insinuaciones de los patriotas, quejosos de que se olvidase de tal manera el orgullo bávaro, y ajustó siempre su política á las conveniencias y á los deseos de Bismarck.

El mejor modo de hacer llevadera la dependencia es vivir en buena armonía con los poderosos y hacerse acreedores á un trato benévolo de su parte. Luis II decía á sus ministros: «No me acarreéis sinsabores, y dejadme



meditar en paz.» El príncipe Hohenlohe, á quien llamó á la presidencia de su consejo, era el hombre más á propósito para establecer buenas relaciones entre Baviera y Prusia, conciliando la dignidad con mucha modestia y con la más prudente circunspección. «No queremos entrar en la Confederación del Norte (decía á los diputados bávaros en la sesión del 6 de Octubre de 1867); pero tampoco queremos crear una liga constitucional de los Estados de la Alemania del Sur bajo la dirección de Austria, ni menos aún instituir una Confederación del Sur con el apoyo de una potencia no alemana; nosotros no queremos practicar la política de una gran potencia, ni creemos que nos conviene arrogarnos un papel de mediadores.» Era como decir: «Nos reservamos; esperamos los acontecimientos; no entra en nuestras miras entregarnos, pero estamos prontos á dejarnos querer. No haremos nada que pueda desagradar á Berlín, y el día en que no tengamos ya que contar con Austria ni con Francia, Bismarck nos encontrará dispuestos á hacer cuanto desee.»

No tardó en llegar ese momento y en consumarse el sacrificio. Al día siguiente de Sedán los Estados del Sur se vieron requeridos á ingresar en la Confederación del Norte. Luis II tenía que hacerse violencia para reconocer en un Hohenzollern el soberano natural de los Wittelsbach; pero devoró sus penas, y se contentó con las concesiones graciosas que Bismarck le otorgaba. «Por fin se ha concluído y firmado el tratado bávaro,» decía con emoción el canciller al más hablador de sus confidentes, al doctor Moritz Busch: «Traed una botella de Champaña; es un acontecimiento. ¿Qué habría ocurrido si me hubiese obstinado yo, y no se hubiese llegado á un acuerdo? Mis inquietudes eran mortales. Los periódicos no estarán contentos; dirán: «Más hubiera podido obtener el



imbécil.» Pero yo he querido que los bávaros quedasen satisfechos, que no pudieran acusarme de ponerlos en el potro y explotar la situación.» Los bávaros estaban tan poco satisfechos y sentían tanta melancolía en medio de la bonanza, que su Parlamento tardó dos meses cumplidos en decidirse á ratificar el tratado.

Luis II hizo en 1870 más de lo que le exigía su deber. Se anticipó á los deseos del rey Guillermo, invitándolo á tomar el título imperial. «La imaginación del joven rey (ha dicho un historiador) inflamóse con los grandes sucesos que se realizaban en Versalles, y quiso ser el primero en depositar á los pies del vencedor la gloriosa corona de Federico Barbarroja.» No es estar en lo firme atribuir el paso que daba á un movimiento del corazón, á un transporte de entusiasmo; si se hubiese dejado llevar solamente de su imaginación asombradiza, propensa al recelo, habríase retirado á su tienda y pasado el resto de sus días protestando contra su humillación y renegando del destino. Pero lo estrecharon de cerca, influyeron sobre él, lo llamaron á razones, lo importunaron. Varios de sus consejeros íntimos se habían dejado ganar por la política prusiana, y se constituían en defensores de ella; el más celoso de tales abogados era ese mismo conde Holnstein, que un día debía presentarse ante él en Hohenschwangau para participarle que ya no era nada. «He reconciliado á los bávaros con el título de emperador—decía Bismarck—haciéndoles ver que el amor propio de su soberano se avendría más fácilmente con un emperador de Alemaniá que con un rey de Prusia.» Convenciósele también de que una resignación obsequiosa es todavía una manera de distinguirse; que valía más representar el papel de corredor complaciente, por modesto que fuera, que no representar ninguno; que, en último extremo, si



él declinaba la misión que tenían á bien encomendarle, no faltaría quien la aceptase en su lugar, y que entonces, no habiéndose tomado ninguna molestia, tampoco habría contraído ningún mérito.

El 6 de Diciembre, adoptando su partido, escribía al rey de Sajonia: «Muy glorioso y poderoso príncipe, querido hermano y primo: Unidas hace siglos por la lengua y las costumbres, las tribus alemanas victoriosas, dirigidas por el heróico rey de Prusia, celebran ahora una fraternidad de armas que da brillante prueba de lo que puede Alemania unida. Me dirijo, pues, á los príncipes alemanes, y sobre todo á Vuestra Majestad, á fin de proponerle que invitemos de común acuerdo á S. M. el rey de Prusia á unir al ejercicio de sus derechos presidenciales el título de emperador de Alemania.» Doce días después decía el rey Guillermo á los delegados del Reichstag: «He recibido con profunda emoción la invitación que me ha dirigido S. M. el rey de Baviera para el restablecimiento de la dignidad imperial.»

Siempre se le han agradecido sus buenos oficios, se le ha recompensado su sacrificio voluntario con amables atenciones, y la prensa oficiosa de Berlín lo ha tratado hasta lo último con mucha consideración y respeto. El, por su parte, quería hacer creer que no estaba sentido; que se había asociado francamente, y sin reservas, al nuevo orden de cosas; que la casa le parecía cómoda, bien construída y amueblada, y se encontraba á gusto en ella. Pero á la vez evitaba con empeño toda ocasión de ver á un Hohenzollern, de convencerse por sí mismo de que tenía un soberano á quien debía fidelidad y homenaje, y que podía llevarlo á la guerra bajo sus órdenes. Hasta donde le era posible, apartaba de su real persona todo contacto enojoso, toda cara desagradable, toda im-



presión ingrata, y á eso reducía el arte de reinar: trataba de olvidar y distraerse. «El mundo marcha gracias á la maravillosa ilusión del olvido,» ha dicho Mme. de Staël; esa ilusión es también á veces el único consuelo de los reyes.

Mas no fué sólo su resignación y su fidelidad á los nuevos compromisos lo que valió al rey Luis II las buenas disposiciones de su soberano; Los ministros á quienes confiaba el gobierno de su reino supieron amoldar su política al arbitrio del príncipe de Bismarck. Durante los días más borrascosos del *culturkampf*, el canciller del imperio no encontró dificultad ninguna de parte de los seis plenipotenciarios que representaban al gobierno bávaro en el consejo federal, y el partido del centro católico no recibió ninguna muestra de simpatía del rey Luis ni de su gabinete. Por una atención delicada ó por una ejemplar adhesión, en el momento en que el canciller inauguraba en Prusia las hostilidades contra la Iglesia, inaugurábalas en Baviera el Sr. de Lutz, que parecía disputar al gran ministro el peligroso honor de afrontar los anatemas del Vaticano y las censuras del episcopado. El *banderillero* llamaba hacia sí generosamente la cólera del toro, y el *torero* se lo agradecía (1).

Baviera, al igual de Bélgica, es uno de los países de Europa donde la Iglesia interviene más en la vida pública y en las luchas electorales, uno de los países en que mejor ha sabido aprovechar la libertad de la prensa y el derecho de asociación para asegurar su imperio sobre las almas. En esos dos países los nuevos procedimientos y todos los recursos de la estrategia moderna se han

(1) Dejamos la frase tal y como aparece en el original. Fácilmente podrán corregirla los lectores españoles.—Nota del traductor.



puesto con rara habilidad al servicio de las ideas rancias y de los añejos dogmas. Tan seguro está el clero bávaro de su ascendiente y de su influencia, que ni los progresos de la democracia ni el sufragio universal y directo le inspiran ningún temor, y fácilmente se prestaría á la separación de la Iglesia y el Estado. En 1877 declaraban sus delegados, en la conferencia celebrada en Wurzburg, que si el gobierno no se comprometía á cumplir en todas sus partes el concordato de 5 de Junio de 1817, derogando las disposiciones contrarias de 1821, obispos y curas renunciarían gustosamente á sus asignaciones; que se los dejase en libertad, y ellos se encargarían de pedir el pan cotidiano é la caridad del pueblo.

El partido de los patriotas, constituido en 1866, se proponía el doble objeto de defender la autonomía bávara frente á las ambiciones prusianas, y proteger las franquicias y prerrogativas de la Iglesia frente á las invasiones de la autoridad civil. Ese partido, tan católico como patriota, poseía y posee aún mayoría en las Cámaras, y desde 1871 ha agotado esterilmente toda clase de esfuerzos para derrocar al ministerio, y desembarazarse del señor de Lutz. Pero detrás del ministerio había un rey; ese rey quería conservar el ministerio en bien de su reposo, y no es cosa llana vencer la obstinación de un espíritu débil.

En Baviera, como en todas las monarquías alemanas, es un principio de derecho público que la existencia de un gabinete no depende de los votos de una Cámara, que el soberano elige los ministros á su albedrío, y no los despide más que cuando han perdido su confianza ó su favor. Luis II no admitía que pudiese transigir en este punto un rey que se respeta. Vano fué que los ultramontanos de la extrema derecha acusasen á sus consejeros de trabajar



en beneficio del diablo; inútil que el arzobispo de Munich, en una pastoral que hizo mucho ruido, suspirase por los tiempos en que gobernaban el país verdaderos hijos de la Iglesia. El rey no oía nada, ó fingía no oír.

Se deploraba que contentase á los viejos católicos y que hubiese condecorado al gran heresiarca Döllinger. Se deploraba que nombrase para los obispados vacantes prelados de una autoridad y de un celo dudosos, y que procediese á su elección sin curarse de obtener el beneplácito del Vaticano. Se deploraba asimismo que el municipio de la capital hubiese prohibido, por orden suya, celebrar con procesiones públicas el jubileo del papa Pío IX, que había tratado de Atila al canciller del imperio alemán. Pero lo que más se le censuraba era el apego á sus ministros. La segunda Cámara se atrevió á dirigirle un mensaje en 1875, solicitando respetuosamente que los sustituyera. Los ministros presentaron la dimisión, pero él se negó á aceptarla escribiéndoles: «Á nadie más que á mí corresponde el derecho de nombrar libremente los consejeros de la corona. Vosotros tenéis mi confianza, y os mando que sigáis en vuestro puesto y deis á conocer al pueblo mi voluntad.» Ordenó que esa declaración se imprimiese, que se hiciese una tirada de cerca de 9.000 ejemplares, que se expusiese al público en todos los municipios, y que se señalase un domingo para leerla á los aldeanos á la salida de misa. Al propio tiempo escribía á la Cámara: «No tengo ningún motivo para acceder á vuestro mensaje. Además me ha disgustado profundamente el lenguaje empleado por algunos de vuestros oradores. Se lo participo así á vuestro presidente.» Cinco años después, Lutz, ministro de instrucción pública y de cultos desde 1871, subía á la presidencia del Consejo, y en 1883 era nombrado barón del reino.



«Es usted hombre feliz y privilegiado—le decía uno de los principales oradores del partido patriota, el doctor Rissler, en la sesión del 9 de Enero de 1880.—Es usted Lutz el Victorioso, y no sé para qué voy á pedir la palabra: si para atacar á usted ó para felicitarlo por su asombrosa suerte. Van ya diez años que es usted ministro de cultos; hemos hecho todo lo del mundo por derribarlo, y ha resistido usted á todos nuestros asaltos. No veo realmente á quién comparar á usted en toda Europa, fuera del canciller Bismarck; pertenece usted, como él, á la raza de los ministros inamovibles. Veinte veces le hemos dicho á usted lo que hacía al caso, y usted firme en su puesto, y siempre el mismo.» Luis II tenía sin duda varias razones para permanecer fiel á su ministro pseudo-liberal. No perdonaba á los católicos bávaros sus tratos é inteligencias con la democracia, y las representaciones que le hacían á él; no gustaba ni de prelados infalibilistas ni de curas demagogos. Acaso se acordaba también de que Luis XIV se había dado aires de autoridad con la corte de Roma, y que el papa Alejandro VII había pedido perdón al gran rey por intermedio de un legado *a latere*. Pero, sobre todo, sabía que un ministerio ultramontano le atraería disgustos y sinsabores, haciéndolo sospechoso á los poderosos del día. En otro tiempo había dicho: «Quiero vivir en paz con mi pueblo.» Estaba más decidido á vivir en paz con Berlín, y temía el ceño de Bismarck más que todas las contrariedades que pudieran suscitarle las Cámaras. Quería que los ministros amoldasen su paso al del canciller del imperio. La prueba es que desde el día en que el príncipe de Bismarck moderó sus rigores hacia la Iglesia, desde el día en que entró en la vía de los arreglos y compromisos, el barón de Lutz se presentó también más conciliador, más co-



rriente, más amable con el alto y bajo clero, y en 1883 se le ha visto revisar su ley escolar y favorecer abiertamente á las escuelas confesionales.

Se dice que los lapones, cuando salen al mar, compran á un hechicero el viento necesario para la navegación, y el hechicero se lo entrega en un pañuelo muy bien atado. El gabinete bávaro, por su parte, tenia á Berlín para renovar todos los años su provisión de viento; y á fe que le ha ido á maravilla. Lo compraba en buen sitio, y ese es el secreto de su duración, de su larga prosperidad.

Luis II se libraba así de enojos é incumbencias, pero no podía librarse de sus pensamientos, y sus pensamientos eran sombríos. Ese romántico sentado en un solio, y prendado de su corona, no podía menos de ver que la realidad andaba poco de acuerdo con sus sueños. No miraba como verdadero rey sino al soberano que ejerce un poder absoluto, que es dueño de hacer cuanto le place; y el hecho es que todo le recordaba su dependencia. Tenía un señor, y el príncipe real de Prusia iba de vez en cuando á inspeccionar su ejército; por si era poco, se veía obligado á sufrir las impertinencias de las Cámaras, que le atestiguaban su mal humor con estratagemas disimuladas, y á veces con explosiones ruidosas. Un monarca constitucional no es ciertamente un rey de cuentos de hadas; ningún oficio menos romántico que el suyo. Su vida se compone de mil incidentes espinosos, de multitud de dificultades diarias, que ha de resolver á fuerza de estudio, aconsejándose de su buen sentido para ver cuándo debe ceder y cuándo resistir. Ese rey de Baviera vivía fuera de su centro en este siglo. Creía, como Hamlet, que el mundo se había salido de quicio; como Hamlet, se sentía incapaz de encajarlo de nuevo; y no teniendo una Ofelia que lo distrajese, cada día se hundía más en su tedio y en su negro humor.

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA  
DE NEODARCELON



Las inquietas divagaciones—ha dicho un filósofo—son realmente una locura pasajera, y la locura pasajera degenera á poca costa en locura permanente cuando se trata del hijo de un rey que no tenía muy sano el cerebro, y que á menudo había escandalizado á la nación con el cinismo de sus insensateces. Luis II, incapaz de rebrar contra sus caprichos, fué víctima de ellos; los desórdenes de su mente trocáronse en verdaderos desvaríos. Ese noctámbulo se sintió torturado por la más cruel de las manías, por el delirio de la persecución; parecíale que los hombres y las cosas se habían puesto de acuerdo para contrariarlo y provocarlo. Abandonándose á su condición huraña, buscaba el reposo en el olvido del mundo, en el olvido de todo. Dábase trazas para ocuparse lo menos posible de lo que pasaba en Munich y en las Cámaras. Sus mismos ministros le parecieron importunos y enojosos; los tenía á distancia, no comunicaba con ellos sino por mediación de sus secretarios particulares, y á poco los mismos secretarios no lograron acceso á su presencia; no quería entenderse más que con subalternos, con sus ayudas de cámara y su peluquero. Las gentes ínfimas tienen la ventaja de que no hay que preocuparse de ellas y no intentan adivinar lo que pasa en vuestra cabeza de loco.

No le quedaba ya más afición que la pasión por las construcciones, única cosa en que podía asemejarse á Luis XIV. Pero, á fuerza de edificar, agotó su caja, tuvo que recurrir á los préstamos, y el día que supo que sus acreedores pedían el reembolso de su dinero, miró su impertinencia como una afrenta intolerable á la majestad real. El 26 de Febrero de 1886 ordenaba al ministro del interior que le facilitase 20 millones de marcos á fin de continuar sus construcciones, ó que abandonase inconti-



amenti el país. El 17 de Abril mandaba al gabinete que sometiera al Parlamento un proyecto de empréstito por su cuenta particular. Negáronse los ministros, y enfurecióse el monarca. Ese hombre benigno se había vuelto cruel; expedía órdenes reservadas de prisión ó destierro, y disponía suplicios. En los momentos más lúcidos, ora encargaba á algún sabio que le descubriese en cualquier parte un país donde se pudiese reinar sin Constitución, ora pensaba en vender su reino para comprar una isla desierta donde poder vivir sólo con sus pensamientos y su peluquero.

Cosa curiosa: en Munich se sabía hacía mucho tiempo que tenía trastornada la inteligencia; los únicos que afectaban ignorarlo eran los ministros. Se habían conferido á sí propios una especie de regencia ministerial, tan cómoda como provechosa. Pero, según ha confesado el barón de Lutz, cuando supieron que el soberano negociaba en país extranjero empréstitos que podía originar recelos en Berlín, despertaron bruscamente de su letargo. Lo declararon incapaz de reinar y lo recluyeron, procediendo en esta ocasión sin grandes consideraciones. No queriendo sobrevivir á su gloria, Luis II decidió matarse, pero resolvió matar también, antes de abandonar el mundo, al médico que tuvo la insolencia de certificar su locura. Acechó la ocasión, y la encontró. Es un fin no exento de cierta grandeza mezclada de crueldad, y bien puede servir de advertencia á los reyes, altos ó bajos, que no desconfían bastante de sus sueños.

VICTOR CHERBULIEZ.



## EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT

### I

ESTADO DE LA NOVELA AL APARECER LOS GONCOURT.—

ESTILO Y MANERA

**A**NTE todo, conviene examinar lo que era la novela entre nosotros hace algunos años. Esa forma literaria esencialmente moderna, tan amplia y tan flexible, amoldable á todos los genios, acababa de recibir entonces un brillo incomparable gracias á las obras de toda una generación de escritores. Teníamos á Víctor Hugo, poeta épico, que modelaba la prosa con su potente pulgar de escultor; venía imbuído de preocupaciones de arqueólogo, de historiador y de hombre político; pero del caos de sus concepciones sabía hacer brotar páginas soberbias; su novela era enorme, mezcla á la vez de poema, de tratado de economía política y social, de historia y de invención fantástica. Teníamos á Jorge Sand, espíritu de una perfecta lucidez, que escribía sin esfuerzo en una lengua afortunada y correcta, que defendía tesis, que vivía en el país de la imaginación y del ideal; esa escritora ha apasionado á tres generaciones de mujeres, y sólo han envejecido sus mentiras. Teníamos á Alejandro Dumas, el cuentista inagotable, cuyo numen



no conoció la fatiga nunca; era el gigante de los relatos enjaretados al vapor; un gigante sencillote que parecía haber hecho profesión de entretener pura y simplemente á sus millones de lectores; lo sacrificaba todo á la cantidad; no se preocupaba de las cualidades literarias; decía lo que tenía que decir como se lo hubiera dicho á un amigo al amor de la lumbre, con todo el abandono de la conversación; pero conservaba tal amplitud y abundancia de vida, que no dejaba de ser grande, con toda su imperfección. Teníamos á Mérimée, escéptico hasta los tuétanos, que se contentaba con escribir de tarde en tarde una docena de páginas secas y finas, donde cada palabra era como acerado puñal aguzado lentamente. Teníamos á Stendhal, que afectaba el desdén del estilo, que decía: «Yo leo todas las mañanas una página del Código para tomar el tono;» sus obras daban escalofríos por la multitud de cosas sombrías y espantosas que se quería ver en ellas; era el observador, el psicólogo, que se desentendía de las trabas de la composición, y pregonaba odio al arte; hoy ya no se tiembla delante de él, y se le mira como el padre de Balzac. Y teníamos á Balzac, el maestro de la novela moderna; lo cito el último para cerrar la lista con su nombre. Ese se había apoderado del espacio y del tiempo, había robado todo el sitio al sol, en términos que sus sucesores, los que han marchado tras su amplia huella, han tenido que rebuscar mucho antes de poder espigar algunos granos. Balzac ha obstruído los caminos con su enorme personalidad; la novela ha venido á ser conquista suya; lo que él no pudo hacer, lo dejó indicado; de suerte que todos lo imitan, á pesar de los pesares, aun los mismos que creen sustraerse á su influjo. No hay actualmente un novelista francés que no tenga en las venas algunas gotas de la sangre de Balzac.



Tales eran los maestros. Abundaban tanto, y se repartían tan completamente el imperio de las letras—el soplo épico, la idealidad, la imaginación, la observación, la realidad,—que bien podía reputarse imposible encontrar un nuevo sendero al lado de los suyos. La novela parecía haber dado de sí todo lo que podía. Los novelistas iban á repetirse inevitablemente. Y, en efecto, pululaban los imitadores; ningún escritor tenía bríos para conquistar un palmo de tierra y cosechar allí á su guisa, ni aun dentro del campo removido y fecundado por Balzac. Pero entonces, á la hora en que se desvanecía la esperanza de un renacimiento, surgió un grupo de novelistas de una imprevista originalidad, y cuyas obras han sido como la florecencia de los últimos veinte años de nuestra literatura.

Esos escritores son indudablemente hijos inmediatos de los que antes cité: proceden en línea recta de Balzac, á quien deben el instrumento del análisis, y han recibido, además, de Víctor Hugo el sentimiento revolucionario del color. Si sus antecesores no hubiesen vivido, quizá no habrían nacido ellos; son necesariamente una continuación. Pero eso no obsta para que sean á la vez un desarrollo: el árbol, que se creía agotado, conservaba brotes y flores. Ha habido así un retoño de exquisito sabor. No son frutos raquíticos, venidos á destiempo, faltos de jugo; al contrario, ofrecen como un refinamiento de color, de aroma y de gusto. Después de este prodigio de producción, ninguna esperanza puede parecer ilusoria.

Los novelistas á que aludo forman un grupo reducido muy compacto. No quiero establecer ninguna comparación entre ellos. Me basta consignar que, cuando la novela se hallaba reducida á una pobreza extraordinaria, han conseguido conservarle una vida intensa. Se los ha



llamado realistas, naturalistas, analistas, fisiólogos, sin que ninguno de estos nombres indique claramente su método literario, y mucho menos si se tiene en cuenta que cada uno posee una fisonomía perfectamente acentuada. Dejando esto á un lado, hoy me propongo únicamente desprender del grupo á los hermanos Goncourt, y estudiarlos aparte, aprovechando su caso personal para pintar el momento literario entero.

Los Goncourt han aportado una sensación nueva de la naturaleza. He ahí su nota característica. No sienten como antes de ellos se ha sentido. Tienen nervios de una delicadeza excesiva, que centuplican las menores impresiones. Cosa que ven, la reproducen pictórica y musicalmente, brillando y vibrando, henchida de una vida personal. Un paisaje no es ya una descripción; al conjuro de las palabras surgen los objetos, y todo se reconstruye. Hay entre líneas una continua evocación, un espejismo que suscita ante el lector la realidad de las imágenes. Y hasta resulta excedida la realidad; la pasión de los dos escritores le comunica el estremecimiento de la fiebre del arte: prestan á la verdad algo de su emoción nerviosa. Los menores detalles aparecen animados como de un temblor interior. Las páginas se truecan en verdaderas criaturas, exuberantes de vida. De suerte que la ciencia de escribir se encuentra trastrocada: los novelistas usan pincel y cincel, cuando no tañen un instrumento. Ya el objetivo no es contar, no es exponer pensamientos ó hechos, unos en pos de otros, sino presentar al lector cada cosa con su dibujo, con su color, con su olor, con el conjunto completo de su existencia. De ahí una magia extraordinaria, una intensidad de reproducción más desconocida hasta el presente, un modo de describir que suscita el espectáculo mismo de las cosas y hace tocar con el



dedo todas las materialidades del relato. Parece como si se contemplase la pintura de la naturaleza, hecha por dos videntes, pintura de una naturaleza animada, exaltada, donde las piedras poseen sentimientos de seres vivos, y donde las personas prestan á los horizontes su tristeza ó su alegría. La obra entera viene á ser una especie de inmensa neurosis, que nos pone frente á la verdad misma, sentida y pintada por artistas aquejados de la enfermedad de su arte.

Para hacerme entender mejor, añadiré que los Goncourt no cuentan para nada con la imaginación de los lectores. Antes, un escritor indicaba, por ejemplo, que su héroe se paseaba al anochecer en un jardín, y el lector debía figurarse el jardín y la invasión del crepúsculo en la profundidad de sus espesuras. Los Goncourt presentan el jardín, y gozan de él, impregnados de su frescura á la caída de la tarde. Y no es su placer el que debían experimentar los antiguos poetas descriptivos alineando bellas y artísticas frases: no entra aquí por nada la retórica. Los novelistas se limitan á obedecer á esa fatalidad que no les permite abstraer un personaje de los objetos que lo rodean; lo ven en su medio, en el ambiente que respira, con el traje que viste, con la risa de su semblante, con el rayo de sol que recibe, sobre el fondo de verdor en que se destaca, con todas las circunstancias, en fin, que sirven de marco á su figura. En eso se cifra el arte nuevo: no se estudia ya á los hombres como simples curiosidades intelectuales, segregadas de la naturaleza ambiente; se cree, al contrario, que los hombres no existen solos, sino que dependen del suelo, y que el horizonte en que se mueven los completa y explica. Si los Goncourt, para volver á mi comparación, consignasen á secas que su héroe se pasea por un jardín, temerían seguramente



ser incompletos; son demasiado múltiples sus sensaciones para que acepten esa pobreza de exposición, y les quedaría el sentimiento de no haberlo dicho todo, de no haber llegado á expresar lo que experimentaron ellos mismos paseándose por un jardín al caer de una tarde templada. Ante todo sienten la necesidad de satisfacer al artista que alienta en su seno. Por eso indican en algunas frases la hora, las sombras prolongadas de los árboles, el perfume de las plantas; y su personaje es un hombre que anda realmente, y cuyas pisadas por la arena de los paseos dimos nosotros. Los lectores van recordando, ven evocada ante sí toda la escena, y no necesitan ya crear una decoración tras los actos del personaje. A este propósito he hecho yo una observación bastante curiosa. Los lectores que se quejan de la longitud de las descripciones son precisamente los de sentidos embotados y de imaginación perezosa; esos jamás sintieron nada, y son incapaces de reconstruir en su memoria los espectáculos á que han asistido; de ahí que juzguen mentirosos á los poetas. ¿Acaso tiene el crepúsculo esa dulzura melancólica? ¿Por ventura se encuentran retiros de sombra tan deliciosos en los ribazos de los ríos? Son ciegos que niegan los colores. Cuanto más nerviosa es la sensibilidad de un escritor, cuanto más privativa es su manera de sentir y traducir, tantos más riesgos corre de no ser comprendido. Para serlo, le hace falta encontrar temperamentos semejantes al suyo. La muchedumbre, acostumbrada á sensaciones mucho menos complejas, clama contra esa pintura como pura excentricidad y afectación. El escritor, con todo, ha obedecido espontáneamente las más de las veces al organismo nervioso que constituye su originalidad. Los Goncourt son de los escritores que juzga mal el público, porque en el público hay pocas personas que sientan como ellos.

Así, pues, lo que ante todo atrae mi atención en sus



obras es esa manera particular de sentir. Abre un mundo nuevo. Pero esa notación original de la vida demandaba una expresión original. Llego al estilo que han creado, y á que deben principalmente el gran puesto que ocupan en la literatura contemporánea. Su ideal no es la perfección de la frase. En estos momentos hay en Francia—se entiende entre los escritores de alto vuelo—tendencias á un purismo extraordinario. Se escribe en prosa con más dificultad que en verso; se busca la música de la frase; se esculpen los vocablos; y eso, en algunos jóvenes, imitadores de los maestros, degenera en una especie de locura reflexiva. Los Goncourt, por su parte, se ríen de repeticiones de palabras; hasta seis veces he encontrado yo la voz «pequeño» en una de sus páginas. Se preocupan poco de la eufonía, acumulan genitivos unos en pos de otros, y usan largas enumeraciones, lo cual produce un vaivén monótono. Pero su estilo tiene vida. Todos sus esfuerzos tienden á hacer de la frase como la imagen exacta é instantánea de su sensación. Traducir lo que sienten, y traducirlo con la vibración misma de la primera impresión, he ahí su objeto; y lo consiguen admirablemente.

No conozco en ninguna lengua un estilo más personal, una evocación más afortunada de las cosas y de los seres. A veces se les puede imputar sin duda un poco de amaneramiento; á fuerza de rebuscar continuamente la expresión nueva y precisa, no es extraño que alguna que otra frase salga retorcida y pierda la robustez de su salud. Pero ¡qué expresiones tan felices! ¡y con cuánta frecuencia tiene la frase el color del cielo de que habla, y el olor de la flor que nombra! Los Goncourt logran ese prodigio de reproducción mediante inversiones de giros, mediante la sustitución de nombres por adjetivos, mediante



procedimientos suyos, que son la marca inolvidable de su factura. Sólo sus frases poseen al presente esos arcanos en que persiste la impresión de los objetos. Pintan hasta las más fugitivas impresiones que recorren la piel; notan en dos plumadas los paisajes más complicados, la caída de un aguacero, una calle obstruída de transeuntes, el taller de un pintor lleno de chucherías hasta el techo. Cuanto ven se anima dentro de sus ojos y se impregna de su propia emoción. De ahí ese estilo vivo, que nos recrea como si hojeásemos un álbum, ese estilo animado por el calor que en sus miembros circula, y del cual puede decirse que es la lengua inventada para traducir un mundo de sensaciones recién descubiertas.

He ahí su nota capital. Tienen positivamente cualidades dramáticas de novelistas; sus obras están llenas de documentos humanos sacados de la realidad de la vida moderna; varias de sus creaciones revelan la mano de disectores poderosos. Pero en todo eso hay quien los iguala. En lo que nadie los supera, en lo que son maestros indiscutibles—lo repito otra vez—es en lo nervioso de la sensación y en la lengua que han creado para traducir las más ligeras impresiones, poniéndoles por primera vez una notación adecuada. Aunque derivan de sus antepasados, no se parecen á ninguno; no les deben más que ese ensanchamiento del arte que permite hoy intentarlo todo.

Son los novelistas artistas, los pintores de la verdad, los estilistas elegantes que descienden á lo degradado por amor al arte, los instrumentistas más notables en el grupo de los creadores de la novela naturalista contemporánea.



## II

## HISTORIA DE LOS GONCOURT.—¿CÓMO ESCRIBÍAN?

Hay que conocer su historia literaria para formarse una idea exacta de sus obras y del papel que representan.

Eran dos hermanos: el mayor, Edmundo; y Julio, el menor, con una diferencia de diez años de edad. Julio ha muerto; Edmundo es ahora anciano. Jamás se separaron hasta el terrible día en que abandonó el mundo el menor, llevándose consigo la mitad del mayor. Durante veinte años trabajaron en la misma mesa. Era una especie de colaboración natural, de que es imposible encontrar huellas en sus libros. El público los miraba como un sér único. No existía una sola línea firmada solamente por Edmundo ó por Julio. Siempre aparecían unidos, como si fuesen necesarios el uno al otro, como si hubiesen hecho de sus dos talentos un solo talento. La crítica se detenía respetuosa ante el secreto de esa colaboración; no trataba de discernir la parte correspondiente á cada hermano. Verdad es que la colaboración, al contrario de lo que á menudo sucede, no les hacía desmerecer en lo más mínimo. Las cualidades del escritor en dos personas se desenvolvían naturalmente, en el mismo sentido, sin ninguna confusión, como si hubiese presidido al trabajo una única voluntad. Desde la primera hasta la última línea que han escrito, se ve el mismo temperamento, la misma pasión; muchas obras que han pasado por un solo cerebro no tienen esa admirable unidad, esa originalidad impresa en cada página con un sello indeleble. El día en que llegó la muerte se llevó más que un hombre: hirió al otro en su talento y en su gloria.

Es una historia terrible. Los dos hermanos, huyendo



de los barrios populosos de París, donde los molestaba el ruido de la calle, acababan de refugiarse en Auteuil, en un hotelito encantador y silencioso, que se habían complacido en convertir en un retiro de felicidad y de trabajo. Sonreíales la fortuna, porque, aunque no eran muy ricos, disfrutaban de ese amplio desahogo que permite al artista seguir sus ensueños y trabajar á su hora, sin esperar el éxito pecuniario de un libro. Aquel hotelito era su locura. Habían empleado en él una buena parte de su capital, y lo embellecían de continuo, creándose de esta suerte el asilo tanto tiempo soñado, con un jardín que hermoseaban árboles corpulentos y rosales amarillos, de los cuales había uno soberbio, enroscado á la puerta del salón. Allí vivían á sus anchas, en piezas claras, llenas de objetos de arte, á dos pasos del bosque de Boulogne, en el umbral de París, como retirados de las primeras fiebres del oficio y preparados para dar á luz las obras maestras. Y allí, cuando apenas acababan de instalarse, cuando al fin satisfacían su deseo de rodear de silencio su mesa de trabajo, allí fué la muerte á interponer su sudario entre los dos. El golpe fué espantoso. A pesar de los años transcurridos, Edmundo lleva viva su herida á todas partes.

Entro ahora en las particularidades que explican, á mi ver, ciertos rasgos del talento de los Goncourt. Empezaron por demostrar tal sensibilidad para el mundo visible, para las formas y el color, que estuvieron á punto de ser pintores. Julio grababa al agua fuerte. Los dos dibujaban y hacían acuarelas. Como reliquias de esos primeros trabajos conservaron la preocupación de la pincelada exacta, la finura y viveza de los trazos, el conjunto técnico de los tonos y de su valor. Más adelante, cuando tenían que hacer una descripción capital, iban á tomar



una vista del horizonte, y volvían á su gabinete con una acuarela, como otros con una serie de notas manuscritas. Se concibe toda la fidelidad que les permitía semejante procedimiento. Así se descubre en cada página el toque vivo y sentido, el croquis del artista. Y no son pintores en el sentido completo de la palabra, con las exigencias algo embarazosas que implica, sino grabadores cuyo buril permanece libre, acuarelistas que se contentan con dos ó tres tonos puestos desenfadadamente para dar vida á un paisaje ó á una figura.

Otro rasgo característico. Los Goncourt, antes de consagrarse á la novela, escudriñaron en todos sentidos el siglo XVIII. Analogías de temperamento y como un sentimiento vago de no haber nacido cien años antes convertían su atención hacia aquella época de elegancia, de gracia desenvuelta y de producción extraordinaria. Han publicado estudios históricos, de la factura más original y del más vivo interés, con estos títulos, entre otros: *La mujer del siglo XVIII*, *Retratos íntimos del siglo XVIII*, *Las queridas de Luis XV*, *Historia de María Antonieta*, *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución*, *Historia de la sociedad francesa durante el Directorio*. No pienso juzgarlos más que como novelistas, y me limito á consignar simplemente esos grandes trabajos, esos años que vivieron con la preocupación del siglo último. Al propio tiempo estudiaban los artistas de aquella época, los maestros Watteau, Prudhon, Greuze, Chardin, Fragonard. De esa prolongada intimidad con un mundo extinguido ha conservado algo su arte de escritores: un exquisito sabor, una manera de decir viva y un poco retorcida, una distinción constante hasta en los cuadros atrevidos de las miserias parisienses. Hay que buscar sus raíces en ese siglo XVIII, objeto de su amor;



descienden de él, son hijos suyos. No se espere en ellos nada de clásico; son de pura tradición francesa. Aprendieron á leer en Diderot. Los veréis desplegar todo su talento hablando de las faldas abotelladas de la época, de las faldas de raso que se quiebran, en vez de plegarse, con mil reflejos, de aquellas faldas perfumadas y animadas por el contoneo de las caderas. Añádase á esto que, á fuer de observadores, ven el mundo moderno, y se interesan por él como curiosos que se saben de memoria las calles, que conocen hasta el fango negruzco de los arroyos, y tendréis la música de sus libros, esa música tan delicada sobre temas tan brutales. Se han fabricado un estilo con los restos del siglo xviii; para traducir el caos de las ideas contemporáneas, la desnudez de nuestra sociedad, la vida de París agitada, ardiente, toda ruido y toda ligereza, no encontraron nada más á propósito que beber en la fuente francesa por excelencia, en el siglo en que el genio de la nación estaba de parto.

En fin—y éste es el último rasgo:—los Goncourt son coleccionistas. Cuando estudiaban el siglo xviii, reunieron documentos de todas clases: no les bastaba ver; querían poseer, atacados de esa pasión por las antiguallas, que es como una de las formas del arte; y compraban tapices, porcelanas y, sobre todo, dibujos. Su colección de dibujos es una de las más completas que existen. Sin embargo, adolecían también de los hábitos vagabundos de los coleccionistas. Andaban rondando días enteros, y escudriñando los almacenes de los revendedores, hasta que se enamoraban de algún grabado que completaba su colección. No se hace impunemente semejante oficio. Queda en el cerebro la curiosidad de un cambalachero, la afición á los cachivaches; y eso se insinúa luego en la concepción y en el estilo de una obra. Los Goncourt con-



fiesan acá y allá su pasión; tienen descripciones que rebosan ternura por montones de vejeces; y todavía va más lejos la cosa: ese cariño á las antiguallas se ve hasta en la pintura de los objetos y de los hechos modernos; lo patentiza el carácter pintoresco de la frase, un giro particular que delata el rebuscamiento del pormenor minucioso. No son éstas críticas, sino explicaciones. Creo útil penetrar en todas las fuentes de ese estilo que ha puesto á los Goncourt á la cabeza de nuestros escritores.

Publicaron su primera novela hacia 1860. En una docena de años escribieron seis. La actitud del público respecto de esas obras encierra las más amargas enseñanzas. Yo no conozco un ejemplo más desanimador de la completa indiferencia de la multitud por las obras de arte. Y adviértase que los Goncourt no eran unos desconocidos. Sus personas despertaban grandes simpatías. La crítica se ocupaba mucho de ellos, y hasta llegaron á hacer gran ruido algunas de sus novelas; pero después esas novelas dejaban fríos á los lectores. En diez años no se han vendido más que dos ediciones de su *Germinia Lacerteux*, que es la que más ruido ha hecho de sus obras. Los lectores no la comprendían; los aburrían aquellas páginas tan estudiadas y animadas de una vida tan intensa, pero que pugnaban con todos sus hábitos. Además, andaba de por medio un argumento poderosísimo: eran libros inmorales, que no debían leer las personas honradas. Los hermanos, á la verdad, no hacían nada por atraer al público; no lisonjeaban sus gustos; le servían bebidas amargas, muy desagradables después de las dulzuras de los libros de éxito; de modo que, bien consideradas todas las cosas, no era extraño que la gran masa del público permaneciese alejada. Pero los artistas tienen nervios de mujer; aun en los casos en que no hacen



nada por agradar, sueñan con ser queridos, y son muy desgraciados, si no los quieren. Los Goncourt han debido sufrir mucho, como otros contemporáneos suyos á quienes no quiero nombrar. Al más joven, á Julio, lo mató la indiferencia de la multitud. La falta de éxito de la última novela, *Madame Gervaisais*, le infirió en el corazón una herida incurable. ¡Ah, qué miseria! ¡ser superior, y sucumbir al desdén de abajo! ¡renegar de la sandez, y no poder vivir sin el aplauso de los necios!

En la carrera literaria de los Goncourt hay un episodio muy instructivo. Escribieron el drama en tres actos *Enriqueta Maréchal*, de un corte personal y nuevo. Era el amor de la mujer de cuarenta años, la pasión de última hora de una mujer por un joven, ese deshielo repentino que sobreviene á veces en las madres de familia, en las mujeres virtuosas, que conservan algún repliegue del corazón no satisfecho nunca. Madame Maréchal tiene una hija, Enriqueta, que presencia, rígida y muda, la pasión de su madre. Al fin el marido lo sabe todo; pero, al entrar en un salón donde cree que hay un hombre oculto, Enriqueta, que es quien está allí, cae de rodillas en medio de la obscuridad, y recibe en el pecho el tiro que dispara su padre á boca de jarro. La gran originalidad de esta obra estaba principalmente en el primer acto, cuya decoración representaba el pasillo de los palcos bajos de la Opera en una noche de baile de máscaras. Los Goncourt habían desplegado en el diálogo y en los episodios su delicado sentido de la faz pintoresca del mundo moderno, el ingenio y donaire de París, aguzados por su temperamento de artistas. La obra recorrió dos ó tres teatros; asustaba á los directores. Por fin, los autores tuvieron la suerte de ver admitido su drama en la Comedia Francesa. Entre el público corrieron rumores de que las puertas



del teatro habían cedido á una alta protección, la de la princesa Matilde. Y he aquí que el día del estreno, á las primeras palabras pronunciadas por los actores, se desencadenó la conjuración más borrascosa que se ha visto hace tiempo; se llegó á silbar antes de alzarse el telón. La juventud de las Escuelas silbaba á los protegidos de la prima del emperador. Añadiré que el primer acto escandalizó á los concurrentes antiguos de la Comedia Francesa. ¡Máscaras y jerga en la casa de Racine y de Corneille! ¡sacrilegio! *Enriqueta Maréchal*, suspendida por orden superior, no tuvo más que algunas representaciones, verdaderas batallas que ocuparon á todo París. Y véase lo que son las cosas: entonces fué cuando se extendió de repente por la gran masa del público el nombre de los Goncourt, sólo conocido hasta allí de un número restringido de admiradores. Los hizo célebres un desastre ruidoso. Del drama impreso se vendió mayor número de ejemplares que de cualquiera de sus novelas. Desde aquel instante fueron, y aún siguen siendo para muchos, los autores de *Enriqueta Maréchal*. ¿No es una ironía cruel, y que pone de manifiesto la miseria de que se forja la popularidad? Hace falta que os deslomen para que el pueblo vuelva la vista y se interese.

Antes de analizar las novelas de los Goncourt, quisiera decir discretamente cuatro palabras acerca de su colaboración. No se trata de discernir la parte correspondiente á cada uno, cosa que yo miraría como una mala acción. Pero, desde el punto de vista del oficio, es interesante conocer cuál ha sido su modo de trabajar en común. Se aislaban, absorbiéndose en un asunto durante mucho tiempo, y acumulaban considerable número de notas, tomándolo todo del natural, y penetrándose del medio en que debían desarrollarse los episodios. Luego



hablaban del plan, proyectaban juntos las grandes escenas, y ponían así los jalones de toda la obra. Finalmente, al llegar á la redacción, á esa ejecución que ya no admite el debate oral, se sentaban los dos á la misma mesa, después de haber preparado por última vez el fragmento que pensaban escribir durante el día; y allí cada uno redactaba el fragmento por su parte, de modo que escribían dos versiones según su manera personal de ver. Leídas que eran las dos versiones, se fundían luego en una sola, conservando las cosas más felices, los hallazgos de cada uno de los dos; eran los tributos de dos espíritus libres, lo mejor de ellos mismos, entresacado como la flor y nata, y consolidado en un todo. Así se explica la constante unidad de sus obras; esas obras llevaban su sangre, pero mezclada en el manantial de la vida. No había escrito tal página el uno, cuál el otro. Todas las páginas eran de los dos. Agréguese este fenómeno inevitable: á la larga, en medio de esa comunidad continua de producción, los dos cerebros acabaron por pensar y expresarse de la misma manera; casi siempre se les ocurría á la vez la misma idea, la misma imagen. Toda la cuestión se reducía ya á elegir los matices. Tan lejos iba esa fraternidad de producción que hasta en la letra se parecían. Conmovedora absorción de dos seres, maridaje íntimo de inteligencias, caso extraordinario de talento doble, que será positivamente único en la historia literaria. No son más que uno; hay que hablar de ellos como se hablaría en singular de un gran escritor.



## III

«SOR FILOMENA».—«CARLOS DEMAILLY».—«RENATA MAUPERIN».—ALGO ACERCA DE «GERMINIA LACERTEUX»

Las dos primeras novelas que publicaron los Goncourt fueron *Sor Filomena* y *Carlos Demailly*. Pasaré rápidamente por estas dos obras, que revelan ya todas las cualidades de los autores, pero en forma de ensayo y con mucha menos intensidad que las obras siguientes.

*Sor Filomena* es un estudio de hospital y de anfiteatro. El drama podría exponerse en diez líneas. Un practicante, Barnier, se enamora de una religiosa, Sor Filomena; y un día, llevado de un arretrato brutal, la coge entre sus brazos y la besa; después, viendo el mudo menosprecio y la cólera altiva de la hermana, se embriaga con ajeno, y acaba por hacerse voluntariamente un pinchazo anatómico, que le produce la muerte. En la última página vemos á Sor Filomena deslizarse al aposento de Barnier y robar un mechón de pelo que acaban de cortar de la cabeza del muerto para enviarlo á su madre. Las grandes cualidades de este libro están ya en su decoración maravillosa, en aquellas salas de hospital pintadas con el estremecimiento de horror que las recorre. Pero las mejores páginas son las del capítulo en que se estudia la infancia de Sor Filomena; hay allí sobre todo una amistad de colegio, y una exaltación religiosa de las dos amigas, de una delicadeza de observación y de una energía de colorido extraordinarias. Todo ese capítulo está impregnado de infancia; y si más tarde Sor Filomena, cuando es mujer y ha pronunciado los votos, se sustrae



fatalmente al análisis de los autores, en dicho capítulo dominaron íntegramente el personaje, asistiendo al despertar de su sensibilidad y al surgir de la religión como un gran amor para su alma.

*Carlos Demailly* es una sátira, el estudio vengativo de la prensa menuda de Francia hacia 1855. Los Goncourt han querido mostrar por dentro los bastidores de un periodiquillo, con sus vergüenzas, su cinismo, sus miserias y su ingenio. Han pintado seis ó siete retratos de redactores del *Escándalo*, título inventado bajo el cual podría adivinarse el de un periódico que después de ese tiempo ha tenido gran fortuna. Esos retratos están algo recargados quizá de tintas sombrías. En cuanto al drama, es aquí también de lo más sencillo. El mejor de la pandilla, Carlos Demailly, uno de esos que tienen un libro en la cabeza, comete la tontería de enamorarse de una actriz, y de casarse con ella. Marta, tipo de fría maldad, de estolidez y de egoísmo, en que los dos hermanos acumulan todas sus amarguras de célibes contra la mujer, inflige á su marido un tormento abominable: lo engaña, lo embrutece, concluye por hacer silbar una de sus obras, y, bajo el influjo de una enfermedad cerebral, lo convierte en una especie de bestia que olvida hasta el lenguaje. No hay que decir que, como siempre, descuellan las mismas cualidades de estilo; y aun aquí el diálogo adquiere esa flexibilidad, esa espontaneidad y ese aire de vida que más adelante hará parecer un diálogo de los Goncourt un fragmento de una conversación verdadera. Hasta el presente nadie ha sorprendido como ellos el sesgo de la frase hablada. Hago algunas reservas por lo que toca al fondo mismo de la novela. Los periodistas no tienen tanto ingenio como ellos les atribuyen. Además parece que no han visto sino de lejos el medio de que hablan. En mi



sentir, no hay la bastante solidez y la bastante imparcialidad en ese estudio de un mundo que sólo el vulgo de las gentes se figura todavía como un mundo satánico y espe-luznante.

Llego á la tercera novela de los Goncourt, á *Renata Mauperin*, que es la más novela de sus novelas; quiero decir que se trata de una historia bastante complicada y de caracteres estudiados con un gran conocimiento del medio y de la época. Para muchas personas, para aquellas á quienes asusta un poco la personalidad artística, y que prefieren la desnudez del análisis, *Renata Mauperin* es la obra maestra de los Goncourt. La intención de los autores ha sido pintar una faz de la burguesía contemporánea. Su heroína, Renata, la figura más saliente, es una muchacha singular, medio hombruna, educada en la casta ignorancia de las vírgenes, pero que ha adivinado la vida; una niña mimada por su padre, alma de artista, temperamento nervioso y exquisito, nacida en el estercolero de una civilización adelantada; la chicuela más adorable que cabe imaginar, una chiquilla que habla en jerigonza, que pinta y declama, despierta á todas las curiosidades, y con una altivez, con una lealtad y honradez de hombre. Tiene un hermano, que es igualmente una maravilla de verdad: el joven serio, el tipo de la ambición correcta, tal y como lo han modelado las costumbres del parlamentarismo; un mozo de agallas que se acuesta con las madres para casarse con las hijas. Luego viene toda la galería de burgueses de ambos sexos, pintados de una plumada, sin caricatura, con una finura de toque encantadora: son los hijos de 1830, los revolucionarios enriquecidos y satisfechos, convertidos en conservadores, sin guardar de sus odios más que el odio á los jesuitas y á los curas. Algunos capítulos son de un efecto



cómico de la mejor ley, son sátiras sin violencia ninguna, muy verdaderas. En la segunda parte de la obra viene el drama. El hermano de Renata toma un título nobiliario para facilitar su matrimonio. Pero queda un noble de ese nombre; y, advertido por Renata, provoca al joven y le da muerte. Ella, espantada de lo que ha hecho, muere lentamente de una afección del corazón; es una agonía desgarradora que dura cerca de un tercio del volumen; jamás se ha estudiado la aproximación de la muerte con una paciencia más dolorosa, y allí recurren los novelistas á todo el arte de su estilo y á sus más afortunadas expresiones para pintar hasta los estremecimientos más fugitivos de la dolencia. No conozco nada más conmovedor ni más terrible.

Pero yo, por mi parte, prefiero á *Germinia Lacerteux* entre las novelas de los Goncourt. Es donde han dado la nota más aguda y personal; y entiendo que, en el contingente de un escritor, hay que poner siempre por cima de todas sus obras la más intensa, aparte las cuestiones de perfección y de equilibrio. Esa es la que contiene todo el escritor, y merece vivir. Los Goncourt han realizado tal obra maestra en *Germinia Lacerteux*. Es la historia de una criada, de la criada de una solterona. No puedo entrar desgraciadamente en el análisis de ese drama de una carne y de un corazón. Los hechos son aquí puramente fisiológicos; el interés no está en los incidentes, sino en el análisis del temperamento de esa muchacha, de su caída, de sus luchas, de su agonía; y habría que ir notando una á una las fases por que pasa su sér. Germinia ama á un muchacho obrero, Jupillon, un niño casi, uno de esos obreros de París nacidos en el seno del vicio. Por él, por conservarlo y comprarlo, llega hasta robar á su señora. Es una lenta dégradación moral que la hunde en



la disolución cuando su amante la abandona. Necesita ella del amor como cualquiera del pan que come. Hay páginas de una audacia cruel. Al fin, una noche Germinia aguanta una lluvia de invierno para volver á ver á Jupillon en la mesa de una taberna, y muere á consecuencia de esa última estación de su calvario.

Cuando apareció la novela, produjo un escándalo enorme. Se la declaró inmunda; la crítica se armó de tenazas para volver las hojas. Por lo demás, nadie acertó con la palabra exacta. En nuestra literatura contemporánea, *Germinia Lacerteux* es una fecha. El libro da entrada al pueblo en la novela; por primera vez aparecen el héroe de gorra y la protagonista de delantal, estudiados por escritores de observación y de estilo. Amén de esto, lo repito, no se trata de una historia más ó menos interesante, sino de una verdadera lección de anatomía moral y física. El novelista tiende una mujer sobre la mesa del anfiteatro, la primera que encuentra, la muchacha que atraviesa la calle con su mandil; la disecciona pacientemente, pone al descubierto todos los músculos, pone en juego los nervios, investiga las causas y manifiesta los efectos, y es suficiente para exponer todo un lado ensangrentado de la humanidad. El lector siente subir los sollozos á su garganta. Aquella disección es un espectáculo punzante, henchido de alta moralidad. Las gentes honradas que han arrojado tanto lodo á Germinia no han comprendido la lección. Dése á Germinia un buen marido que la quiera, tenga hijos, sáquesela de aquella atmósfera de vicios que subleva su delicadeza, véanse satisfechas sus legítimas necesidades, y Germinia será una muchacha honrada, y no se irá á rondar como una loba por las afueras para saltar al cuello de los hombres que pasan.



## IV

## «MANETTE SALOMON».—«MADAME GERVAISAIS »

Una de las tendencias de los novelistas naturalistas es romper y ensanchar el marco de la novela. Quieren salir del cuento, de la eterna historia, de la eterna intriga, que pasea á los personajes al través de las mismas peripecias, para matarlos ó casarlos en el desenlace. Aguijoneados por el deseo de originalidad, rechazan esa trivialidad del relato por el relato, harta de correr por todas partes. Miran esa fórmula como un entretenimiento de niños y de mujeres. Lo que buscan simplemente son páginas de estudios, procesos humanos, algo más alto y más grande, cuyo interés se cifre en la exactitud de las pinturas y en la novedad de los documentos.

Ningún escritor ha trabajado más que los Goncourt por emancipar la novela de todas las trabas del lugar común y del interés nimio. En sus dos últimos libros, sobre todo en *Manette Salomon* y *Madame Gervaisais*, no se han preocupado ya para nada de las ideas corrientes sobre la forma y la marcha de las obras de imaginación. Han obedecido á su poética personal, con un desdén creciente de la aprobación del lector, y sin parecer volver la cabeza siquiera para ver si el público los seguía.

*Manette Salomon* es un estudio libre sobre el arte y los artistas contemporáneos. Los autores se han circunscrito á agrupar los tipos de pintores con quienes se han codeado: Coriolis, su pintor querido, un mocetón rico, distinguido, enamorado del Oriente, y cuya pintura cristalina y de vivos cambiantes tiene las cualidades de su



propio estilo; Anatole, el bohemio, su niño mimado, una figura digna de perpetuarse, del aventurero desocupado, que se acuesta donde le brindan sus amistades, que hospeda á los desconocidos que pasan, que saborea todas las aventuras, que se mece en medio de todos los sueños y de todos los escepticismos y que va á dar con sus huesos en un empleillo del Jardín de plantas, donde su afición á los animales le depara una vejez feliz; Garnotelle, el pensionado de Roma, el pintor correcto y adocenado, que triunfa sin talento á favor de una habilidad ladina de negociante en vinos; y otros tipos más, como Chassagnol, feroz sobre el capítulo de la estética, el hablador sempiterno de las lecherías y cervecerías, el hombre que se cuelga á las gentes, á quienes echa el gancho para explicarles á Rafael y Rembrandt, y que lleva las cosas hasta el punto de acostarse con ellos y seguir hablando después de apagada la luz; el matrimonio Crescent, compuesto de una mujer consagrada por entero á sus gansos y á sus patos, y de un marido, gran pintor retirado al campo, una especie de solitario y de patriarca del arte, con otros diez tipos cuya enumeración sería harto prolija, y que convierten la obra en una galería de retratos sacados del natural. Los autores no han tratado de urdir la menor intriga con todos esos personajes; no se han propuesto sino pintar en capítulos cortos, cada uno de los cuales es como un cuadro separado, la vida de los artistas, las escenas que en esa vida se suceden, apenas unidas por un tenue hilo: el taller, con sus cómicos lances, con sus talentos balbucientes, con su pueblo de alumnos; el concurso al gran premio de Roma, y la llegada de Garnotelle á la *villa* Médicis; un viaje de Coriolis á Oriente; las correrías bagabundas de Anatole; los días de perros que pasa, los oficios que hace, aquella existencia estupenda



del pinta-monas sin un céntimo azotando las calles de París; descripciones de taller de una exactitud y riqueza prodigiosas; el salón anual, el éxito de Coriolis y los desquites de la crítica; una temporada en el bosque de Fontainebleau, en Barbison, esa Tebaida del arte parisiense, y otras mil escenas, como la sala de ventas, la plástica de la mujer, los sitios pintorescos de París y su contorno, la batalla de las teorías artísticas, la amistad caprichosa de un mono y un cochino, borracheras de Carnaval, bailes y comilonas, la existencia de los personajes abandonados al curso de la vida real, la sucesión de los hechos á la ventura. Tal es la obra: el diario fiel de varias vidas de artistas. Sólo que ese diario está redactado por pintores maestros que animan cuanto tocan. Esa novela sin acción es la más interesante de las novelas.

A pesar de todo, los Goncourt no han osado emanciparse completamente de la fórmula novelesca. Han conservado una protagonista, Manette Salomon, una judía, un modelo de taller, por quien concibe Coriolis una pasión nerviosa y celosa. Manette se apodera poco á poco del joven; tiene hijos de él; le impone su familia; lo malquista con sus amigos; lo conquista hasta casarse con él, y entonces lo arrastra por la vida, empequeñecido, dominado, sin talento. Es la misma tesis de *Carlos Damailly*: la mujer matando al artista. No la discutiré; me parece absolutamente falsa, desde el punto y hora en que parece querer atribuírsele un carácter general. Aparte de esto, los novelistas han estudiado á Manette con una penetración extraordinaria. Quedará como una de sus mejores figuras.

Con *Madame Gervaisais* todavía se simplifica más el cuadro de la novela. Ya no se trata siquiera de una galería de retratos, de una numerosa y variada serie de tipos



que se completan unos á otros, que se encuentran y llegan á producir el hormigueo de una multitud. Esta vez es una figura de cuerpo entero, la página de una vida humana y nada más. No hay personajes en el mismo término, ni en segundo, sino el perfil apenas de un niño, que es como la sombra de una madre; y para eso el niño es casi un animal, una pobre criatura de inteligencia tardía, cuya lengua anda enredada todavía en los primeros ceceos. No hay ya novela propiamente dicha, sino un estudio de mujer, de cierto temperamento, colocado en cierto medio. Aquello tiene la libertad y la sencillez de una investigación científica redactada por un artista. Queda rota la última fórmula; el novelista toma el primer episodio con que tropieza en una vida; lo cuenta; extrae toda su realidad y todo el arte que ve en él, y no cree deber nada más al lector. Ya no es necesario atar, desatar, complicar, vaciar el asunto en el molde antiguo; basta un hecho, basta un personaje, que se diseña, en quien se encarna algo de la humanidad que sufre, y cuyo análisis aporta un nuevo tributo de verdad.

La protagonista, ó más bien el asunto de los Goncourt, es una mujer de gran mérito, Madame Gervaisais, mal casada, que se ha refugiado en el trabajo. Tiene la cultura de un hombre: es helenista, latinista, entendida en todo, y por remate, alma de artista, hecha para la pasión de lo bello. Ha ido tan lejos, que ha pasado por Locke y Condillac para reposar después en la filosofía viril de Reil y de Dugald-Stewart. Desde hace mucho tiempo ha sacudido la fe católica como un fruto demasiado maduro. Entonces es cuando la necesidad de cuidar su salud la lleva á Roma con su hijo, Pedro Carlos, esa querida criatura de una belleza de ángel y de una existencia instintiva de bestia. Allí consagra los primeros meses á la antigüedad,



á Roma, á su historia, á todas las emociones con que aquel horizonte brinda á su espíritu culto y á su corazón de poeta. Descansa y ama á su hijo, no ve á nadie, salvo á duras penas algunas figuras que pasan. Después empieza el drama. Madame Gervaisais se baña en aquel perfume católico, en aquel olor de Roma que despide una especie de epidemia religiosa. Poco á poco se penetra de él. Hay en su seno una mujer que ella no conocía, la mujer nerviosa, á quien no ha satisfecho el matrimonio. Y se inclina al éxtasis y al misticismo. Al principio no es más que una sensación carnal somera, hija de la pompa de las ceremonias. Después se ve atacada la inteligencia, la razón zozobra bajo las prácticas, bajo la regla impuesta. Madame Gervaisais torna el camino de la fe; va de un director tolerante á un director severo; olvida el mundo; descende más cada día, hasta dejar de ser mujer y madre. Se entrega por entero; y ella, tan elegante y tan apasionada por Pedro Carlos en otras épocas, vive en el mayor abandono y rechaza á su hijo: aniquilamiento atroz, miedo de la luz, crisis de la carne y del espíritu, que no deja subsistente nada de lo que fué aquella mujer.

He ahí la obra. Los Goncourt han estudiado con un arte infinito las lentas gradaciones del contagio religioso. Roma les proporcionaba una espléndida decoración. La cultura de su heroína les permitía pintar la Roma de la antigüedad, y la devoción de la misma protagonista les daba la Roma de los Papas. En el desenlace han tenido lo que yo llamaré una debilidad. Queriendo concluir, han preparado una escena dramática que despoja algo á la novela del carácter de un estudio, libre de toda fórmula. Madame Gervaisais está muy enferma del pecho. Se muere, poseída del egoísmo feroz de su fe. Su hermano, un teniente, acude desde Argelia; y la decide á huir de Ro-



ma; pero, antes de marchar, ha de permitirle recibir la bendición del Papa; y allí, en el Vaticano mismo, no bien se presenta á sus ojos el Santo Padre, muere Madame Gervaisais como herida del rayo, y Pedro Carlos logra al fin el uso de la palabra con el grito desgarrador de ¡madre mía! Es muy bello; pero esa muerte violenta, aunque lógica en la obra, desentona un poco como verdad. Si Madame Gervaisais muriese en su cama tranquilamente, devota, rígida y apergaminada, hubiese sido completa la originalidad de la obra. El efecto perdía, pero la realidad ganaba.

*Madame Gervaisais* no tuvo éxito.

Esa desnudez del libro, esos continuos cuadros, ese análisis científico de un alma, desconcertaron al público acostumbrado á otras historias. No había en esa obra ni la menor palabra que hiciese reír, ni peripecias vulgares, ni golpes teatrales; y por remate de cuentas estaba escrita en una lengua extraña llena de neologismos, de giros inventados, de frases complicadas destinadas á traducir sensaciones que sólo pueden experimentar artistas. Los Goncourt se encontraban aislados, allá en las alturas, sin ser comprendidos más que de un corto número, al ostentarse en la plenitud de su personalidad y de su talento.

## V

### RESUMEN

Necesito concluir. El juicio puede ser completo y definitivo, porque es lo mismo que si recayese sobre un novelista muerto. El día en que Edmundo de Goncourt ha publicado una obra firmada con su sólo nombre, ha sido



menester estudiarlo y juzgarlo aparte. Las seis novelas de que acabo de hablar, componen, pues, un conjunto sobre el cual está llamada á pronunciarse la crítica con la competencia y la justicia de la posteridad.

Para mí, constituyen los Goncourt en nuestra literatura un caso artístico soberbio, uno de esos fenómenos cerebrales, que, en el orden patológico, son la maravilla de los grandes médicos. En medio del afán anhelante de todo el mundo por la conquista de la originalidad, después de los ilustres novelistas de 1830 que parecían haber dejado vacío el campo á sus sucesores, ellos, sin más que abandonarse á su temperamento, sin más que obedecer á su naturaleza, han sabido ver de otro modo que los demás é inventar su lengua propia, han brotado al lado de Balzac, de Stendhal y de Hugo como extrañas y exquisitas flores de una civilización adelantada. Son personalidades excepcionales, escritores que deben colocarse aparte, como nota aguda de una historia literaria que resume lo más saliente y excesivo del arte de una época. Si la multitud no llega á arrodillarse jamás delante de ellos, tendrán una capilla de un lujo precioso, una capilla bizantina con oro fino é interesantes pinturas, adonde irán á cumplir sus devociones las almas refinadas.

Yo hubiese querido citar extractos de sus obras para mostrar á qué grado de vibración nerviosa elevaron la lengua. La han convertido en un instrumento de música, en una persona viva cuyos movimientos vemos, cuyo aliento sentimos. La lengua se ha hecho, como ellos, extraordinariamente sensible á las menores impresiones: sonrío á la vista de un color, se enajena al oír ciertos sonidos, y vibra siempre al menor soplo de aire. Y han puesto también en circulación toda clase de formas nuevas, de giros desconocidos antes, de frases verdaderas y



sentidas que necesitan madurar para ser aceptadas. Con esto hago de ellos el mayor elogio que se puede dirigir á escritores; sólo los poderosos enriquecen el diccionario.

Varios novelistas—hablo de los más jóvenes que ellos—encantados de ese estilo personal, impresionados como por una sinfonía, les han copiado palabras y maneras de sentir. Se ha formado un grupo. Pero es preciso que la imitación no pase de lo que llamaré la retórica nueva. Los Goncourt serían empequeñecidos por sus discípulos, si continuasen teniéndolos. Yo los prefiero en su dorada y pintada capilla como ídolos del arte, llovidos del cielo una mañana. Llevada demasiado lejos por gentes nuevas propensas á extremarla, su manera degeneraría en el ornato nimio, en una orgía de artísticas cinceladuras que ahogaría las ideas y los hechos. Ellos mismos, en *Madame Gervaisais*, han llegado á veces á esterilizar los documentos humanos recogidos por su clara y penetrante observación.

Quiero terminar con una idea consoladora. Ese público, tan poco sensible á las delicadezas de la forma, tiene reacciones que parecen actos de justicia. Las obras de los dos hermanos han dormido durante años, sólo conocidas de un número reducido de admiradores. La prensa las había tratado siempre con una dureza irritante. Y de repente, sin saberse por qué, en estos últimos tiempos los periódicos empezaron á elogiar esas mismas obras con ocasión de las nuevas ediciones que han aparecido. Vinieron los compradores, se apasionaron, fué creciendo su número. Es la hora de la gloria, que surge al fin sobre la tumba del hermano muerto, cuando ya sólo queda el hermano solitario.



## VI

## EL TEATRO

El *Teatro* completo de Edmundo y Julio de Goncourt no contiene más que dos obras: *Enriqueta Maréchal* y la *Patria en peligro*.

Ya he manifestado mi asombro por no ver reaparecer *Enriqueta Maréchal* en la Comedia Francesa. Esa obra, que no se escuchó, y que, por consiguiente, no es conocida, constituiría una alta curiosidad literaria. Considérese los años que han pasado desde que la mató con su gritería una gavilla de imbéciles. ¿No ha llegado el momento de juzgar la obra sin pasión, hoy que los Goncourt han salido triunfantes de su larga lucha y se impone su gran talento? Tarde ó temprano volverá á representarse, porque es una cuestión de justicia. ¿A qué, pues, aguardar más? M. Perrín y los socios de la Comedia Francesa se honrarían, facilitando inmediatamente la revisión de un proceso, que no deja de ser en cierto modo su propia causa. Y mi opinión es que *Enriqueta Maréchal* no debe reaparecer en ninguna otra parte más que en la Comedia Francesa. Allí la asesinaron, y allí, en las mismas tablas, en idénticas condiciones de existencia, debe resucitar.

En cuanto á la *Patria en peligro*, que la Comedia Francesa rechazó en otro tiempo bajo el título de *Blanca de la Roche-Dragón*, no se ha representado en ninguna parte, y también expresé mi gran sorpresa sobre el particular. Cuando tantos directores aventuran cuantiosas sumas por dramas absurdos, es verdaderamente asom-



broso que no haya habido un hombre de arranque para ofrecer en cualquier escena el único ensayo algo serio de drama histórico. Pongamos que la obra diese medianos ingresos; á muchas les pasa lo mismo, y ésta, al menos, habría tenido la ventaja de despertar un vivo interés literario. Ya es algo para un director la honra de buscar el éxito con obras originales. Seguramente la *Patria en peligro* ha de representarse algún día; eso no ofrece duda. Digo, por tanto, lo que de *Enriqueta Maréchal*: ¿á qué esperar?

No volveré sobre estos dos dramas. Edmundo de Goncourt ha escrito al frente de su *Teatro* un largo prefacio, que constituye hoy, á mis ojos, el gran interés del volumen. Séame, pues, permitido detenerme en él especialmente.

Lo que me llama la atención ante todo es lo mucho que ha preocupado el teatro á los Goncourt. No se los conoce más que como historiadores y novelistas; muchas personas se figuran que *Enriqueta Maréchal* fué una especie de aventura en su vida literaria, que una mañana se levantaron con humor de escribir para la escena, y lo hicieron por capricho, sin volver á acordarse de tal cosa á la noche. Pues bien: lejos de eso, el prólogo en que me ocupo prueba que el teatro debió ser una de sus constantes preocupaciones, que porfiaron con ahinco en la empresa, que soñaban todo un vasto conjunto de obras.

No menos de siete ensayos cita Edmundo de Goncourt antes de *Enriqueta Maréchal* y la *Patria en peligro*. He aquí la curiosa lista de esas obras desconocidas. Por el pronto los autores se estrenan en la literatura con un *Vaudeville: Sin título*, rechazado por el Palais-Royal, y de donde parece que un autor más hábil sacó después el *Bourreau des crânes*. Luego viene otro *Vaudeville* en



tres actos: *Abu-Hassan*, rechazado también en el Palais-Royal. Después siguen: una revista de fin de año en un acto, la *Noche de San Silvestre*, rechazada por la Comedia Francesa; una pieza en un acto, que no admitió el Gimnasio, y de cuyo asunto no se acuerda sino vagamente el mismo Goncourt; una farsa, *Mam'selle Zirzabelle*; otra pieza en un acto, *Increibles y Maravillosas*, rechazada por la Comedia Francesa, y, finalmente, los *Hombres de letras*, en cuatro actos, que no admitió el Vaudeville.

Se ve que había buena cantidad de labor, y que *Enriquetta Maréchal* no se produjo en un día, ni fué obra del capricho. A no sobrevenir la muerte de Julio de Goncourt, es indudable que los dos hermanos hubiesen continuado luchando en la escena, como han luchado en la novela. Era éste un punto poco conocido de su campaña literaria, y sería interesante estudiar sus trabajos dramáticos si hubiese á la vista documentos suficientes.

Pero lleguemos á las ideas que profesa sobre el teatro Edmundo de Goncourt. Él pretende que son diametralmente opuestas á las mías. No es exacto. Son idénticas, con la sola diferencia de que Goncourt, después de razonar como yo, concluye profetizando la muerte próxima del teatro, mientras que yo creo en su próxima resurrección.

Para que se me entienda, citaré pasajes del prólogo de Goncourt. He aquí una primera declaración: «En la novela, lo confieso, soy realista convencido; pero en el teatro, ni remotamente.» Y á poco viene esta profesión formal de fe: «Estábamos tan lejos de entrever el teatro de la realidad, que todas las obras que queríamos escribir se reducían á fantasmagorías y bufonadas satíricas. Soñábamos una serie de comedias violentas é inmensas

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DE N.º BARCELONA



semejantes á frescos de maestros, y escritas á la manera de Aristófanes, para fustigar á toda una sociedad con un donaire á lo Beaumarchais... Entre esas comedias empezamos á proyectar una sobre la enfermedad endémica de la Francia de estos tiempos, una comedia de que ya habíamos escrito algunas escenas, y que debía llamarse la *Blague*.»

Eso mismo he dicho yo. He repetido á menudo que no comprendía la ficción más que en las farsas y en las obras fantásticas. Aquí sí: yo disfrutaría mucho con una obra fantástica escrita por un poeta ó con una gran bufonada debida al numen de un satírico de imaginación y de estilo. Allí es donde pueden campar á sus anchas la inventiva y la fantasía de un escritor, porque el campo es indefinido, porque la obra se agita en pleno dominio de lo maravilloso ó del símbolo. Pero limitar el teatro á lo fantástico y á lo jocoso es matar á mano airada el drama y la comedia de observación. Lo que hacía Goncourt era estrechar su horizonte, ni más ni menos. Consentía en ser uno de los novelistas del siglo, mientras que, como autor dramático, acariciaba la idea de un retroceso ó, por lo menos, se resignaba á estacionarse.

Pero sigamos. Goncourt reproduce los argumentos que se me han opuesto cien veces: la imposibilidad de trasladar al teatro los personajes de nuestras novelas, las exigencias del convencionalismo, las dificultades con que allí se lucha para la precisión de las observaciones y análisis. Según él, la escena pide personajes falsos. El romanticismo ha podido tener un teatro; el naturalismo no lo tendrá nunca. Hé aquí el pasaje: «El romanticismo debió su teatro á su lado flaco, á su humanidad un si es no es *sublunar*, fabricada de falsedades y de sublimidades, á esa humanidad convencional, que tan maravillosamente



se armoniza con el convencionalismo de la escena. Pero las cualidades de una humanidad realmente verdadera las rechaza el teatro por su índole, por sus ficciones, por su mentira.»

Está bien claro: fuera de la mentira y del convencionalismo no hay salvación. Se han producido el teatro clásico y el romántico, porque mentían sobre la naturaleza y sobre el hombre. Hoy no podrá producirse el teatro naturalista, porque dice la verdad. Luego, según Goncourt, el teatro es estacionario, no puede marchar hacia adelante con la evolución del siglo. ¿Qué le resta hacer, por consiguiente? Tiene que desaparecer. Goncourt, que es un hombre de lógica, dice explícitamente que desaparecerá.

Escuchad esto: «Y hé aquí por qué no creo en el rejuvenecimiento, en la reanimación del teatro.» Y después de enumerar todas las razones que anuncian su desaparición, añade: «El arte teatral, el gran arte francés del pasado, el arte de Corneille, de Racine, de Molière y de Beaumarchais, está destinado á convertirse, de aquí á cincuenta años á lo sumo, en una distracción grosera, sin nada de común con el arte de escribir, con el estilo, con las bellas letras, en algo digno de figurar entre ejercicios de perros sabios y una exhibición de fantoches. Dentro de cincuenta años el libro habrá matado al teatro.»

Perfecto. Jamás he dicho yo otra cosa. Se ha hecho mucha burla de mi frase: «El teatro será naturalista ó no será.» Goncourt la toma por su cuenta y declara: «Como el teatro no puede ser naturalista, no será.» No es más que una conclusión desesperada de la campaña que yo he venido haciendo durante tres años en el *Bien public* y en *Voltaire*. Nótese que Goncourt no habla ya, al concluir, de las farsas y de las obras fantásticas, para las cuales



había usado de más blandura; no dice que puedan salvar aún nuestro teatro, no; el teatro, para él, está irremisiblemente perdido. Desde el momento en que nuestro siglo de naturalismo no puede tener su expresión en las tablas, se acabó todo: el teatro ha muerto.

Me figuro el espanto y aturdimiento de ciertos críticos al leer el prólogo de Goncourt, y hasta confieso que me baño en agua de rosas. Aludo á los críticos que me han acusado de vilipendiar á nuestras glorias, y sostienen que jamás despidió el teatro destellos semejantes á los de la hora actual. ¿Los veis frente á esa predicción de Goncourt, que da cincuenta años de vida al teatro, y pasa en silencio á Augier, á Dumas y á Sardou? Es que Goncourt es más radical que yo; rebosa menosprecio. El teatro, á sus ojos, tórnase un género secundario puramente convencional, y como lo convencional ha muerto, el teatro se muere. Yo no he llegado hasta ahí, pero me huelgo mucho de que uno de mis hermanos mayores, un escritor á quien quiero y admiro, haya dado á mis estudios sobre la literatura dramática esa conclusión formidable.

De modo, pues, que estoy de acuerdo con Goncourt en punto á la desbandada del teatro clásico y del teatro romántico. Convenimos en declarar que en adelante es imposible el convencionalismo en las tablas. Pero, mientras Goncourt concluye pronosticando la muerte próxima del enfermo, yo opino que no hace más que atravesar una crisis; que sufre una evolución, de donde saldrá más grande y verdadero, no conservando del convencionalismo sino las condiciones materiales estrictamente necesarias para su existencia. He ahí en lo que nos separamos.

No puedo volver aquí sobre los diversos puntos en litigio, y aducir argumentos que he presentado ya cien veces. Desde que trato la cuestión no he temido repetir-



me con harta frecuencia. Baste advertir por hoy que el teatro tiene un poder demasiado grande en nuestra sociedad para desaparecer fácilmente. Además, es muy visible en él la evolución naturalista. Ya ha mucho tiempo que la realidad gana é invade la escena francesa; hace progresos maravillosos todos los días, y he citado á Augier, Dumas y Sardou como obreros, voluntarios ó no, de la evolución actual. Es evidente que su obra será continuada. El día en que aparezca un verdadero maestro, la fórmula se impondrá, y de una manera tan sencilla, que no habrá entonces quien comprenda los esfuerzos de las generaciones por llevar á las tablas los hechos verdaderos y los personajes exactos.

Considero la desesperación de Goncourt ante el porvenir de nuestra escena como indigna de su fe y de su ardimiento literario. Revela temores de hombre que duda de su tiempo y de la fuerza de la verdad. ¿Cómo él, que todo lo debe al poder de la observación y del análisis, que se ha elevado por virtud de la lógica y de la verdad, puede detenerse ante ese ridículo límite del convencionalismo? ¿Pues qué convencionalismos hay que no hayan sido derrotados? Quédese ese espantajo pueril para los críticos de profesión que se alborotan á su vista, profiriendo gritos de pájaros espantados. Pero, cuando se tiene el honor de ser un gran novelista y de llamarse Edmundo de Goncourt, se sienta uno encima de los convencionalismos, y los niega. No existen, porque no queremos nosotros que existan. He ahí la declaración que todos debemos hacer en nombre de nuestro amor por este siglo de ciencia, que, mediante nosotros, sus obreros, cumple la evolución completa del naturalismo. Aquel que retroceda ante uno solo de los pretendidos obstáculos insuperables deserta de su puesto, y llevará la pena de su deserción hasta en su misma victoria.

EMILIO ZOLA.



## EL CABECILLA DESTUCHES

(CONTINUACIÓN)

**¡S**í! era encantadora, aunque ¡ay! su juventud había muerto. Pero entre todos aquellos viejos más ó menos canosos, sobre aquel fondo de blanqueadas cabelleras, resaltaba y se destacaba distintamente como una estrella de oro pálido sobre un cristal plateado. Hermosa en otro tiempo, todavía tenía sus hechizos; había sido mujer de una belleza célebre, no sólo en su provincia, sino en París, cuando iba con su tío, el coronel Walter de Spens, hacia 18.....: al presentarse en un palco, atraía hacia sí todos los gemelos. Amada Isabel de Spens, de la ilustre familia escocesa de ese nombre, que ostentaba en su escudo el león rampante del gran Macduff, era el último vástago de esa antigua raza que penetró en Francia bajo Luis XI, y cuyos diversos miembros se establecieron, unos en Guyena y otros en Normandía. Descendiente de los antiguos condes de Fife, esta rama de Spens, que, para distinguirse de las otras, añadía á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de Lathallan, se extinguía en la persona de la condesa Amada-Isabel, á quien se llamaba tan sencillamente *señorita Amada* en el salón de Touffedelys, y que debía morir envuelta en los velos blancos y negros de la virginidad y



de la viudedad, esas dobles tocas de las grandes víctimas. Amada de Spens perdió á su prometido cuando, reducida á la pobreza por la expoliación revolucionaria, cosía ella misma el modesto traje nupcial con sus manos feudales; y aun se añadía en voz baja que de aquel vestido por concluir é inútil había hecho el sudario de su ineluzible prometido..... Desde entonces, y ya iba larga la fecha, el círculo íntimo en cuyo seno vivía solía llamarla la Virgen-Viuda, nombre que, bajo ambos aspectos, expresaba perfectamente su destino. Como para pintar bien las cosas es menester haberlas contemplado, el grupo de viejos que la rodeaba, y que la había visto en plena juventud, podrá darnos una idea mejor de su hermosura pasada, al hablar de ella en esta historia. Parece que esa hermosura fué sobrenatural.

Cuando soplaban el viento de la poesía romántica en la clásica cabeza del abate de Percy, que era poeta, pero que torneaba sus versos en el torno á mano de Jacques Delille, decía, muy ajeno de creer que cayese en la jerga moderna:

Durante mucho fué el astro del día;  
pero es aún el astro de la noche.

Y cualquiera que fuese el valor metafórico de esos dos versos, no carecían de exactitud. Amada, la hermosa Amada, era, en efecto, un poder matamorfosado, pero no destruído. Cuanto tuvo de espléndido en otros días, todo lo que fascinaba los ojos y los corazones habíase tornado, al declinar, dulce, tierno, inerme, pero suavemente invencible. Su belleza, de un brillo sideral, se amortiguó en la madurez; se había velado, como los rayos de la luna.....

Para caracterizar el atractivo de su persona, solía



añadir el abate una bonita frase á lo Fontenelle: «Antes hacía víctimas; ahora no hace más que cautivos.» El frondoso rosal se había aclarado; las flores palidecían y se deshojaban; pero, aun deshojándose, no se había evaporado el perfume de tantas rosas. Seguía, pues, siendo siempre *Amada*..... El ultramar de sus rasgados ojos de «hija de las olas,» que, como signo de raza, distinguía á esa descendiente de los antiguos *reyes del mar*, según llaman las crónicas á nuestros antepasados los normandos, no tenía ya, es cierto, la radiante pureza de aquella mirada de hada, con visos azulados y verdes como las piedras marinas y las estrellas, y donde parecían cantar—porque los colores *cantan* á la mirada—la serenidad y la esperanza. Pero la profundidad de un sentimiento herido, que todo lo teñía de negro en el alma de Amada, proyectaba en aquellos ojos una sombra sublime. El gris y el anaranjado, dos colores del anochecer, tendían sobre ellos velos indefinibles como los que se ciernen sobre los lagos de zafiro de Escocia, su primitiva patria. Menos felices que las montañas, que, ignorantes de su privilegio, retienen largo tiempo en sus cumbres los resplandores del sol poniente y las caricias de la luz, las mujeres se apagan por la cima. De los dos diversos rubios que, durante tantos años, habían jugueteado y luchado en las ondas de una cabellera «que pesaba lo que su dote de condesa,» según decía orgullosamente el padre de Amada de Spens antes de su ruina, el rubio pálido y triste dominaba ahora sobre el rubio brillante y alegre que salpicó en otro tiempo su frente suavemente sonrosada con el oro tentador de sus lentejuelas; y así, como acaece de continuo, el fuego moría una vez más bajo la ceniza. Si Amada hubiese sido morena, las nobles sienes que llevaba despejadas, aunque no era moda entonces, ostentarían



ya, sin duda alguna, *esas primeras flores del cementerio*, como se dice de los primeros cabellos blancos con que el tiempo se ensaya en orlar nuestras frentes hasta concluir la diadema mortuoria que ciñe á nuestras cabezas sentenciadas. Pero Amada era rubia, y las canas de las rubias son cabellos oscuros que poco á poco van manchando, como de tierra, sus brillantes rizos, desdorados. Esas manchas terribles se veían en la raíz del pelo que llevaba levantado, la señorita de Spens, cuya edad no estaba escrita sólo en tan siniestros ultrajes.....

Lo estaba en otras cosas; lo estaba en todo. A la luz del quinqué que caía oblicuamente en su mejilla, fácil era notar sombras misteriosas y fatales, no originadas por los juegos de la luz, sino por la triste labor de la vida, y que empezaban á proyectarse en las superficies de su cara como ya se habían proyectado en el azul marino de sus ojos. El vestido de seda gris que llevaba y los largos mitones negros que subían hasta la sangría del brazo, redondeado é inútilmente vigoroso, puesto que no había de estrechar nunca á un hombre ni á un tierno niño; ese brazo, cuya carne asemejábase en tejido, matiz y firmeza, á la flor del jacinto blanco; el encaje que, por salir apresuradamente, se había puesto encima del peinado, y que, sujeto por debajo de la barba, servía de marco modesto al óvalo de su rostro: todos esos sencillos pormenores, unidos al trabajo del tiempo, humanizaban y restituían su fisonomía de mujer á aquel celeste semblante de Minerva, tranquilo, serio, olímpico y plácido, en armonía con el seno, atrevidamente modelado como el peto de una coraza de guerrero, en el cual ardía castamente, desde hacía más de veinte años, un pensamiento de perpetua adoración. Y al descubrir esas primeras invasiones de la edad y esas huellas del dolor, bien se veía que, si aquella vir-



gen, grandiosa y púdica, había sido siempre la sabiduría, no era, con todo, diosa.

No era más que una doncella «talludita,» decían cínicamente los mozalbetes del país, que, al contacto de las nuevas costumbres, han perdido la caballeresca galantería de sus padres. Pero, á los ojos del que sabía ver, el dedo sin anillo de aquella solterona valía más que la persona entera, aderezada con las galas nupciales, de las reinas más jóvenes de ese país; y ¡cuenta que las mujeres de la tierra rivalizan con los penachos de rosas de los manzanos floridos! En lo físico, su belleza de puesta de sol, espumada por el crepúsculo y por el sufrimiento, todavía podía inspirar un amor profundo á imaginaciones verdaderamente poéticas; y, en lo moral, ¿quién hubiese podido luchar con ella? ¿Cuál de entre las almas elevadas hubiese tenido más imperio que esa Amada de cuarenta años, la mujer de su nombre en otros días? Porque nadie había inspirado nunca sentimientos más tiernos y ardorosos..... ¡Riqueza y conquistas inútiles! ¡Dón de gracia irónico y cruel, que de nada sirvió para su ventura, pero que había hecho de su desgraciada vida algo más hermoso que la vida afortunada de los demás!

El pequeño círculo que acababa de recibirla, cerróse en torno de la chimenea. Santa de Touffedelys se sentó al lado de su hermana. La recién llegada, instalada con tantas previsiones en la poltrona de esa señorita, sacó del manguito el bordado empezado en su casa, y con los dedos afilados, que salían de los mitones de seda como blancos pistilos de una flor negra, hizo algunos puntos; luego, alzando su hermosa cabeza y dirigiendo su lánguida mirada á los presentes, que se disponían á reanudar la interrumpida conversación:

—¡Esto es otra cosa!—dijo con aquella voz cuya fres-



cura había resistido más que la de las mejillas, una voz dulce como deberían tenerla los lazarillos de los ciegos para consolarlos de no ver.—¡Esto es otra cosa! Así me gustan ustedes, como ahora; y así los quiero ver. Hablen entre sí, y olvídenme.

Y volvió á inclinar la cabeza hacia la labor, sumiéndose de nuevo en su preocupación profunda, ese *pozo del abismo* que en sí encerraba, y que su sordera defendía.

—Ahora, mi querida Percy—dijo doctoralmente Úrsula,—puede usted decir sin temor cuanto le plazca. Cuando está con la sordera, se queda más distraída que sorda; se lo digo yo á usted: no dirá una sola palabra de la historia.

—¡Sí!—afirmó el abate.—En lo único que has de poner cuidado, hermana, es en parar, si tu ardor te lo permite, cuando levante la cabeza de la labor, porque estos diablos de sordos ven el sonido en los labios, y las palabras les entran por los ojos.

—Pues señor, ¡sedales y anzuelo!—exclamó asombrado el barón de Fierdrap.—¡Sin precauciones que toman ustedes para una historia! Cosa muy terrible para la señorita Amada debe ser lo que van ustedes á contar. Yo había oído decir, efectivamente, en otras ocasiones que perdió su novio en la famosa expedición de los Doce, y que, por ese motivo, nunca ha querido oír hablar de matrimonio, de entonces á la fecha, á pesar de los buenos partidos que se le presentaron; pero ¡Dios poderoso! ¿á dónde vamos á parar si al cabo de veinte años hay que andarse con semejantes miramientos para referir una historia añeja delante de una..... de una.....

—¡Vamos, acaba! ¡Delante de una vieja!—interrumpió el abate.—No te oye, y aquí empieza ya el beneficio de su sordera. Pero, pobrete; esa vieja, como tú dices,



así tuviese la edad de las carpas que pescas tú en los estanques del Guesnoy,—y aún está lejos de esa edad y de la nuestra,—esa vieja es la señorita Amada de Spens, una perla, ¿entiendes?, que no se encuentra en el cieno donde coges tú las anguilas, una mujer de especie rara como un delfín, y que un cuervo marino, devastador de ríos, como tú, es tan incapaz de apreciar como de entender una sola palabra de esa terrible prisión del corazón en las redes de lo que se llama amor fiel.

La señorita de Percy, cuya impaciencia semejaba un amago de apoplejía, y que deshacía convulsamente las puntadas que había dado, echó la labor en su cesto, y conservando las tijeras, únicas armas de que estaba provista su mano de heroína, y con las cuales daba golpecitos de cuando en cuando sobre el velador en que apoyaba los codos, dió principio á su historia...

¡Historia militar, digna de otro tambor!

## IV

### HISTORIA DE LOS DOCE

«Mientras usted pescaba truchas en Escocia, señor de Fierdrap, y mientras mi hermano, todo un representante de la grave Sorbona, vestido de escarlata, andaba cazando zorros por los dominios de nuestro grácioso primo el duque de Northumberland, estas señoritas de Touffedelys, que, á título de castellanas muy queridas de las gentes de sus tierras, creyeron poder dispensarse de emigrar, lo mismo que yo, última de una familia numerosa y ya ha mucho tiempo dispersa, nos ocupábamos, al lado acá de la Mancha, en cosas bien distintas que *hilar*



*nuestro copo de lino*, según reza la antigua canción bretona. Habían pasado aquellos tranquilos tiempos en que las mujeres podían entretenerse haciendo dobladillos de servilletas en el comedor del castillo..... Cuando Francia moría víctima de las guerras civiles, los tornos de hilar, honra de la casa, aquellos tornos, ante los cuales habíamos visto, de niñas, á nuestras madres y abuelas como princesas de cuentos de hadas, dormían, desarmados y cubiertos de polvo, en algún rincón del silencioso desván. No había casa, ni familia, ni pobres que vestir, ni aldeanas que dotar; y toda la canastilla de novia, que muchachas como nosotras podían prometerse de la República, era la camisa roja de la señorita de Corday.

»Siguiendo mi cuento, en la época de que voy á hablarle, señor de Fierdrap, había concluído de una manera desgraciada la gran guerra, como llamábamos á la guerra de la Vendée. Enrique de La Rochejaquelein, que había contado con el apoyo de las poblaciones normandas y bretonas, apareció una mañana bajo los muros de Granville; pero, defendido por el mar y sus rocas mejor aún que por los quintos republicanos, ese nido inaccesible de gaviotas se mantuvo firme; y de rabia de no poder tomarlo, cuéntase que en aquel entonces La Rochejaquelein, disgustado de la existencia, fué á romper su espada á las puertas de la ciudad, sin cuidarse de los cañonazos y de la fusilería; luego volvió á llevar á su país á los vendeanos. Por supuesto, si Granville, como se creyó en un principio, no hubiese hecho resistencia, ¿habría corrido mejor suerte la guerra realista?..... Ninguno de los jefes normandos trataron de organizar en nuestro Cotentin una *chuanería* á semejanza de la de Anjou y del Maine. Conocían demasiado bien al aldeano normando para creer semejante cosa; sabían que pelearía como gallo in-



glés por el estiércol dentro de su corral; pero la Revolución, vendiéndole á vil precio bienes de emigrados y de la Iglesia, le había ofrecido precisamente el pedazo de tierra por que siempre combatió, desde su primera aparición en la historia, esa raza tan conservadora como larga de uñas. No en balde es usted normando, barón de Fierdrap, y sabe, como yo, por experiencia, que la antigua sangre de los piratas del Norte corre todavía por las venas de los más ruines de nuestros campesinos de albarcas. El general *Telémaco*, como decíamos entonces, ó, para darle su verdadero nombre, el cabecilla de Montressel, que había recibido de M. de Frossé el encargo de organizar la guerra en esta parte del Cotentin, me repitió muchas veces lo difícil que había sido decidir á descolgar la escopeta de la campana de la chimenea á esos aldeanos en quienes el amor al rey, la religión y el respeto á los nobles venían muy en segundo término después de su *conveniencia*.

«Esas gentes no entienden de más interés que sus intereses,» me decía, despechado, el cabecilla, que no era de Normandía. Y añadía M. de Montressel: «Si la carne de azul se hubiese vendido al precio de la caza en los mercados de Carentan ó de Valognes, seguro es que los muy posmas se habrían despavilado y atestado sus morrales, matando republicanos desde cada escondrijo de los setos, como mataban patos salvajes y cercetas en los pantanos de Néhou.»

“Vuelvo sobre todas estas cosas, señor de Fierdrap, aunque usted las sepa tan bien como yo, porque entonces no estaba usted allí como nosotros; y antes de entrar en mi historia, me veo obligada á recordarle lo que pasaba en esa parte del Cotentin hacia fines de 1799. Desde la muerte del rey y de la reina, y desde que la guerra



civil había dividido á Francia en dos campos, jamás nos habíamos sentido los realistas, si no con menos valor, más abatidos por lo menos..... El desastre de la Vendée, la matanza de Quiberon, el triste fin de la chuanería del Maine, fueron la muerte de nuestras más queridas esperanzas, y, si aún insistíamos, era por el honor, como para justificar el dicho antiguo de que «¡muy lejos va el que está cansado!» M. de Frossé, que se había negado á reconocer el tratado de la Mabilais, seguía manteniendo correspondencia con los príncipes. Hombres leales atravesaban el mar de noche para recoger en Inglaterra despachos é instrucciones que traían á la costa de Francia. Entre los más intrépidos se había distinguido uno por su audacia, su sangre fría y su destreza incomparables: era el cabecilla Destuches.

“No he de pintarle á usted el cabecilla..... Usted mismo decía hacía un instante á mi hermano que le conoció en Londres, y le llamaban *La bella Elena*, no sólo por su *rapto*, sino también por su belleza; porque, si recuerda usted bien, poseía una belleza casi femenina, con aquel cutis tan blanco y aquel pelo rizado que parecía empolvado, de rubio que era. A mí nunca me entusiasmó mucho aquella hermosura de que se hacía lenguas todo el mundo, y que envidiaban algunas mujeres, aquel rostro delicado de angel de misal. Yo me burlaba á menudo de las admiraciones entusiastas de las señoritas de Touffedelys y de otras muchas jóvenes de aquel tiempo, que miraban al caballero de Langotière como un milagro, y no hubiera titubeado en llamarlo la *Bella de las bellas*, como se decía, en la época de la Fronda, de la duquesa de Montbazon. Por supuesto, al bromearme, no olvidaba que aquel lindo palmito de doncella casadera ocultaba el alma de un hombre, que bajo aquella fina piel había un



corazón de roble y músculos como maromas..... Me acuerdo de un día que lo tildaron insolentemente de *chuan* en una feria de Bricquebec, y, había que verlo haciendo frente á cuatro fornidos aldeanos, y retorciendo con aquellas manos tan bonitas las varazas de fresno que llevaban, como si hubiesen sido cañas. Otro día lo agarró brutalmente del cuello un brigadier de gendarmería con honores de Hércules, y lo ví coger entre los dientes —¡entre aquellas dos sartas de perlas tan preciosas!— el dedo pulgar del hombrachón, cortárselo de una sola dentellada, tirárselo al rostro al brigadier, y escapar por entre la multitud aglomerada en torno de ellos, abriendo de un salto el muro que formaba. ¡Desde entonces, lo confieso, me pareció menos afeminada la belleza de ese terrible amputador de pulgares! Desde aquel día también aprendí á conocerlo en el castillo de Touffedelys, donde, como he dicho á usted, teníamos nuestro cuartel general más oculto y seguro. ¿Usted ha ido alguna vez á Touffedelys, señor de Fierdrap?..... Sus dominios de usted no caían por esa parte, y ahora ¡de ese pobre castillo arruinado no queda una sola piedra! Era una mansión señorial bastante espaciosa, almenada en otro tiempo, un resto de construcción feudal, que podía abrigar numerosa muchedumbre en sus cuatro torrecillas, y cuyos alrededores están poblados de esos grandes bosques, verdadero nido de todas las chuanerías, que recordaban por su oscuridad y por los dédalos de sus claros, aquel famoso bosque de Misdóm donde combatió toda su vida el primero de los chuanes, Juan Cottereau, un conde de guerrillas. Situado á poca distancia de una costa solitaria, casi inabordable á causa de sus arrecifes, el castillo de Touffedelys parecía colocado allí exprofeso, en previsión de esas guerras de facciones medio extinguidas que



tratábamos de resucitar. Todos los que estaban resueltos á reanudar y continuar la lucha desgraciadamente interrumpida; todos los que rechazaban con el alma pacíficas opresoras; todos los que opinaban que el sistema de guerrillas en las asperezas daría mejor resultado que el de batallas campales, imposibles por otro lado; todos los que querían, en suma, quemar el último cartucho contra la Fortuna, ¡contra la innoble y cobarde Fortuna! y caer disparando el último tiro, venían á reunirse y concertarse, de todas partes, en nuestro fiel castillo de Touffedelys. Los jefes de esta segunda chuanería, que tuvo un desenlace horriblemente trágico con la muerte dada á Frossé en el foso de Verneuil, acudían allí bajo toda clase de disfraces; y más de una vez se encontraron con los últimos supervivientes de la chuanería derrotada del Maine.

»A fin de no despertar sospechas, el castillo, que no encerraba ya más que dos castellanas, bien poco temibles en apariencia para la República, era el refugio de algunas mujeres del país, cuyos padres, maridos y hermanos habían emigrado, y que, no habiendo querido ó podido seguirlos, vivían en el campo entre los aldeanos que conservaban aún el antiguo respeto hacia sus familias, para evitar lo que no hubiesen podido evitar en las ciudades: el abismo, siempre abierto, de las cárceles.

»Allí vivían en la mayor obscuridad posible, tratando de hacerse olvidar de los representantes del pueblo en la comarca, de aquellos espantosos inquisidores, pero procurando asimismo recomponer la red, tantas veces rota, de una insurrección, harto falta de unidad siempre. Esas mujeres de que ve usted aquí cuatro muestras, señor de Fierdrap, poseían entonces toda su lozanía de normandas y todo el fervor novelesco de los sentimientos de su ju-



ventud; pero obligadas á fortalecer su ánimo en medio de los acontecimientos mortales de todos los días, perpetua amenaza suspendida sobre sus cabezas, é inflamadas de ese realismo que ya no existe ni aun en los hombres que tanto habéis combatido y sufrido por la monarquía, no se asemejaban á lo que habían sido sus madres en la misma edad y á lo que son hoy sus hijas ó sus nietas. La vida del tiempo, las angustias, el peligro de todo lo que amaban habían cubierto su corazón de una capa de bronce..... Usted ve ahora en su poltrona á Santa de Touffedelys que no atravesaría hoy por todo un imperio la plaza de los Capuchinos á media noche sin helársele la sangre en las venas..... Pues bien: Santa de Touffedelys (¿no es verdad, Santa?) iba sola conmigo en noches de tempestad á esa costa aislada y peligrosa para llevar despachos al cabecilla Destuches, disfrazado de pescador, el cual, confiando su vida á una canoa hecha con tres tablas, sin vela, ni timón, lanzábase, por servir al rey, desde la costa de Francia á la de Inglaterra al través de esa Mancha, que siempre tiene en reserva algún naufragio....., con la misma tranquilidad con que hubiera podido beberse un vaso de agua.

»Porque esa era ante todo la función que correspondía entre nosotros al cabecilla Destuches. De cuantos nobles frecuentaban el castillo de Touffedelys y fraguaban la guerra entre sus paredes, á pesar del valor que los distinguía y los igualaba á todos, no había nadie como ese doncelillo Destuches para sumergirse en el mar como un pez; porque, ¿se acuerda usted, Santa? apenas podía llamarse canoa aquella piragua de salvaje que había construído y en que se escurría, hendiendo las aguas como un sollo oculto en la concavidad de las olas, y desafiando así todos los anteojos de capitanes que vigilaban la Man-



cha en aquel tiempo desde cada ola y desde cada acantilado. ¿Se acuerda usted, Santa, de que una noche de niebla, cuando él iba á partir, se empeñó usted, bromeando, en entrar en aquella fragil piragua, y por poco la hace usted zozobrar, y eso que mi niña era entonces tan ligera como un pajarito ó como una flor? Pues, á pesar de todo, en semejante cáscara de nuez pasaba él de una costa á otra en las noches más execrables, siempre dispuesto á volver á marchar cuando hiciese falta, y siempre á la hora fija puntual como un rey, el rey de los mares. ¡No hay que dudar! entre sus compañeros de armas había corazones que hubiesen intentado la aventura lo mismo que él, que tampoco hubiesen temido entregar sus cadáveres á las langostas, y á quienes tenía sin cuidado la manera de morir cuando se trataba del rey y de Francia; pero, alimitarlo, ninguno de ellos hubiese creído poder salir airoso, y no lo hubiese salido seguramente... Para eso había que ser un hombre excepcional, ¡más que un marino! ¡más que un piloto! En fin, había que ser lo que era ese joven asombroso á quien sorprendió la guerra civil sin haber visto el mar más que de lejos, ni haber hecho nunca otra cosa que batir gaviotas en los alrededores del solar de su padre. Así los marineros viejos del puerto de Granville, aficionados á lo maravilloso, como todos los marinos, al saber la vida peligrosa del cabecilla durante diez y ocho meses de correrías casi continuas, dijeron que *hechizaba* las olas, como se ha dicho de Bonaparte que *hechizaba* las balas. Mozos de cuenta en achaques de audacia, no era la intrepidez del cabecilla lo que les daba que pensar; pero sí necesitaban explicarse su suerte por una de esas ideas supersticiosas familiares á los marineros.

» ¡Y la verdad es que debió ser cogido ó sucumbir veinte veces en aquellas terribles travesías! Esa suerte des-



carada y constante, esa imprudencia tan repetida, y de un resultado siempre seguro, daban á Destuches una importancia considerable entre los demás oficiales de la chuanería. Comprendían que, si llegaba á perecer, no sería reemplazado. Por lo demás, no era sólo un correo intrépido é infatigable que conocía aquel paso del mar como ciertos guías pirenaicos conocen sus montañas; en las breñas, en las emboscadas, en los combates, donde quiera que había que manejar la carabina ó acuchillarse cuerpo á cuerpo, era uno de los chuanes más temibles, terror de los azules, á quienes admiraba y espantaba, siempre que en una contienda desplegaba de pronto, al través de sus formas esbeltas y elegantes, su fuerza aterradoradora. «*¡Es la avispa!*»—decían los azules, al reconocer en medio del humo de las refriegas aquel talle fino y arqueado como el de una mujer con corsé.—«*¡Tirad á la avispa!*» Pero la avispa volaba siempre, ebria con la sangre que había vertido, porque era un valiente encarnizado y feroz. Esa figurita tan mona era constantemente, llegado el caso, el hombre que arrancaba pulgares de un mordisco tan cruelmente en la feria de Bricquebec, la carita blanca de labios anchos y encendidos—signo de crueldad, según se dice,—y él los tenía tan encarnados como la cinta de la cruz de San Luis de usted, señor de Fierdrap. Y no era el fanatismo de su causa lo único que lo exaltaba al mostrarse implacable antes ó después de la acción. Era chuan, pero no parecía de la misma naturaleza que los demás chuanes. Aunque batiéndose en su compañía, y jugando su vida por ellos á cara ó cruz, no parecía participar de los sentimientos que los animaban. ¿*Chuaneaba* por *chuanear* puramente?..... Aquellos compañeros de armas, aquellos guerrilleros, aquellos nobles, no tenían sólo á Dios y al rey en su corazón. Al lado del



realismo que en ese corazón palpitaba, había otros sentimientos, otras pasiones, otros entusiasmos. No en balde era llegada para ellos la hora de la ardiente juventud. Como los caballeros, antepasados suyos, todos ó casi todos tenían una *dama de sus pensamientos*, cuya imagen los acompañaba en el combate, mezclándose de esa suerte la novela con la historia. ¡Pero el cabecilla Destuches! Jamás he vuelto á ver un ente parecido. En Touffedelys, donde bordamos nosotros tantos pañuelos con nuestros cabellos para aquellos señores que tenían la galantería de pedírnoslos, y que los llevaban como talismanes en sus expediciones nocturnas, no creo que se bordase uno sólo para él. ¿Usted qué dice, Úrsula?... Le interesaban muy poco todas las reclusas de aquella especie de convento de guerra, por más que fuesen en su mayoría muy dignas de ser amadas, aun por héroes. Bien podemos decirlo hoy que somos viejas. Además, que yo no hablo por mí, por Bárbara Petronila de Percy, que nunca he sido mujer más que en las fuentes bautismales, y que, salvo ahí, no fuí toda mi vida sino un estafermo valeroso, cuya fealdad carecía de sexo lo mismo que la belleza del cabecilla Destuches.

»Pero hablo de las señoritas de Touffedelys, aquí presentes, que entonces se hallaban en todo el esplendor de la vida, blancas y graciosas como dos cisnes, á los cuales había que poner dos collares diferentes para distinguirlos. Amada de Spens era mucho más joven que todas nosotras. Tenía diez y seis años, mientras que nosotras contábamos treinta. Era una niña, pero tan hermosa, que, excepto ese alma de cántaro, el cabecilla Destuches, no hubo quizá uno solo de los hombres de aquella época que la viese sin amarla. Por lo menos, los once nobles de la expedición de los Doce, puesto que el duodécimo era una



mujer—su servidora, barón de Fierdrap,—sentían por ella una pasión novelesca y declarada, porque todos, unos tras otros, habían pedido su mano.»

—¡Qué! ¿La amaron los once?—interrumpió el barón como un escopetazo, al oír ese detalle singular en una historia donde los acontecimientos eran tan asombrosos como los personajes.

»¡Sí, todos, barón! Y los sentimientos inspirados por ella han persistido durante más ó menos tiempo en esas almas viriles. Algunos han seguido siendo enamorados fieles. No se admiraría usted mucho, por de contado, si hubiese usted conocido á la Amada de aquella época, una mujer que no ha tenido pintor, y como nunca la habrá usted encontrado quizá, con haber corrido tanto mundo.»

—¡Alto!—exclamó el barón, que había sido hulano en Alemania.—¡Alto!—repitió, como si hubiese llevado detrás á toda su compañía de hulanos.—Yo conocí en 18..... á lady Hamilton, y ¡juro á usted por las siete conchas que llevo, que era hembra capaz de hacer comprender las diabluras que se permitió cometer por ella el almirante Nelson!

—También yo la conocí—dijo á su vez el abate;—pero la señorita Amada, á quien ves ahí, era más hermosa todavía. Eran como el día y la noche.....

—¡Por Cristo!—prorrumpió el barón de Fierdrap, sobreexcitado.—Un día ví yo á ese lady Hamilton de vacante.....

—Pues he ahí precisamente, Fierdrap—interrumpió el abate con tono burlón,—he ahí precisamente cómo no hubieras podido ver jamás á la señorita Amada.

—Y te juro.....—siguió el barón sin escuchar y empeñado en discutir.



—..... Que no le sentaría mal el traje á aquella moza de posada—volvió á interrumpir el abate.—¡Qué le había de sentar mal, caramba! Con aquel brazo fornido, sonrosado y moreno, había servido bastantes cántaros de cerveza á los palafreneros de Richemond para saber manejar un ánfora—y con gracia, no hay que decir.—Pero la belleza de la señorita Amada de Spens no era de esa calaña. Es preciso que se te quite de la cabeza la tentación de compararla á nadie, Fierdrap. Tiene razón mi hermana. No vivimos bastante para tropezarnos en nuestra vida con dos mujeres como *ha sido* esa..... ¡La beldad única de su tiempo, hijo mío! ¡Y tendrá la suerte de todo lo que es absolutamente bello aquí abajo! Para ella..... lo mismo que para los once héroes que la amaron, no habrá historia. No habrá deshonrado á ninguno; no habrá entrado en el baño de ninguna reina; no figurará entre las interesantes devastadoras que trastornan este mundo con el viento de sus faldas. ¡Magnífica belleza perdida, pobre beldad, que ni siquiera oye lo que digo de ella esta noche, al calor de esta chimenea, y que no habrá sido en toda su vida sino el placer solitario de Dios!

Mientras hablaba el abate de Percy, el barón de Fierdrap miraba á la que había llamado *el placer solitario de Dios*, bordando entonces con sus manos de madona. El barón guiñaba un ojo. Era un vicio, que él convertía en sustancia, haciéndolo pasar por marrullería. Con el otro ojo que no cerraba, con su ojo pardo vivaracho, el antiguo hulano iba de la hermosa frente de Amada coronada de cabellos de oro bronceado, de aquella hermosa frente á lo Monna Lisa, en cuyo centro un poco saliente proyectaba la lámpara como un reflejo de ópalo, hasta aquellos opulentos hombros modelados en la seda gris de hierro del cuerpo del vestido; y al ver eso, probablement-



te pensaba que, á pesar del tiempo, á pesar del dolor, á pesar de todo, aún quedaban migajas bastante ricas del *placer solitario de Dios* para que los hombres, y los más difíciles de contentar entre los hombres, pudiesen tener un festín de reyes.

Pero no digo lo que pensaba..... Si alguna extravagancia cruzó por su cerebro, la contuvo debajo de su peluca venturina, y la señorita de Percy prosiguió su historia, anhelante como una locomotora que reanuda su marcha:

«Como era huérfana, y la última de su raza desgraciadamente, Amada pasaba una parte de sus días con nosotras, jóvenes graves de treinta años, que éramos otras tantas madres para ella... Hacía algún tiempo que habitaba en Touffedelys, cuando vió allí por primera vez á ese joven desconocido á quien amó, y cuyo verdadero nombre, país y aventuras hemos ignorado siempre. ¿Supo ella todo eso? Durante las largas horas que pasaban juntos en los profundos alféizares de encina del salón de Touffedelys, donde les dejábamos tantas veces hablar en voz baja desde que supimos que se habían prometido el uno al otro, ¿le revelaría él el secreto de su vida? Si fué así, bien lo ha guardado. ¡Todo está sepultado en ese corazón con su amor! ¡Ah! Amada de Spens es una tumba, pero una tumba bajo un acirate de serenos muguetes. ¡Vea usted, señor de Fierdrap! Mire la placidez de esa mujer acabada, sin esperanza desde hace veinte años, y de una vida tan sencilla, de esa criatura digna de un trono, y que morirá pobre huésped del convento de las Bernardinas de Valognes. No oye ya; apenas escucha; no tiene más que esa sonrisa encantadora que vale por todo. No vive más que con su pensamiento, con sus recuerdos, ¡que nunca ha profanado por una confidencia!,



olvidada del mundo y resignada al olvido del mundo, sin ver más que el hombre á quien amó...»

—¡No, Bárbara, no! ¡no lo ve!—dijo ingenuamente la señorita Santa, siempre á las puertas del mundo sobrenatural, que tomó al pie de la letra la modesta metáfora de la señorita de Percy.—Desde que murió, no ha vuelto á verlo nunca, pero no por eso deja de aparecérsele... y sobre todo durante el mes en que lo mataron. Por eso es por lo que ella no puede permanecer sola en su cuarto durante ese mes, cuando cae la noche. Aunque sorda y archi-sorda, entonces oye perfectamente ruidos extraños y espantosos. ¡Por todos los rincones suspiran, y no hay nadie! Las anillas de la cortina rechinan en las varillas de hierro, como si tirase alguien con violencia... Una vez las oí yo estando con ella, y le dije helada de espanto, porque se me erizaba el pelo en la frente: «¡Es seguramente *su alma* que viene á pedirle á usted oraciones!» y ella me respondió gravemente, y menos turbada que yo: «¡Siempre mando decir una misa en el altar de los muertos al día siguiente de las noches en que oigo esto, Santa!» Y no cabe duda de que era la misa lo que *él* quería, porque una vez que Amada se retrasó un día, en vez de mandarla decir, como de costumbre, la noche después los ruidos llegaron á ser terribles. Las cortinas parecían locas, y toda la noche estuvieron crujiendo los muebles, como las castañas cuando saltan fuera de la lumbre.

«Pues bien—continuó la señorita de Percy, mal humorada por verse interrumpida tanto tiempo,—esa Amada que cree en fantasmas, pero no como usted, Santa (con esta frasecilla desdeñosa pagaba su interrupción á esa pobre y bendita oveja del Señor que había balado fuera de tiempo), esa Amada que muy bien puede creer en los



que ve en su corazón, ha sido siempre, y es aún para nosotras, señor de Fierdrap, un misterio más profundo y asombroso que el misterio de su prometido. Él no ha hecho más que aparecer y desaparecer. ¿Qué mucho, pues, que nunca hayamos sabido nada acerca de su persona?... Pero con ella hemos vivido veinticinco años, y no estamos mucho más adelantadas. Cuando fué al castillo de Touffedelys ese desconocido, que ha permanecido desconocido para nosotras, lo presentó precisamente nuestro cabecilla Destuches. Amada conocía al cabecilla. Lo había visto varias veces en el Avranchin, en casa de una tía suya, la señora de la Roque-Piguet—vieja chuana, que no podía *chuanear* como yo, porque estaba impedida, pero que *chuaneaba* á su modo, ocultando chuanes durante el día en sus bodegas y en sus trojes para las expediciones nocturnas.—Amada volvió á ver al cabecilla en Touffedelys, y yo, que con mi fealdad de noche de truenos no podía hacer otra cosa que observar el amor... en los demás, temí á veces, pero me lo temí en serio, que le amase. Por lo menos, siempre que el cabecilla estaba allí... ¿era efecto de la belleza deslumbradora de ese hombre, quizá más hermoso que ella?... había notado yo en los párpados insistentemente bajos de la noble Amada cierto estremecimiento, y en su frente sonrosada un tono de fuego, que me preocuparon á menudo... ¡Por vida mía, que hubiesen formado una pareja soberbia! Pero, aparte de que el caballerete de Langotière no picaba bastante alto por su abolengo para casarse con una de Spens, antojábaseme que debía ser terrible amar á un hombre como Destuches.

«Dios se sirvió impedirlo. No lo amó. A quien amó. por el contrario, fué al compañero que llegó con él una noche á Touffedelys, en medio de una de esas tempestades



espantosas que Destuches prefería para sus travesías á la calma de las noches serenas.

»¿Se acuerda usted de aquella noche, Ursula?... No dormíamos; estábamos en el salón, usted y Amada haciendo hilas, y yo fundiendo balas, porque á mí no me han gustado nunca los trapos; velábamos, como esta noche, pero menos tranquilas. De repente se oyó el grito del mochuelo, y entraron los dos con sus pieles de chiva chorreando, como dos lobos que se hubiesen zambullido en el mar. El cabecilla Destuches nos presentó á su compañero como un noble que había tomado parte durante mucho tiempo en la guerra del Maine bajo el pseudónimo de *M. Jacques* que aún se le daba...»

—¡Por Dios!—exclamó el barón de Fierdrap, estremeciéndose al oír ese nombre como si hubiese oído un tiro. —¡Ese pseudónimo es muy conocido en el Maine! ¡Ha sublevado varias parroquias! ¡Se ha hecho allí famoso! ¡*M. Jacques*! ¡Si el mismo Jambe-d'Argent se inclinaba ante la intrepidez y el genio de general de *M. Jacques*! Pero el caso es que debía haber muerto hacia esa época... digo, si era el mismo...

«¡Sí! Se le creyó muerto; lo que hay, no obstante, es que, después de huir de los Azules, se refugió en Inglaterra, donde los príncipes le confiaron una misión personal cerca de M. Frotté. Y por eso había venido desde Guernesey á la costa de Francia en aquella canoa de Destuches, que no podía admitir más que un solo hombre, y que estuvo á pique de zozobrar cien veces bajo el peso de los dos. ¡Para suprimir toda carga inútil remaron con los fusiles!...

»M. de Frotté estaba entonces en los confines de Normandía y de Bretaña tratando de reanimar insurrecciones expirantes... *M. Jacques* fué solo en su busca, y al-



gún tiempo después volvió á Touffedelys gravemente herido. Al regreso se vió obligado á pasar por entre las secciones esparcidas de las columnas infernales que saqueaban y asesinaban el país, y fué blanco de yo no sé cuántos tiros, los últimos de los cuales lo alcanzaron. Cuando entró en Touffedelys en su caballo, herido como él, cayeron los dos teñidos de sangre; el caballo estaba muerto, el hombre moribundo y sin conocimiento. Acribillado por las balas, tuvo que pasar mucho tiempo en Touffedelys, donde fué preciso curarle las heridas. Eran numerosas y pudimos contarlas, porque todas se las curamos ¡no que no! con nuestras manos de señoritas. No se hacían melindres entonces. La guerra y los peligros dieron al traste con todas las afectaciones y dengues. En el castillo de Touffedelys no había cirujanos, no había más que cirujanas. Yo era la cirujana en jefe. Me llamaban «el Mayor», porque yo sabía sajar una herida mejor que estas miedosas...»

—La sajabas lo mismo que la hubieras hecho—dijo el abate.

Para la señorita de Percy, para esa antigua heroína oscurecida, toda la fama se cifraba en la opinión del abate. Se puso más colorada que nunca al oír la observación de su hermano.

«¡Sí! me llamaban «el Mayor»—continuó con la satisfacción del orgullo lisonjeado;—y como yo era la que hacía por lo común el inventario de las heridas que teníamos que cerrar, me acuerdo que cuando ví la espantosa criba del cuerpo de *M. Jacques*, tendido delante de nosotras, miré á la redonda á todo mi grupo de ayudantes, muy pálidas en aquel momento, y como yo he sido siempre la bendita claridad...»

—Y más clara que bendita—insinuó el abate.



«...Les dije jovialmente para darles ánimos, señalándoles al herido desvanecido: «¡Cuerpo de Dios! Si lo salvamos, ¡qué joya tan bien labrada, señoritas, para aquella de ustedes que quiera arrollársela al cuello!»

«Y se echaron á reir como locas; pero Amada permaneció seria y silenciosa. Se había ruborizado.

«También se ruboriza por Destuches (pensé); ¿cuál de esos dos rubores es amor?...

«Tal para cual, por supuesto. Ese *M. Jacques* era, como el caballero Destuches, un hombre á quien nunca hubiera yo pensado en amar, si hubiese sido mujer de sentimientos tiernos. No tenía la belleza femenina y cruel del cabecilla; pero aunque la suya fuese más viril y ardiente, tenía también su lado femenino: la melancolía. No puedo soportar á los hombres melancólicos: se me antojan menos hombres que los demás. *M. Jacques* era lo que se ha llamado mucho tiempo un *bello tenebroso*. Ahora, yo soy del parecer de esa pícara de Ninon, que decía: «La alegría del espíritu es prueba de su fuerza.» Yo me río de todo lo que sean chistes y donaires... no me entusiasman, pero no puede negarse que la alegría es un valor... un valor más. *M. Jacques*, á quien estas damas, que no pensaban como yo, llamaban en Touffedelys, para poetizarlo, «el bello Tristán», me habría atacado los nervios con su desesperante melancolía, si una mocetona de mi calibre pudiese tener nervios. ¡Qué quieren ustedes! Yo necesito que hasta los héroes sean gente de buen humor, y se rían en las barbas de todos los peligros.»

—¡Oh, señorita!—(dijo el abate)—usted ha sido siempre un verdadero Roger Bontemps, que, en otro tiempo que no fuese una época de revolución, hubiera preocupado á su familia. Usted no sólo necesitaba héroes, sino patanes de heroísmo. Bien ha hecho Dios en crearla á usted fea,



y por ello doy gracias todas las mañanas en la misa, porque, sin esa precaución, quizá hubiese corrido grandes riesgos el honor de los Percy.

—¡Ríete, hombre, ríete!—contestó la aludida, riéndose á su vez, y demostrando lo que le agradaba la alegría en la manera de recibir la broma.—Te es permitido todo contra tu hermana menor. ¿No eres el jefe de nuestra casa?

—Es verdad—insinuó entonces Úrsula, que hasta allí no había dicho una palabra, y que intervino en la conversación como un reloj que da la hora atrasado,—es verdad que no era muy divertido ese *M. Jacques*, era triste como la noche.

—Mejor es decir como la estampa de la herejía—interrumpió la impetuosa señorita de Percy.—Los revolucionarios de todos los países se parecen. Los jacobinos franceses eran tan taciturnos, tan solemnes, tan pedantes, como los puritanos de Inglaterra. No he conocido uno solo que fuese alegre, mientras que entre los realistas lo eran cuantos habían conservado el espíritu del país que se llamaba en otro tiempo «la alegre Francia», lo eran aquellos altivos mancebos que lo habían perdido todo, hasta la esperanza; pero que de todo se consolaban con la guerra, con el estímulo de las aventuras inesperadas y el jolgorio de los tiros.

—Pero, si era triste,—dijo Ursula, volviendo á coger, á la manera que una hormiga su pajilla, la idea interrumpida por aquella explosión de entusiasmo bélico, que acababa de pasar por su cabeza como una tromba sobre una capa de pepinillos en vinagre,—si era triste, bien sabe usted, querida Percy, que, según se decía, tenía razones para estarlo. Bien sabe usted que se decía al oído que era un comandante de Malta, y que había pronunciado sus votos...



—¡Sí!—respondió la señorita de Percy, admitiendo la objeción.—Se cuchicheaba eso; y, si era realmente comandante de Malta, el recuerdo de sus votos debió torturarlo cruelmente cuando se enamoró de esta Amada con quien no podía casarse, porque los caballeros de Malta están obligados al celibato como los sacerdotes... Pero eso ¿quién lo ha probado nunca?... como no sea una prueba aquella terrible palidez de muerto que adquirió de repente su cara el día en que Amada nos hizo saber á la mesa, en los postres, que se había *comprometido*, diciendo á Úrsula delante de todas, encendida como la grana por el esfuerzo que le costaba esa confesión, que para nosotras era un descubrimiento: «Querida Ursula, ¿hace usted el favor de servir fresa á mi prometido?»

«Él debía alegrarse de esas palabras, y se puso lívido... Pero ¿no se parecen todas las palideces? ¿Quién distingue la palidez de un hombre feliz de la de un traidor? Si era esto último, si había engañado á Amada realmente, la bala que lo derribó á mis pies en la noche de la evasión, no ha sido para la pobre un mal tan grave como el que la esperaba, si el novio hubiese vuelto con nosotros. Ha conservado la ilusión de que *podía ser suyo*; y cuando yo le entregué el brazalete que le había hecho delante de nosotros con el pelo más hermoso de su cabeza, no supo, ni ha sabido nunca después, que la sangre de que estaba cubierto podía ser la de un hombre que la había engañado.»

—Pero ¡Destuches! ¡Destuches!—interrumpió el barón de Fierdrap, que desde su *remembranza* de lady Hamilton no había dicho nada, y que miraba á la señorita de Percy como al corcho de su sedal cuando no picaban los peces. Tenía las dos paciencias más soberbias del mundo: la del pescador de caña y la del cazador en ace-



cho, así como participaba también de la obstinación de ambos.

—Tiene razón Fierdrap—apoyó el abate, siempre amigo de tentar la paciencia.—Te vas por esos trigos de Dios, hermanita. ¡Resabio de chuana! *Chuaneas* hasta en la manera de contar.

—¡Ta, ta, ta!—exclamó la señorita de Percy.—¡Vaya usted á contenerse hablando de sus mocedades! ¡Destuches! A eso vamos; pero ¡por la pasión de Cristo! yo no puedo llegar á Destuches y á su evasión sin hablar de un hombre que representó el principal papel en aquella calaverada, puesto que es el único que quedó en ella.

—Eso no es una razón—arguyó gravemente el abate.—En una expedición semejante hay algo de más importancia que morir bien.

—Hay el salir adelante con el empeño—replicó la vieja amazona, que bajo su grotesco brial conservaba el genio de la acción civil.—Pero salió con el empeño, puesto que salimos nosotros, y con nosotros estaba él. Aunque á mí me tuviese sin cuidado aquel bello Tristán, como se decía en Touffedelys, que ha dejado su tristeza sobre la vida de Amada, no he de ser menos justa hacia él por eso. No iba allí alegremente, ¡pero iba! Él, ese hombre sentimental, fué el que, cuando la primera prisión de Destuches en Avranches, cogió con su lánguida mano una antorcha, entró en la prisión resueltamente, y no volvió á salir hasta que todo estuvo ardiendo.

—¡Cómo! ¿En Avranches?—objetó el barón de Fierdrap asombrado.—¡Pero si donde libertaron ustedes á Destuches fué en Coutances!

—¡Ah!—exclamó la señorita de Percy, holgándose de una ignorancia que añadía á su historia el interés de lo inesperado.—En aquel tiempo usted y mi hermano esta-



ban en Inglaterra, y no tiene usted noticia más que de la evasión, que, en efecto, se verificó en Coutances. Pero antes de estar encerrado en esa ciudad, lo estuvo en Avranches, y si lo trasladaron á Coutances fué porque en Avranches intentamos incendiar la cárcel.

—¡Muy bien!—respondió el barón de Fierdrap, dándose por vencido.—No sabía, y lo celebro infinito, que el cabecilla Destuches hubiese costado tanto á la República.

—¿Quieres dejarla contar, Fierdrap?—dijo el abate, que era el que más había interrumpido, y el que más se irritaba contra los que tenían su vicio, según costumbre de todos los viciosos y de todos los interruptores.

«Bien. Pues, como he dicho, era hacia fines del año 1799—prosiguió la historiadora del cabecilla Destuches.—Hacía varios meses que *M. Jacques* estaba con nosotras; casi curado, pero débil y resentido aún de sus heridas. Durante esa larga convalecencia de *M. Jacques* en Touffedelys—donde vivía oculto, como se vivía en aquel tiempo, cuando no se estaba á campo raso, fusil en mano, á la luz de la luna,—Destuches, el *hechicero de las olas*, había pasado veinte veces quizá de Normandía á Inglaterra y de Inglaterra á Normandía. Nosotras no siempre lo veíamos durante esos viajes. Desembarcaba á menudo en puntos sumamente distantes unos de otros para desorientar á los espías armados y encarnizados, que, escondidos debajo de todas las dunas, acurrucados en los huecos de los acantilados, tumbados boca abajo en el fondo de las ensenadas, cercaban el mar por todas partes, poniendo al ras del suelo bayonetas y cañones de fusiles que no esperaban más que la ocasión apetecida para levantarse. Cuanto más se aventuraba, ese cabecilla Destuches, acosado en el mar por bergantines, acosa-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL ATENEO BARCELONÉS



do en tierra por soldados y gendarmes; cuanto más se comprometía, ese hombre que acariciaba el peligro como una mujer su quimera, ese jugador infatigable que lo arriesgaba todo en cada jugada, y lo arriesgaba con fortuna, más obligado se veía, no obstante, á usar de precauciones y destreza, á pesar de su audacia impasible; como que la inaudita suerte de sus travesías exasperaba á sus enemigos, para los cuales había llegado á ser el hombre de su nombre: *la Avispa*. ¡La avispa inaprensible y desesperante, el enemigo invisible, el más provocativo y burlador de los enemigos! No producía ya la impresión de un hombre de carne y hueso, sino, como yo he oído decir frecuentemente á las gentes de mar de esas riberas, «de una sombra vaporosa, de un duende.» Entre los azules y él—y los azules ¡no se olvide! eran todo el país organizado contra nosotros, que no constituíamos sino partidas diseminadas por la superficie, y sólo unidas entre sí por hilos fáciles de cortar,—entre los azules y él había un sentimiento de amor propio excitado y herido, más temible aún, á lo que parecía, que el odio implacable de azul á chuán... ¡La guerra que se hacían, era más que guerra; era caza!... ¡era ese duelo, que usted conoce, señor de Fierdrap, entre la bestia y el cazador! En las tabernas y en las granjas del país, donde ese hombre es quizá todavía una leyenda, contábase que ya más de una vez había estado á punto de ser cogido. Las manos habían andado muy cerquita de su oreja, decían los tunantes de los aldeanos... Se añadía un hecho, pero ese era cosa averiguada (había tenido la notoriedad de un combate en regla), y es, que una vez, en la taberna de *la Hoz*, se batió solo con un destacamento de republicanos, encerrado y atrincherado en el desván de la taberna como Carlos XII en Bender, y que después de pasarse



toda la noche tirando por las lumbreras y tumbando unos sesenta azules, desapareció un día por el tejado... «no se sabe cómo—decían las mujeres, cuya imaginación supersticiosa llenaba de asombro,—pero como si hubiese tenido alas en la espalda.»

«Así, no era un duende únicamente en el mar; lo era también en tierra firme; y bien lo habían probado muchas expediciones de que formó parte. ¡Sólo que no podía serlo siempre! La jugada que arriesgaba debía tener un término á la fuerza, sucumbiendo el jugador al peligro que afrontaba. La esperanza de prender á Destuches, de apoderarse de la avispa y de poder aplastarla con el pie, avivaba y transportaba aquellas almas irritadas hasta el delirio, creando á nuestro héroe un peligro tan cierto é inevitable, que, en opinión de los hombres de su partido como en la de sus enemigos, su captura ó su muerte no eran ya más que una cuestión de tiempo; y cuando fueron á comunicarnos á Touffedelys esta terrible noticia: «¡Han prendido á Destuches!» nadie pudo sorprenderse siquiera.

»El que fué á comunicarnos á Touffedelys esa terrible noticia era un joven de esta ciudad, cuyo nombre no sabe usted probablemente, aunque es usted del país, señor de Fierdrap, porque no era un noble. Se llamaba Justo el Bretón. Uno de los prejuicios que más odiosamente han explotado los azules contra nosotros, es que, en la guerra de los chuanes, no eramos más que nobles que llevábamos á remolque á los aldeanos; y nada más falso. Contábamos con jóvenes de las ciudades, dignos de llevar la espada que manejaban muy bien, y Justo el Bretón era uno de ellos... Habíalo ennoblecido la espada de los nobles que lo trataron como un igual, cruzando su hierro con él en varios de los duelos que se verificaban enton-



ces en Valognes, donde el duelo ha sido una tradición durante mucho tiempo... Así que, al levantarse la chuanería, vino á nosotros ese hombre ennoblecido por la espada, y nos trajo la suya. La suya era manejada por un brazo de Hércules. Justo era hombre de fuerza como el cabecilla Destuches, pero no la ocultaba bajo las formas esbeltas y airosas del caballero, que, al demostrarla de repente, causaba tan indecible sorpresa. ¡No! era un hombre rechoncho y fornido, rubio como celta que era, porque su sobrenombre de «El Bretón» acusaba su origen. Era un bretón mixto de normando. Su familia había pasado á Normandía, y había olvidado sus peñas de Bretaña por los pastos de esta tierra, que tiene garras para aferrar al que la toca, porque el que la toca no puede desprenderse ya de su seno. Parecía que para matar á ese Justo el Bretón hubiera sido preciso lanzarle una montaña á la cabeza, y ha muerto en duelo, después de la guerra, como habíamos creído hasta esta noche que murió el mismo Destuches; ha muerto de una miserable estocada en la ingle, que no profundizó siquiera. ¿Puede creerse? Yo lo ví escupir sangre durante seis meses, y morir consumido como una muchacha tísica, con un pecho que parecía un tambor. Justo sabía á ciencia cierta que Destuches estaba preso, pero ignoraba aún cómo había sido prendido. Tratándose de semejante hombre,—nos dijo—y opinábamos como él,—forzoso era que hubiese habido traición.

»La hubo, en efecto; lo he sabido más tarde, y fué, como verán ustedes, otra buena ocasión para apreciar el granito que encerraban las entrañas de aquel hermoso y delicado Destuches, que me hizo temblar un instante por Amada, cuando, viendo sus rubores imcomprensibles, me figuré si lo amaría.



—»No puede estar preso,—jamás un hombre como Destuches—dijo *M. Jacques*,—mientras haya un chuán en pie, con una escopeta y un polvorín.

—»No hace falta tanto—dijo tranquilamente Justo.—Con nuestras solas manos lo recobraremos.

»El hecho fué en las inmediaciones de Avranches. Destuches se vió envuelto y cogido por un batallón entero, á lo que se decía, y en la cárcel de esa ciudad lo encerraron hasta que se cumpliese su ejecución, que no se haría esperar mucho ciertamente, porque la República no se andaba en chiquitas, y entonces tenía que despachar pronto, si no quería que aquel hombre, ídolo de su partido y dotado del genio de los recursos, burlase á sus verdugos... «¡Ha silbado el mochuelo por la parte de Touffedelys!»—añadió Justo el Bretón; y á la caída de aquella misma noche vimos llegar al castillo, bajo disfraces diversos de buhoneros, mendigos, afiladores y para güeros —porque esa guerra de los chuanes era nocturna y enmascarada,—gran multitud de los nuestros, que, al primer rumor de la captura de Destuches, juraron libertarlo ó perecer en la demanda.

»Llegaron más de los convenientes. Fué una gran locura el dirigirse tanta gente á un punto único y venir á parar á Touffedelys. Pero eso dará á usted una idea de la importancia del cabecilla Destuches. ¡Cuál no sería, para que los chuanes, que poseían la prudencia en el mismo grado que la bravura, pudiesen comprometer así, por exceso de celo, la existencia de un cuartel general tan útil para guerrilleros semejantes como el castillo de Touffedelys!

»Usted no tiene idea, señor de Fierdrap, ni tú tampoco, hermano, de lo que habíamos hecho nosotras de Touffedelys en interés de nuestra causa y de sus defensores;



y si yo no se lo dijese á ustedes, quedaría incompleta mi historia. Aquel viejo castillo desmantelado, sin puente levadizo y sin rastrillo, que no era ya hacía mucho una fortaleza, pero que era todavía una mansión señorial, lo transformamos en un castillo humilde y tranquilo que no tuviese inconveniente en perdonar la República. Mandamos rellenar los fosos, bajar los muros, y, si no derribamos las torrecillas, por lo menos las despojamos de sus almenas, y no parecían ya sino los cuatro espectros de los antiguos torreones decapitados. En la gran fachada del castillo, en las esquinas de los techos, en las altas placas de las chimeneas, en las veletas y, en fin, donde quiera que en otro tiempo brillaban, hicimos borrar esas encantadoras y elocuentes armas de los Touffedelys, que consisten, como usted sabe, en *tres golpes de flores de lis (1) de plata en campo verde*, con la divisa: NO ABANDONAR EL CAMPO: ¡Ay! ¡Los pobres lirios habían abandonado el campo! Habían huído hasta de aquel jardín, donde se cultivaban de generación en generación inmensos canastillos, que de lejos daban al vasto vergel la apariencia de un mar cubierto con el alabastro de sus espumas. En todas partes habíamos reemplazado los lirios con lilas.

»Lilas ¿son quizá lirios de luto? ¡Sí! Nosotras cometimos todos esos sacrilegios, consumamos todas las pequeñas bajezas de la astucia que simula la sumisión resignada, para conservar á nuestros amigos ese lugar de reunión y asilo, dulce y desarmado como su nombre, que parecía la casa de la inocencia, y donde se veían menos los hombres y las armas tras las faldas de mujeres que allí flotaban de continuo. Exceptuando los jardineros, en Touffedelys no había más que mujeres.

(1) En francés: «Trois touffes de lys.» De ahí el apellido nobiliario Touffedelys.—N. del T.



»Con ayuda de todas esas precauciones, de todas esas coqueterías de dulzura, pudimos hacer de nuestro nido de zoritas espantadas un nido momentáneo de águilas nocturnas que, como Destuches y *M Jacques*, iban á posarse allí. Pero, como usted comprende, la seguridad de todo no existía sino á condición de que los chuanes que se abocaban por allá para concertarse sobre su guerra de emboscadas no fuesen nunca muy numerosos.

»La captura de Destuches motivó la única infracción de esa regla. Pero los jefes comprendieron la imprudencia de una gran reunión, y dispersaron sus hombres. Cuando es hostil un país entero, las pequeñas partidas valen más que las grandes masas de tropa. Esas pequeñas partidas son más resueltas; sus esfuerzos más concentrados y poderosos; su acción más rápida; su marcha más disimulada. Para librar á Destuches bastaban algunos hombres, y los que se eligió en Touffedelys eran abonados para ir á sacarlo de debajo de la cuchilla de la guillotina ó á la boca misma del infierno... Son los que luego se llamaron los *Doce*, con cuyo nombre colectivo perdieron los suyos, que nadie sabe á estas horas.

—¡Es muy cierto!—dijo con muestras de interés el barón de Fierdrap, que descruzó sus piernas de ciervo, é hizo en inverso sentido la X que formaban.—No hemos oído pronunciar uno sólo de sus nombres en Inglaterra, ¿verdad, abate? y el mismo Sainte-Suzanne no los sabía.

«Y cuando la que le cuenta á usted esta historia al amor de la lumbre, en este pueblecillo dormido,—continuó la señorita de Percy—repose, debajo de una cruz, en el cementerio de Valognes, no habrá ya nadie que pueda decir esos nombres olvidados... Sus dueños eran demasiado altivos para quejarse de las injusticias ó de las sandeces de la opinión.



»Amada, á quien ve usted desde aquí más abstraída que atenta á su bordado, se ha absorbido en su *M. Jacques*, y Santa y Ursula no le dirían á usted probablemente todos los nombres de los *Doce*. ¡Yo sí que puedo! ¡yo los sé! Y después de mi muerte—añadió, embellecida casi por su entusiasmo melancólico—mientras no me reduzca á polvo, no habrá más que abrir mi féretro para saber esos nombres que merecieron la fama, sin alcanzarla. El que los busque los encontrará en mi corazón.»

## V

## LA PRIMERA EXPEDICIÓN

«El castillo de Touffedelys—prosiguió la señorita de Percy, después de un silencio conmovedor que respetaron los circunstantes—no estaba á mucho más de tres horas de marcha de Avranches para un hombre que anduviese á buen paso. Rodeado por la parte de esta ciudad de esos grandes bosques en que solían internarse los chuanes á fin de reunirse luego en los claros, y, por la parte opuesta, de esas especies de dunas móviles llamadas *bougues* que conducían al mar y á los bravos acantilados cuyas altas y estrechas junturas fueron tantas veces puertos de salvación para Destuches y su esquife, aquel castillo, que tenía la doble ventaja de los bosques y del mar, fué elegido naturalmente por los *Doce* como punto de retirada ó de refugio en la expedición que proyectaban, y á él convinieron en llevar al cabecilla Destuches, si conseguían libertarlo.»

—¡Pero los nombres, señorita, los nombres!—dijo el



barón, que golpeaba el suelo con el pie, impaciente de curiosidad.

«¿Los nombres, barón?—respondió la narradora.— ¡Ah! ¡no vaya usted á creer que pienso ocultarlos! Siento un gran placer en decirlos. Bastantes anónimos y pseudónimos ha habido en esa guerra de víctimas sublimes, y ¡por Dios! que ya estoy cansada de ellos. Créalo usted, si me hubiese dejado respiro, todos habrían ido encontrando su puesto en la historia que relato. Pero, ya que usted lo desea, voy á hacer desfilas todos esos nombres, todas esas cuentas de un rosario de honor, que, después de mí, nadie repetirá. Escúchelos usted: eran La Valesnie, ó, como decían los aldeanos, La Varesnerie, La Bochonnière, Cantilly, Beaumont, Le Planquais, Desfontaines y Vinel-Royal-Aunis, cuyo apellido era solo Vinel, pero que se llamaba Royal-Aunis por el nombre del regimiento en que había sido oficial. ¡Ahí los tiene usted á todos, con Justo el Bretón y *M Jacques*! A la manera de *M. Jacques*, cuyo nombre de batalla suplantó al verdadero, todos poseían también su nombre de guerra para ocultar el de familia, y evitar que guillotinasen á sus madres y hermanas, demasiado viejas ó demasiado débiles para acompañarlos á la guerra como yo.»

Al oír los nombres anteriores, pronunciados con un profundo sentimiento, que daba á aquella solterona, cubierta con su barril de seda amarilla y morada, la majestad de una musa de la Historia, el abate de Percy y el barón de Fierdrap, por un instinto de sangre, sintieron el mismo impulso caballeresco. No podían descubrirse, porque lo estaban, pero se inclinaron ante esos nombres de una milicia heroica, aunque no fuesen nobles todos ellos, como si hubiesen saludado á sus pares.

—¡Por la pesca milagrosa!—exclamó el barón de Fier-



drap.—¡Me parece que yo conozco varios de esos nombres! Y hasta creo—añadió, quedándose pensativo y como escudriñando en sus recuerdos,—hasta creo haber visto, aunque no sé dónde, á algunos de los que los llevaron. A La Varesnerie, á Cantilly y á Beaumont los he conocido. Sólo que, cuando los ví, ninguna alusión, ninguna palabra, ni suya, ni de nadie, me reveló que tuviera delante de mí parte de los hombres audaces que habían libertado á Destuches... Pero, señorita,—continuó, cambiando de tono,—¡mil perdones! no me acordaba... Resulta que, en punto á héroes, los chuanes contaban la docena del fraile, puesto que usted no ha dicho su nombre en el número de los doce, y, sin embargo, figuraba usted entre ellos.

«¡No!—respondió la vieja historiógrafa sin pluma.—No figuraba, señor de Fierdrap. Yo no fuí de la primera expedición de los doce, sino sólo de la segunda, y ya sabrá usted por qué, dentro de poco, si me permite continuar.

»La primera no pareció dudosa al pronto á nadie. En Avranches no había por toda guarnición más que el batallón de azules que prendió á Destuches, y lo condujo á la cárcel de esa ciudad, por ser la más próxima al sitio donde lo habían sorprendido y capturado; que ¡á fe mía! cuando se habla de Destuches, que valía en aquel momento para el rey de Francia lo que un barco de línea, bien se puede decir capturado. Justo el Bretón se devanaba los sesos por saber cómo habían podido coger á ese Sansón sin Dálila, cómo habían podido coger á *la Avispa*, al duende. Pero era un hecho... ¡Lo habían cogido! Justo decía que lo había visto entrar en Avranches en el centro del batallón de los azules, apiñados á su alrededor con las armas cargadas.



Iba con cadenas de hierro en las muñecas, en vez de esposas, amordazado con una bayoneta que le cortaba las comisuras de los labios, tendido en unas angarillas de fusiles, á cuyos cañones lo habían sujetado con cinturones de sables, y loco de furor, más que por todos esos suplicios por sentir en el rostro el contacto de la bandera execrada de la República con que aquellos insolentes azules azotaban su terrible frente para humillarlo. A buen seguro que tales hombres defenderían su presa con tesón contra los que intentasen arrebatársela; pero, en resumidas cuentas, no tenían consigo más que una brigada de gendarmería y una guardia nacional mal armada, que, según rumores, abrigaba gran número de realistas en sus filas. En fin, lo que nos infundía mayores esperanzas de éxito es que iba á celebrarse en Avranches una feria de ganado durante tres días, á contar del siguiente, y que de veinte leguas á la redonda afluiría á esa poblacioncilla tan pulcra, una masa compacta de ganado y de personas que dificultaría mucho la vigilancia de la policía, y debía aumentar espantosamente el desorden, con cuyo auxilio se quería realizar la empresa. Tratábase, en efecto, de provocar una de esas contiendas que son contagiosas, y acaban por arrastrar en su remolino á las gentes más pacíficas. No tardaron en convenir su plan los doce... Salieron de Touffedelys uno á uno, y ganaron á Avranches por los bosques. Para no ser reconocidos y burlar las miradas avizoras de los espías de la República, esos hombres sospechosos resolvieron entrar en la ciudad por doce puntos diferentes, disfrazados de tratantes en granos, con sus correspondientes blusas blancas, y con esos sombrerozcos llamados *tapas de tina* que sepultaban una cara como en la sombra de una caverna. Los habían empolvado de harina. «Puesto que no pode-



mos usar la otra, siempre será una especie de escarapela blanca, por la cual podremos reconocernos en medio de la multitud»—dijo Vinel-Royal-Aunis.

»No hubo medio de llevar escopetas ni carabinas; pero algunos se metieron cuchillos y pistolas en un cinto, debajo de la blusa... Todos, por supuesto, se habían ceñido desde el hombro á la cadera ese temible látigo de los tratantes en granos, los cuales casi siempre tienen que conducir dos ó tres caballos cargados de costales de trigo ó de harina: arma espantosa, con puño de espino endurecido al fuego, hecha de correas trenzadas con una tralla de seis pulgadas, cada uno de aquellos golpes abría un surco. En la mano llevaban el garrote de fresno familiar á toda mano normanda, el bastón-maza de Normandía, con el cual hombres de aquellos puños y de aquella valentía ¡rayo de Dios! hubieran tomado cañones.

»Armados de esa manera los vimos marchar. Se dispersaron y desaparecieron aisladamente por los bosques como si fuesen á caza de pájaros. ¡Y en efecto, á una caza sangrienta iban! El último que partió fué *M. Jacques*. Sus heridas, su amor por Amada, el pensamiento misterioso que parecía roerle el corazón;—porque ¿á qué venía estar triste como él, contando con el amor de Amada, con la posesión segura de esa maravilla de alma y de cuerpo que le había jurado ser su mujer cuando volviera?—todas esas cosas, ¿habían enervado la energía de *Monsieur Jacques*, probada en tantos encuentros?... Su hermosa prometida fué á acompañarle más de media legua por los bosques hasta un viejo abrevadero, donde corría una cristalina fuente á que prestaba tonos azulados un fondo de pizarras; y que se llamaba «la Fuente de las Corzas», porque allí, tomando aliento tras forzada correría, iban las corzas á aspirar, temblando, el agua helada.



Cuando Amada volvió sola á Touffedelys, ¡ah! ¡fué toda una Spens!... ¡Probó pertenecer á una raza cuyas mujeres no lloran porque los hombres vayan á la guerra! No le sorprendimos una lágrima, pero su frente de aurora se había quedado tan blanca como la corteza de un abedul. A mí me dió más lástima que á las otras. Ya sabe usted, yo era la cirujana mayor; yo sabía reconocer las heridas. Para dar fuerzas á aquel corazón que sangraba sin quejarse, le dije, no sabiendo lo que decía, y como si hubiese tenido la suerte en mis manos—pero nunca se puede calmar á las almas locas más que así, con palabras insensatas:—«¡No tema usted, Amada! ¡Dentro de cuatro días estarán todos aquí para asistir á su matrimonio, y Destuches será su testigo!»

»¡Dios de mi vida! A esta palabra de *testigo* su tez pasó como un relámpago de la palidez del marfil á la grana de un incendio. La frente, las mejillas, el cuello, lo que se veía de los hombros, hasta la raya nacarada de sus deslumbradores cabellos de oro, todo se impregnó, se incendió de ese súbito bermellón de llama; y era cosa de pensar si lo que no se veía de su persona no se teñiría del mismo color, porque la invadía completamente como si se hubiese impregnado de un baño.

»Siempre renacía la misma pregunta: ¿por qué se sonrojaba?... «¡Condenación!—me dije á mi misma.—Yo apenas soy más que un hombre fallido, y bien lo dice mi cara; pero, hombre fallido ó no, ¡lléveme el diablo si soy bastante mujer para comprender esto!»

—¡Eh, eh!—exclamó el abate.—Me veo precisado á advertirte que ya no estás en el tiempo de tus *dragonadas* á la luz de la luna, y que sigues jurando como un dragón, cara hermana.

—¡Influencia de los tiempos de guerra civil sobre las



épocas tranquilas!—respondió ella con brusquedad cómica, riéndosele en sus bigotes grises alborotados...—¡Abate, eres más severo que el cura de Aleaume! ¿No me he batido yo bastante tiempo en honor de Dios y de su santa Iglesia para que no pueda dispensarme los malos hábitos contraídos en su servicio, sin formalizarse por tan poca cosa?...

—Señorita—dijo entonces el barón de Fierdrap.—usted me recuerda la frase famosa de Luis XIV después de la batalla de Malplaguet: «¡Yo había hecho á Dios bastantes servicios para tener el derecho de esperar que se portaría mejor conmigo!»

—Y nunca fué mejor cristiano Luis XIV,—replicó vivamente el abate—que cuando dijo eso. ¡Te lo digo yo, Fierdrap, yo que soy un antiguo doctor de la Sorbona! La fe sincera se permite frecuentemente con Dios esas familiaridades que los tontos toman por irreverencias ridículas, y las almas de lacayos ó de filósofos por orgullo. Dejemos murmurar á esas gentes; pero entre nosotros, nobles á quienes el respeto hacia el Rey no ha quitado nunca, que yo sepa, la libertad delante del monarca...

—¡Ahora eres tú el que interrumpes!—dijo el barón de Fierdrap, gozoso de devolver su leccioncita al abate y de *cortarle* su teoría.—Con que déjate de teologías y de Sorbonas; y usted; señorita—añadió con deferencia lisonjera,—puesto que á mí particularmente es á quien cuenta esta historia, le escucho con mis dos oídos, y lamento no tener cuatro que ofrecerle. Dígnese usted continuar.

La narradora, lisonjeada, se puso de veinticinco colores, y después de tocar á generala en el velador de laca con las tijeras, prosiguió:

«Amada volvió en seguida á su palidez de alma en pena. Debía, en efecto, sufrir más que nosotras durante



los tres días que siguieron á la partida de los Doce. Nosotras no teníamos por los Doce, ni aun por el cabecilla Destuches, más que el género de afecto y simpatía que tiene una mujer joven por jóvenes nobles consagrados á su causa,—una causa que representaba el honor, la religión, la monarquía, esa triple fortuna de Francia,—y que por ella se exponían diariamente á morir. Teníamos por esos Doce el vivo interés que sienten, unas por otras, personas del mismo partido y de la misma bandera. Pero, en fin, nuestros corazones no estaban presos como el de Amada, y el tiro de un azul no podía traspasarlos al través de otro corazón...

»Claro es que nos preocupábamos de lo que iba á pasar en Avranches, y esperábamos con ansiedad el resultado, sobre todo yo que he tenido siempre hirviendo la sangre cuando se ha tratado de dar y de recibir golpes. Pero aquellas ansiedades no eran, no podían ser las angustias de Amada. Ella no las decía. Sepultaba sus torturas en ese corazón que lo ha sepultado todo. Pero yo las adivinaba por el ardor de sus manos febriles, por el fuego seco de sus ojos. Una vez, durante esos días de alarma por la ignorancia é incertidumbre en que vivíamos sobre el destino de nuestros amigos, me ví obligada á arrancarle de las manos la labor, porque se cortaba los dedos con las tijeras creyendo estar alrededor del bordado, y le corría la sangre por las rodillas sin que sintiese, en medio de sus preocupaciones y su extravío, que se destrozaba esas manos hermosas. Acabé por no abandonarla más. No nos hablábamos, pero nos estrechábamos las manos, y nos mirábamos fijamente á los ojos. En ellos leíamos el mismo pensamiento, la pregunta eterna de la inquietud: «¿Qué harán ahora?», esa pregunta á que nunca se responde, porque, á poder responderla, no la haría-



mos, ni habría ya tal inquietud. ¡Qué modo de minar nuestros corazones tan horrible sentimiento! Para sustraernos á ese perpetuo minar, á esa angustia rodeadora, que creemos disminuir agitándonos, nos íbamos juntas al camino que pasaba al pié del castillo de Touffedelys, con la esperanza de encontrar algún carretero, algún mercader ambulante, un viajero cualquiera que nos diese noticias, que nos hablase de esa feria de Avranches donde se representaba un drama que podía ser para nosotras una tragedia. Pero todos nuestros afanes eran inútiles.

»Las gentes de las parroquias circunvecinas que tenían que ir á la feria habían pasado, y no regresaban aún. Los caminos estaban desiertos. No se veía asomar una persona al extremo de su larga cinta blanca y solitaria; no aparecía alma viviente en aquella línea recta que se perdía en lontananza, nadie que viniera á decirnos lo que pasaba allá, detrás del horizonte, del lado de aquella población invisible en la bruma del alejamiento, pero donde creíamos oír sonar y zumbiar como vago rumor de campanas lejanas, por el esfuerzo de nuestros oídos para recoger las menores ondas sonoras que agitaban el espacio. ¡Ilusión de nuestros sentidos, que nos engañaban por la fuerza de su tensión! Ni siquiera había campanas en aquel tiempo. Habían desaparecido de todos los campanarios á fin de convertirse en cañones para la República. No tocaban, por consiguiente; no era el somatén. Soñábamos, nos zumbaban los oídos. Y si hubiesen tocado á generala—ese toque de alarma del tambor—no hubiésemos podido distinguir los sonidos á contraviento, á aquella distancia, en medio de todos aquellos murmullos de insectos y de esas mil fermentaciones de la tierra que parece susurrar á nuestros pies en ciertos



días cálidos, como eran los de entonces. ¡Ah! Las dos nos consumíamos... yo de curiosidad, ella de angustia. Cansadas de escuchar al ras del suelo y de mirar á ese camino abandonado y mudo, que se prolongaba liso y uniforme cubierto de inmóvil polvo, queríamos á veces escuchar y ver mejor, escuchar desde más alto y ver más lejos; entonces nos subíamos á la plataforma más elevada de los torreones y desde allí mirabamos, ¡oh, mirabamos con todos nuestros ojos! Pero, por más que los hundiésemos y explayásemos por las largas espesuras de bosques que se extendían indefinidamente hacia la parte de Avranches, no veíamos nunca más que abismos de follaje, océanos de verdor en los cuales se perdía la mirada fatigada... A la parte opuesta, entre dos arrecifes, se extendía lentamente el mar azul, como un aceite pesado, sobre la playa silenciosa, sin que viniera á animar su azul monótono el blanco copo de una vela. ¡Y esa calma de todo cuando nosotras nos hallábamos tan agitadas, redoblaba nuestra agitación; esa indiferencia de las cosas nos excitaba los nervios, y á veces nos ponía en el estado sobreagudo que debe preceder á la locura!

»Hasta de noche permanecíamos en lo alto de nuestra torrecilla, observatorio desde donde no se vía nada, si no es el cielo, al cual ¡ni mirábamos siquiera!—Suplicio que renovábamos, porque á cada instante creíamos que iba á cesar.—La noche del segundo día de esa feria, que se llamaba, creo, la *Saint-Paterne*, y que después han podido llamar la *Chamuscada*, vimos estremeciéndonos subir al horizonte una larga llama roja, y escalonarse sobre los bosques, que la tranquila luna iluminaba, densos remolinos de humo traídos por el viento.

»¡Es fuego, Amada!—le dije.—¿Si nuestros hombres incendiarán á Avranches para rescatar á Destuches? ¡Bien vale él un Avranches! ¡Sería magnífico!»



»Escuchamos... y aquella vez creimos oír—pero teníamos la cabeza trastornada—creimos oír gritos indistintos y como una masa de sonidos confusos que parecían salir de una inmensa colmena. Mi oído experto de chuana, porque yo había hecho la guerra y entendía de la música de la pólvora, trataba de distinguir los tiros en el fondo continuo de tonos graves de ese gran tumulto lejano, apagado por la distancia; pero ¡rayo de Dios! yo no estaba segura de nada... No distinguía. Me había inclinado sobre la plataforma; tenía la cabeza fuera de la capucha que me había echado para defenderme del frío en tales alturas, y con la cabeza descubierta, el oído en acecho y los ojos puestos en la llama que las nubes reflejaban en tonos encarnados, participé á Amada que, si era Avranches lo que ardía, en dos horas—tiempo justo para regresar á Touffedelys,—estarían de vuelta, vencedores ó vencidos...

»Había calculado con precisión militar. Dos horas justas después... seguíamos anhelantes en nuestra plataforma y veíamos apagarse el fuego lejano, que no era el incendio de Avranches—porque el incendio de Avranches hubiese exigido más tiempo,—cuando oímos de pronto debajo, al pie del torreón, el *hu-hu* acompasado del mochuelo, y ¡magia de amor! Amada reconoció en seguida de qué manos había partido ese *hu-hu*, que á mi me pareció siniestro—¡tan lastimero era!—y á ella le pareció alegre y triunfal, porque le anunciaba al hombre que había llegado á ser su vida y le traía la suya.—«¡Es él!»—exclamó, y bajamos de la torre con la velocidad de dos golondrinas que se descuelgan al suelo desde su tejado.

»¡Era, en efecto, *M. Jacques! M. Jacques*, con la cara ennegrecida, con el pelo abrasado, con las trazas de un demonio ó más bien de un condenado escapado del in-



fierno, porque los demonios se quedan en él...—«¡Ah!—le dije, incorregible, siempre dispuesta á reir aun en la desgracia.—Se fué usted blanco como un costal de harina, y vuelve negro como un saco de carbón!»—«¡Sí!—respondió, mordiéndose los labios.—¡Negro de luto por el duelo de la derrota! Falló el golpe, señorita... Hay que volver á la carga mañana.»

»Había fallado el golpe, no obstante—continuó la vieja chuana, más animada cada vez, y demostrando un entusiasmo que hizo sorber al abate una toma de rapé voluptuosamente,—y, no obstante, el asunto no había sido mal dirigido, como va usted á poder juzgar por sí mismo, señor de Fierdrap...

»Entraron los doce en Avranches al medio día, en el momento de más confusión, y se fueron á la feria, vagando en actitud indiferente, con los brazos caídos, dirigiendo ojeadas á los sacos de trigo ó de harina puestos derechos en el suelo, desatados y abiertos para que el comprador juzgase la mercancía, representando su papel de tratantes que tienen tiempo de comprar, que no se apresuran, que esperan, como buenos normandos, á que bajen los precios; pero lanzándose ojeadas desde el fondo de los sombrerazos paveros que les caían sobre los hombros, contándose, codeándose, y sintiendo estremecerse el codo amigo al contacto con el propio. Más tarde nos contaron estos pormenores y estas impresiones... Aquel año había locura de gente en la feria, y eso les pareció de buen agüero. La ciudad estaba atestada de personas, de animales y de vehículos de todas formas y tamaños. Las posadas y las tabernas reventaban de Augerones, de boyeros y porqueros, que llevaban á la feria su ganado, el cual se aglomeraba en las calles haciendo el tránsito imposible, obstruyendo las puertas de las casas, amena-



zando las ventanas de los pisos bajos, que en muchos sitios tenían echadas las contraventanas por miedo á que rompiese los cristales el asta de algún buey ó las ancas de una caballería espantada. Esas enormes legiones de bueyes y caballos, detenidas un momento por su acumulación en las esquinas de las calles, en las angosturas de los callejones, en las vallas de las encrucijadas, volvían á emprender al punto su marcha pausada, fustigadas por los garrotes de fresno de los guías, y avanzaban tan apiñadas que parecían la corriente de un río. Las masas de animales y de personas se movían en un sentido principalmente, en dirección al sitio de la feria, que era la plaza del mercado, en uno de cuyos ángulos se alzaba la prisión en donde estaba encerrado Destuches.

»Cualquiera pensaría que era una circunstancia amenazadora para el designio de los Doce esa apretada multitud que, ciñendo por todas partes la prisión, aumentaba naturalmente la dificultad de penetrar en su recinto ó de salir de ella; pero, al contrario, á aquellos enérgicos corazones, aferrados á la esperanza, les pareció un azar feliz. ¿No habían contado siempre, para dar el golpe, con la aglomeración, que es tan fácil convertir en un caos? Por otra parte, esa circunstancia de hallarse la cárcel en el emplazamiento de la feria tenía de bueno que el batallón de azules que había conducido allí á Destuches, y construído al lado con tablas un cuerpo de guardia, se vió obligado á trasladar ese cuerpo de guardia al otro extremo de la plaza, á fin de reservar un sitio para los caballos de la feria, á los cuales se colocó á lo largo del muro de la cárcel, atándolos á anillas de hierro embutidas entre las sólidas piedras... Al principio los Azules pusieron sus reparos, como se supone, cuando se les invitó á plantar el cuerpo de guardia en otra parte. Ellos



no tenían en cuenta más que una cosa: que podía escaparse Destuches. Pero los tranquilos normandos, que en cualquier otra circunstancia podrían dejarse imponer por no sufrir las *molestias* que trae consigo toda lucha, no se dejan engatusar ni temen moverse cuando anda de por medio el menor interés, y en un abrir y cerrar de ojos vuelven á ser las gentes pendencieras consabidas, los terribles trapaceros, cuyo grito de guerra será hasta el último suspiro: ¡*Gaignaige!* La cuadra al aire libre daba dinero á la ciudad. Además, no sólo era una costumbre, sino un peaje. ¡Costumbre y peaje: en esas dos palabras está Normandía entera! Los azules vieron de sobra que no serían los más fuertes... y despejaron la cárcel.

»Nuestros doce tratantes, señor de Fierdrap, tuvieron toda holgura para mirar y estudiar esa prisión como gentes de guerra, desde la plaza del mercado, que estaba entonces cubierta de tiendas, alineadas como las casas de las calles, entre las cuales se agitaba y hervía la ola de forasteros con un sol de justicia, que era también una ventaja, porque hacía bullir aquel montón de cerebros, excitados ya por la discusión de los precios y por la cidra que encienden tan asombrosamente las cabezas normandas, esas cabezas que aquel día precisamente había que hacer saltar como polvorines, si se quería rescatar á Destuches. Tal era, efectivamente, todo el secreto y el medio de la evasión: lanzar unas contra otras, de cualquier modo, á todas aquellas gentes al través de los puestos derribados y de los animales locos de terror; y durante esa inmensa tremolina que podía adquirir las proporciones de una batalla de ciegos y convertirse en una carnicería, deslizarse tres ó cuatro á la cárcel, sacar al cabecilla y replegarse con presteza á los bosques. He



ahí el sencillo y atrevido plan concertado en Touffedelys, pero que podía modificar el cariz que presentase la cárcel.»

—¡Por vida del salmón! ¡ya lo creo!—exclamó el barón de Fierdrap.—¡Conozco, conozco la tal carcelita! He tenido mucho tiempo en Avranches un antiguo compañero del ejército de Condé: á él debo mi conocimiento de la cárcel de Avranches, porque el condenado, maniático anticuario, me zarandó bien de lo lindo por las escaleras de caracol de esa fortaleza para que yo la recuerde perfectamente y para que me tiemblen todavía las piernas al pensar en la altura de sus dos torres, capaces de resistir al cañón, ¡Dios me perdone!

«¡Sí!—asintió la señorita de Percy.—Las dos torres eran formidables. Enlazadas por antiguas construcciones que formaban poterna, estaban flanqueadas por obras de fecha más reciente, que de fijo no habrían resistido un ataque vigoroso. Pero ¡con las torres, con las macizas torres que les guardaban las espaldas... el majo que se acercase! Examinándolas, comprendieron los Doce que allí no era posible entrar más que valiéndose de una estratagema... Había que aguzar el ingenio. Vinel-Royal Aunis fué el encargado de la alcaidesa, porque—otra suerte, á lo que parecía, para los Doce—no había alcaide. Sólo que en la guerra, señor de Fierdrap, el azar es frecuentemente un traidor. Ya verá dentro de nada cómo la alcaidesa de la cárcel de Avranches podría llevar los pantalones. La llamaban la Hocson. Era una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años, sobre quien habían corrido tiempos atrás rumores no comprobados, pero espantosos. Decíase que había sido una mujer de rompe y rasga del barrio del Bourg-l'Albé de Caen, y que probó el corazón de M. de Belzunce, cuando se lo arrancaron



y lo devoraron caliente las otras comadres del Bourg-l'Albé y de Vaucelles después del motín en que perdió la vida el joven oficial... ¿Era cierto el caso? Se ponía en duda, pero parece que la cara de la Hocson no desmentía tan horribles rumores. El marido, jacobino furioso, había muerto en el ejercicio de sus funciones de alcaide de Avranches, y ella le sucedió. Loba siniestra, convertida en perro guardián de la República, á Vinel-Aunis tocó en suerte domesticarla. ¡Pero Vinel-Aunis era Vinel-Aunis! Tenía por mote entre nosotros: *¡Sin vacilar!* y lo llevaba como un emblema. Pasaba por lo que se llama un *truhán* de regimiento, pero era, encima, un buen mozo muy airoso, con una estampa soberbia de oficial; y á la sazón representaba un tratante pintiparado de recios hombros, confiado en tres cosas que consideraba irresistibles, aun separadas: primero, sus ventajas físicas; segundo, una lengua que sabía decirlo todo, y como en mi vida he vuelto á ver otra; y tercero, un buen puñado de *asignados*. Era un mozo, siempre dispuesto á todo. Su frase sacramental era: «¡En la guerra como en la guerra!» Probablemente no le enamoraba mucho el papel que le cabía en suerte, pero venció al punto todas sus repugnancias. Tuvo el aplomo de presentarse á esa alcaidesa de Avranches, de una fisonomía tan atroz como su fama, con el desparpajo de que puedan hacer gala en Francia los tratantes del mismo modo que los oficiales, y con el genio despiadado de la Broma, que había desenvuelto en el regimiento de Royal-Aunis. Y á pesar del legítimo horror que debía inspirarle una criatura cuyos labios podían conservar aún sangre de Belzunce, empezó por correr hacia ella, y besarle las mejillas, ¡paf, paf, paf! por tres veces, á la manera normanda.

—«¡Buenos días, prima!—dijo á la mujer estupefacta



que le dejó hacer cuanto quiso sin darse cuenta.—¿Cómo le va á mi querida y respetable prima?...—¿Pero es que no se acuerda usted de mí?... ¡Soy su primo Trébedes de Carquebu, que no ha querido venir á la feria de Avranches sin darle un abrazo y desearle mil prosperidades!

«Había dicho *Trébedes* ese improvisador, porque la mujer tenía delante unas trébedes, sosteniendo un caldero que fregaba con un puñado de paja.

—»¡Lo que es de trébedes yo no conozco más que éstas—dijo encolerizada, señalándole las del caldero—y usted merecía que se las tirase á la cara para castigar su atrevimiento, so embaucador!»

«Pero Vinel-Aunis no era hombre para espantarse de unas trébedes empuñadas por la mano de una vieja, y probó que tenía motivos para creer en su lengua, como él decía, porque sostuvo, pero *mordicus*, delante de la Hocson, que ella tenía en Carquebu parientes de ese apellido de Trébedes, y que él era real y positivamente de esos Trébedes. Luego ensartó una larga historia sobre los Trébedes de Carquebu, los cuales tanto y tanto le habían hablado de su prima de Avranches, antes de marchar al ejército cuando la primera quinta, que, en cuanto pudo volver á Carquebu á coger el látigo de tratante que había restallado su padre toda la vida, pensó aprovechar la primera feria de Avranches para ir á saludar á su prima, y trabar conocimiento y amistad con ella. Y tantas cosas dijo, tan seguro pareció de lo que decía, tan preciso fué en todos los pormenores, lanzó, en fin, tal ducha de frases sobre la Hocson, que ésta, punto en boca ante aquel torrente de palabras, escuchando á su primo Trébedes, se olvidó de las trébedes reales, dejándolas en paz con su caldero, y cayó sentada en un banco, convencida, dominada y confundida. Estaba tan comple-



tamente absorta, que acabó por invitar á ese primo que le caía de Carquebu á beber media pinta y á comer *caracolillo* de la feria. Vinel-Royal-Aunis se puso á la mesa, creyendo suyo á Destuches; pero... se engañaba.

»Seguía, sin embargo, dando rienda suelta á aquella lengua infatigable. Bebió un vaso, luego un jarro, después otro; y viendo que la Hocson bebía como él, sin otras consecuencias que ponerse algo más sombría á medida que iba bebiendo, pero conservándose serena con todas esas libaciones de escasa virtud, el amable tratante quiso corresponder á su prima, mandando por aguardiente á la taberna próxima á una niña que la Hocson llamaba «la chiquilla de su hijo.» Pero esa mujer, esa Hocson—nos dijo más tarde en Touffedelys—era más difícil de inflamar que la cárcel de Avranches, incendiada tres horas después. Es que aquella mujer, señor de Fierdrap, tenía en el corazón lo que impide la embriaguez, la cual, según dicen los bebedores, es un olvido, una ilusión, otra vida en el seno de la vida: tenía un recuerdo más poderoso que la embriaguez, que la helaba, sin que ella lograra desvanecerlo. Y no era ¡no! el recuerdo de la sangre de Belzunce, si la había probado realmente, como se decía, sino un recuerdo capaz de matar ése, de impedirle pensar siquiera en tal crimen, caso de haberlo cometido, y disipar sus remordimientos. ¡Tenía, en fin, en el fondo del corazón una llaga tan grande, que todo el mar si lo hubiesen convertido en aguardiente para dárselo á beber á esa mujer, cuya alma entera no era más que el agujero de una herida, habría pasado por allí como por un cedazo sin embotar nada, ni cerrar ninguna cosa!»

La pletórica señorita de Percy, oprimida por su historia, se detuvo un minuto para tomar aliento; pero el aba-



te y el barón, avasallados por la historia, permanecieron silenciosos. No bromeaban ya.

«Si hablo así de esa mujer—prosiguió la señorita de Percy,—si me detengo un instante en semejante criatura, que era quizá una malvada, pero que aquel día tuvo también su grandeza, como los Doce, es porque fué la causa única del fracaso de esa primera expedición. Sin ella, sin ella *sola*, ¡fijarse bien! no hay la menor duda de que los Doce, que revolviéron tan espantosamente á Avranches en aquel día, cuya memoria vivirá mucho tiempo, hubiesen libertado al cabecilla Destuches. Para mí es seguro que se habrían salido con la suya. Pero ella les opuso una voluntad tan fuerte como los muros de la prisión, que eran sillares de granito. Vinel-Aunis había tratado de embriagarla; luego trató de corromperla. Se insinuó con ella como se insinúa uno con todos los carceleros de la tierra desde que hay carceleros. Pero se encontró con un alma invulnerable, porque estaba defendida por el odio, y por el más implacable é indestructible de los odios: el que se forja con el amor. A la Hocson le habían matado su hijo los chuanes; se lo habían matado, no en la lucha, sino después de la lucha, como se mata á menudo en las guerras civiles, añadiendo á la muerte refinamientos de crueldad que son venganzas ó represalias. Después de una empeñada refriega en que los azules derribaron muchos chuanes, ese joven cayó en una emboscada, y lo enterraron vivo, con otros veintitrés, hasta la parte del cuello que se llamaba entonces el sitio del collar de la guillotina. Cuando los chuanes vieron salir del suelo las veinticuatro cabezas sostenidas en sus cuellos é irguiéndose á modo de boliches, ¡tuvieron la horrible idea de jugar con ellas una partida de bolos antes de abandonar el campo de batalla, y de derribarlas con una



bala de cañón! La bala, lanzada por sus manos frenéticas al chocar con esas caras que pedían cuartel, las iban destrozando parte por parte, y se enrojecían con su sangre para volver á mancharlas de nuevo. Así pereció el hijo de la Hocson. Su madre, al tener noticia de aquella atroz muerte, apenas lloró... Pero siempre veía su cara ensangrentada... y profesaba á los chuanes un odio contra el cual todo debía estrellarse... y Vinel-Aunis se estrelló.

—«¡Ah!—le dijo—¡De modo que te has burlado de mí! Tú no eres más que un chuán, y vienes por el prisionero. ¡Oh! no temo que me mates—él había sacado una pistola de debajo de la blusa.—¡Hace mucho que deseo morir! ¡Chiquilla!—gritó—¡anda lista al cuerpo de guardia á buscarme los azules!

—«Yo la habría matado—nos dijo Vinel-Aunis,—pero no sabía siquiera en cuál de las torres estaba Destuches. Habría hecho ruido, y perdido el tiempo.»

»Tiró un taburete que encontró á mano á las piernas de la niña para hacerla caer é impedirle salir.

»Pero el tiempo que empleó en su movimiento bastó á la Hocson para escapar por un pasillo obscuro como boca de lobo, en donde se perdió Vinel-Aunis, mientras la oía subir de cuatro en cuatro los escalones de una de las torres, abrir la puerta de la prisión, y encerrarse con el prisionero.»

—¡Diablo!—exclamó el señor de Fierdrap.

—¡Peste!—dijo el abate.

«Mientras esto pasaba en la cárcel—continuó la antigua amazona, sin curarse de las dos exclamaciones—el minuterero del reloj que coronaba la fachada del Ayuntamiento, sito en el fondo de la plaza del mercado, llegaba á la hora señalada por los Doce para obrar. Incapaces de vacilar un minuto después de tomada una resolución,



sucediera lo que quisiese: «¡A nosotros nos toca empezar la danza!» dijo alegremente Justo el Bretón á la Varesnerie.

»Y los dos se metieron en uno de los puestos de la feria donde había más gente y más se bebía. Entraron con la mayor naturalidad, pero con sus garrotes en la mano. Nadie manifestaba desconfianza. Los que allí había, allí permanecieron, unos sentados, otros de pie, cuando Justo el Bretón, acercándose á la mesa grande de los que bebían, puso bonitamente su garrote sobre una hilera de vasos llenos hasta los bordes, y dijo con su voz tan clara: «¡Aquí no bebe nadie hasta que bebamos nosotros!»

»Todo el mundo se volvió al oír esa voz provocativa, y los dos tratantes vinieron á ser blanco de mil miradas de asombro, que anunciaban una cólera próxima.

—«¿Estáis loco?»—dijo un aldeano.—«¡Quítame de allá ese palo, y guárdalo para defenderte las orejas!»—Y cogiendo por el cabo el garrote que Justo había puesto sobre la hilera de vasos, pero que seguía teniendo asido por el puño, lo apartó.

»Era la provocación que Justo buscaba. No dijo una palabra; permaneció tranquilo como el bautista; pero de repente levantó el garrote por cima de su cabeza, y con aquella mano tan diestra como vigorosa lo dejó caer sobre la fila de vasos llenos, que se rompieron de un solo golpe, volando los cascotes por todas partes. Fué la señal del zafarrancho. Todos se pusieron en pie, gritando, amenazando, empelotados ya, metiendo los pies en la sidra que corría, y esperando ver correr la sangre. Las mujeres proferían esos chillidos agudos que embriagan de cólera á los hombres y les atacan los nervios como un péfano... Querían huir y no podían en medio de aquella masa



imposible de atravesar y que se abalanzaba sobre los dos tratantes para ahogarlos.

—»Usted ha tenido el honor de tocar el primer compás, caballero,—dijo á Justo el Bretón La Varesnerie con esa elegante cortesía que nunca desmintió,—pero, si queremos ejecutar toda la pieza, hemos de procurar salir de aquí, donde no tenemos bastante espacio ni para hacer siquiera un molinete con los garrotes.»

»Y con hombros, cabezas y pechos trataron de abrir brecha en aquella multitud, compacta hasta el punto de reventar la lona de la tienda, donde lo que acababa de pasar seguía atrayendo gente. Pero viendo que esa marea de hombres no cesaba de subir, y á fin de recibir auxilio de fuera para desembarazarse, lanzaron el grito que esperaban sus amigos alrededor de la tienda como una voz de mando: «¡A nosotros, trigueros!»

»¡Debió ser un espectáculo curioso! Los trigueros respondieron á ese grito restallando los látigos terribles, y empezaron á repartir latigazos que cortaban las caras lo mismo que alfanjes damasquinos. ¡Fué una verdadera carga, y fué también una batalla! Todos los garrotes de fresno se alzaron en una inmensa superficie, se interrumpió la feria, y jamás menudearon los golpes sobre el grano, cuando se apalea, como menudearon aquel día los garrotazos sobre las cabezas. En aquel tiempo la política salía á la superficie de todo. El menor golpe hacía brotar sangre cuyo color se reconocía á la primera gota. De veinte lados á la vez partió el grito de «¡son los chuanes!» A ese grito tocaron á generalá. El tal toque que nosotras no habíamos oído desde lo alto de la torrecilla de Touffedelys, resonó en todo Avranches, y lo levantó en masa. El batallón de los azules quiso lanzarse á la bayoneta al través del mar humano que ondulaba por el campo de la



feria; pero ¡imposible! Hubiera sido preciso abrir un paso en el seno de la agitada muchedumbre de hombres, de niños y de mujeres, que por su sola presión y por su solo peso, podía aplastar á aquel puñado de chuanes. Los Doce, ó mejor los Once, porque Vinel-Royal-Aunis estaba en la prisión; los Once, que parecían un torbellino en el centro de aquel mar humano cuyo oleaje recibían en la cara, defendiéndose con sus látigos y el molinete de sus garrotes, derribaban en torno suyo á los que los empujaban, y les devolvían golpe por golpe...

»Todo era desorden en aquel campo, todo eran aperturas sofocantes, oscilaciones inmensas de una multitud, en cuyo seno algún caballo, enloquecido por los gritos, por el ruido del tambor, por el olor del combate que empezaba á subir de aquella llanura agitada por la cólera, se encabritaba enseñando las herraduras por cima de las cabezas, y donde acá y allá se amontonaban, mugiendo, manadas de bueyes espantados hasta el punto de subir los unos sobre los otros, temblándoles el espinazo, levantadas las ancas y tiesa la cola como si la picase un tábano. Pero el sitio donde repartían cintarazos los Once no ondulaba ya; se ahuecaba. ¡Brotaba y humeaba la sangre como el agua bajo la rueda del molino! Allí no se andaba más que sobre cuerpos caídos como sobre hierba, y la circunstancia de estar machacando aquellos cuerpos con sus pies sugirió á todos los Once la misma idea, porque al tiempo que sacudían, se pusieron á cantar alegremente la antigua ronda normanda:

La hierba machaquemos,  
que ya retoñará (1).

¡Pero no ha retoñado! Todavía á estas horas le ense-

(1)

*¡Pilons, pilons, pilons l'herbe;  
L'herbe pilée reviendra!*



ñarán á usted, si quiere, en Avranches, el sitio donde combatieron los terribles cantores. En ese sitio no ha vuelto á brotar nunca la hierba: sin duda la sangre que empapó el suelo quemaba lo bastante para secarlo.

»Se hicieron firmes durante cerca de dos horas... pero Cantilly tenía un brazo roto, La Varesnerie abierta la cabeza, Beaumont rotas las clavículas; casi todos los otros estaban más ó menos heridos. Sin embargo seguían en pie, con sus blusas, no ya blancas como por la mañana, sino salpicadas de sangre en lugar de harina. De repente cayó *M. Jacques* en medio de un grito de júbilo de los aldeanos electrizados, que creyeron haber concluído al fin con uno de esos tratantes del infierno, sólidos pilares que se podían moler á palos, pero que no había medio de derribar. *M. Jacques* no estaba herido siquiera. Mientras combatía había visto que el sol empezaba á bajar, que ya hería en la plaza de soslayo y que era hora de atender á Destuches uniéndose á Vinel-Aunis... En su consecuencia, con la flexibilidad del gato montés se deslizó arrastras por entre las piernas de aquellos hombres, que apenas se cuidaban á la sazón sino de la esgrima terrible de sus puños; y como un nadador que desaparece en un punto del agua para reaparecer en otro, se encontró bastante lejos del campo de la escaramuza y en medio de una turba de gente, más espantada que bélica. ¿Cómo pasó? Tiró el sombrero de *tapa de tina*, que le hubiese estorbado; pero, ¿cómo no le reconocieron por la blusa ensangrentada? ¿cómo no lo mataron y lo hicieron trizas? Jamás ha podido decirlo él mismo. No lo sabía, aunque parezca increíble. Pero usted ha hecho la guerra, barón, y en la guerra se ve todos los días lo increíble. ¡Fascinación del terror! Cuando se levantó, la multitud por donde había atravesado agazapándose, empezó á



huir imitando á ese hombre que parecía huir también, y en medio del revoltijo pudo llegar á la prisión donde Vinel-Royal-Aunis había debido preparar la evasión de Destuches. Pero al pie de la prisión encontró... á los azules.

»¡Sí! ¡eran los azules!

»Viendo que no podían avanzar ni maniobrar en la feria, atestada de gente, y donde; por otra parte, los reemplazaban á maravilla los aldeanos del Avranchin, al primer grito de «¡Son los chuanes!», se dirigieron á la prisión á paso de carga, porque oficiales y soldados estaban ya seguros de que la batalla que se libraba en la plaza servía para secundar una tentativa de evasión de Destuches. Ahora bien; en la cárcel, si no ha olvidado usted su construcción, señor de Fierdrap, los azules encontraron herméticamente cerrada la pesada puerta de la especie de cuerpo moderno que ocupaba la Hocson; y como la nieta á quien Vinel-Aunis había tirado el taburete á las piernas para hacerla caer, no decía una palabra, medio muerta de miedo ante la boca de la pistola de Vinel, y como dentro todo parecía sosegado y silencioso, creyeron, naturalmente que la Hocson, cuya energía conocían, habría tomado sus precauciones de defensa al primer rumor de tumulto popular y de chuanería. Seguros, pues, de que ella guardaba al prisionero, se reservaron para el caso de ataque ó de salida, si algunos chuanes habían llevado su atrevimiento hasta el punto de deslizarse á la cárcel que debía ser para ellos una ratonera, y se desplegaron paralelamente á ese largo muro donde ataban los caballos de la feria, atados á las anillas de hierro de que he hablado ya. Lo que sí tuvieron que hacer fué desplegarse bastante lejos de los caballos, que respondían á la tempestad de gritos y mugidos de la plaza con relinchos



de cólera y coces furiosas; así que se pusieron prudentemente fuera del alcance de esa espantosa línea de patas herradas, siempre por los aires como proyectiles, y que los hubieran deslomado. Todo esto lo vió *M. Jacques*. ¡Era un hombre, después de todo, ese don Melancolías! Declinaba el día. Esperó, oculto entre la multitud, á que oscureciese algo. Los látigos seguían chasqueando en el fondo de la plaza. Aprovechando una ocasión, tuvo la sangre fría y la audacia de repetir, debajo del vientre de aquellos caballos agitados y casi salvajes, lo que había hecho bajo los pies de los hombres en medio del tropel. Se coló por entre el muro y los azules. No le cabía duda de que Vinel-Aunis debía estar en la cárcel... La puerta cerrada á piedra y lodo se lo probaba. Vinel-Aunis era el que debía haberla asegurado á todo evento... Al acercarse la noche, la multitud, que se ahogaba, sin ver, en la feria, comprendió al fin que había que desfilas por las calles, pero aquí su corriente chocaba con una contracorriente, y por doquiera se reproducían congestiones y rebotes de nueva muchedumbre. A la noche, en todo Avranches se oía el toque de generala, entrecortado por este grito breve: «¡A las armas!» La Guardia nacional y la gendarmería habían querido penetrar, como los azules, hasta el sitio de la gresca, pero, como los azules, encontraron la resistencia invencible de aquella aglomeración de gentes, demasiado densa y compacta para poder abrirse paso á su través... á menos de hacer una carnicería. Esa circunstancia, que habían previsto y calculado los Doce, y que los había protegido hasta allí contra las bayonetas y los tiros, iba á volverse, sin embargo, en contra suya. Presos en aquellos círculos temibles, que ensanchaban á latigazos y garrotazos, pero que no rom-



pían como se rompe un barril echando abajo las duelas, no podían operar una retirada ni dispersarse. Y esa era la inquietud de *M. Jacques*. Encogiéndose bajo la poterna, trepó por la hiedra añosa que cubría los muros de la prisión hasta un agujero enrejado por donde moduló en voz baja el grito del mochuelo para avisar á Vinel-Aunis, que lo oyó y desatrancó la puerta sin hacer ruido.

«¿Y Destuches?»—le preguntó *M. Jacques*.—Pero Vinel-Royal-Aunis le puso al corriente del fracaso, y lo dejó frío, refiriéndole cómo se le había escapado la alcaidesa y cómo había tenido el atrevimiento de encerrarse bajo llave, á solas con el prisionero, en la torre. ¡Destuches, sin las cadenas, la destrozaría sobre la rodilla como una caña!—añadió Royal-Aunis.—Pero está encadenado... No se oye nada al través de esa condenada puerta... y lo que es la Hocson es mujer para matarlo á cuchilladas.

—«¡Mañana lo sabremos!»—dijo *M. Jacques* con la rapidez de decisión del hombre de guerra que tenía ese *bello tenebroso*, á pesar de su languidez.—Pero esta noche hay que salvar á los que se baten allá abajo... Es preciso desembarazarlos, desviando la atención de la multitud, y no hay más que un medio... ¡Prendamos fuego á la cárcel!

—¡Bravo!—exclamó el señor Fierdrap con el entusiasmo del inteligente.—Militarmente, el medio era bueno; pero ¡por vida de las carpas! no debía ser cosa tan fácil prender fuego á la cárcel de Avranches, una cárcel húmeda de granito, tan inflamable, poco más ó menos, como el fondo de un pozo.

»Por eso lo que ardió, barón,—continuó la señorita de Percy—fué la gran construcción de fecha más reciente que enlazaba las torres, y en donde habitaba la alcai-



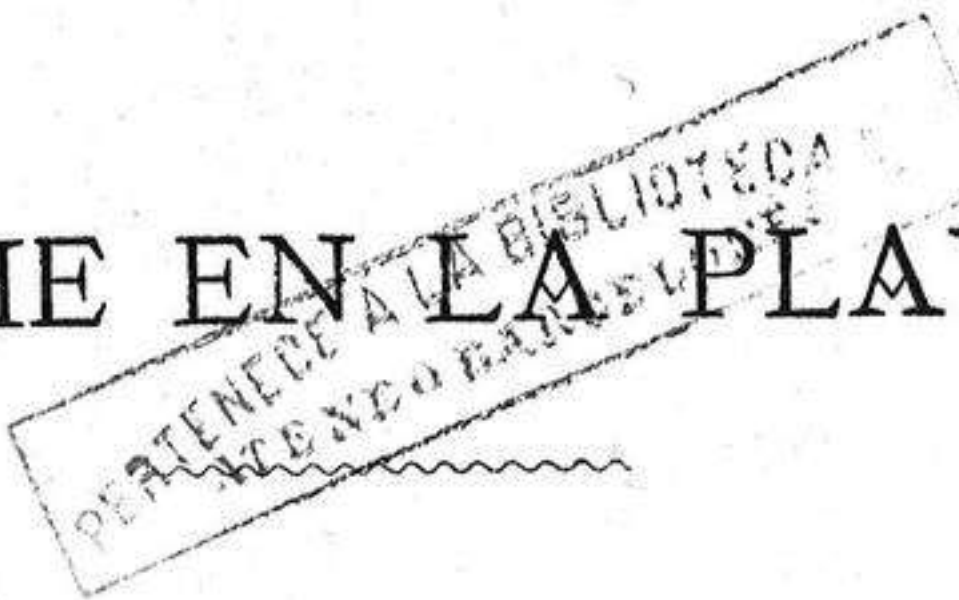
desa. En la parte alta de esa construcción había un inmenso pajar para el ganado de la gendarmeria, y ese fué el que prendieron intrépidamente *M. Jacques* y *Vinel-Aunis* disparando dos pistoletazos. Con el tiempo seco y caluroso que hacía, en un abrir y cerrar de ojos brotó la llama del montón de heno, y saliendo convulsivamente por el techo, cuyas pizarras hizo volar en pedazos, —¡tan intensa era!—abrazó instantaneamente el espeso manto de hiedra secular que envolvía las torres, y las ciñó de una vestidura de fuego. Las dos torres se trocaron de repente en dos monstruosas y colosales antorchas que iluminaban la plaza de extremo á extremo, y atraieron hacia sí, como había dicho *M. Jacques*, las mil cabezas de la multitud. A ese resplandor súbito circuló como un rayo por las mil cabezas un estremecimiento de terror, á pesar de la cólera del combate, porque no se trataba ya de reducir á un puñado de chuanes, se trataba de Avranches; de Avranches, que podía arder de arriba abajo. La cárcel, en efecto, tocaba con las primeras casas de la ciudad, que no eran, ni mucho menos, de granito, y que hubiesen prendido como yesca.

(*Concluirá.*)

J. BARBEY D'AUREVILLY.



# NOCHE EN LA PLAYA



(TRADUCCIÓN DE «EL MAR DEL NORTE», DE ENRIQUE HEINE)

Húmeda y fría es la noche;  
No brilla en el cielo un astro;  
El mar, lóbrego y tranquilo,  
Bosteza de cuando en cuando.  
Las temibles alas plega  
Y tendido boca abajo,  
Á media voz con las aguas  
Está el Aguilón charlando.  
Les cuenta viejas historias  
De aparecidos y trasgos,  
De gigantes y de gnomos,  
De brujas, duendes y endriagos,  
De pavorosos conjuros  
Y apariciones, mezclados  
Con tan locas bufonadas  
Y tan estupendos chascos,  
Que surgiendo del abismo  
En tropel desordenado  
Saltan, ríen y vocean  
Los genios del Oceano.

\*  
\* \*



Por la playa tenebrosa  
Que humedece el mar salado,  
Desconocido extranjero  
Avanza altivo y gallardo.  
Valientes son mar y viento;  
Pero más valiente es su ánimo.  
Allí do fija la planta  
Saltan rojizos chispazos,  
Y las conchas de la orilla  
Crujen todas á su paso.  
Avanza en la noche obscura,  
Bien envuelto en negro manto,  
Y su fijo rumbo guía  
Breve resplandor lejano,  
Que en miserable cabaña  
Fulgura trémulo y vago.

\*  
\* \*  
\*

Allá en la mar está el padre,  
Allá en la mar el hermano;  
Joven, sin madre, la hija,  
En el hogar solitario,  
Joven, sin madre y hermosa,  
Como un ensueño fantástico,  
Cerca del fogón sentada,  
Halagadores presagios  
Oye en la sorda caldera  
Que hierve lenta, y va echando  
Ramas que chisporrotean  
Al fuego medio apagado.  
Sopla después, é iluminan  
Llamas de fulgores cárdenos  
Su bello rostro encendido,

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS



Y sus hombros de alabastro,  
 Y su pecho, que descubre  
 Mal ceñido el jubón áspero,  
 Y sus manos hacendosas,  
 Sus breves y blancas manos,  
 Que al mórbido talle anudan  
 El desprendido refajo.

\*  
 \* \*

De pronto, se abre la puerta  
 Entra el extranjero, y ávido  
 Clava en la cándida niña  
 Dulces los ojos uraños.  
 Extremécese la hermosa,  
 Como tiembla el lirio pálido,  
 Y él sonrío y se adelanta,  
 La capa al suelo arrojando.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
 ATENEO BARCELONÉS

\*  
 \* \*

«Mira, cumplí mi palabra,  
 Dice, entre tierno y ufano;  
 Vine, y vinieron conmigo  
 Los buenos tiempos de antaño;  
 Los tiempos en que los dioses  
 Bajaban, enamorados,  
 Y á las hijas de los hombres  
 Se unían con dulces lazos.  
 De estos amores nacían  
 Los caudillos coronados,  
 Los fundadores de imperios,  
 Los héroes, del orbe pasmo.



No te asombres, pues, ¡oh niña!  
Al ver mi divino rango,  
Y prepárame, ante todo,  
Fuerte rom y té aromático;  
Que en esa maldita playa  
Sopla un cierzo de mil diablos,  
Y también, en estas noches,  
Las deidades atrapamos  
Algún olímpico reuma  
O algún inmortal catarro.»

TEODORO LLORENTE.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS



# ÍNDICE

---

## SECCIÓN ESPAÑOLA

|                                                                                                            | <u>Páginas.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| <i>Buen tiempo fijo</i> , cuento, por Ricardo Becerro de Bengoa. . . . .                                   | 5               |
| <i>Humoradas</i> , por Ramón de Campoamor. . . . .                                                         | 21              |
| <i>Los antiguos monumentos americanos y las artes del extremo Oriente</i> , por José Ramón Mélida. . . . . | 22              |
| <i>Tradición</i> , por Blanca de los Ríos. . . . .                                                         | 34              |
| <i>El Fausto en la música</i> , por Arturo Campión. . . . .                                                | 40              |
| <i>La gran noticia</i> , cuento, por Ricardo Palma. . . . .                                                | 56              |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar. . . . .                                                | 57              |
| <i>Revista económica</i> , por Un ex-Ministro. . . . .                                                     | 72              |

## SECCIÓN EXTRANJERA

|                                                                                             |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>La sopa de queso</i> , por Alfonso Daudet. . . . .                                       | 82  |
| <i>Duelo de monstruos</i> , por Teodoro de Banville. . . . .                                | 86  |
| <i>Recuerdos de mi infancia</i> , por Ernesto Renán. . . . .                                | 93  |
| <i>El Rey de Baviera</i> , por Víctor Cherbuliez. . . . .                                   | 104 |
| <i>Edmundo y Julio de Goncourt</i> , por Emilio Zola . . . . .                              | 122 |
| <i>El cabecilla Destuches</i> , continuación, por J. Barbey D'Aurevilly. . . . .            | 158 |
| <i>Noche en la playa</i> ; poesía de Enrique Heine, traducida por Teodoro Llorente. . . . . | 220 |

---